



COLECCIÓN DE LIBROS

RAROS Ó CURIOSOS

QUE

TRATAN DE AMÉRICA

TOMO QUINTO

HISTORIA DEL ALMIRANTE

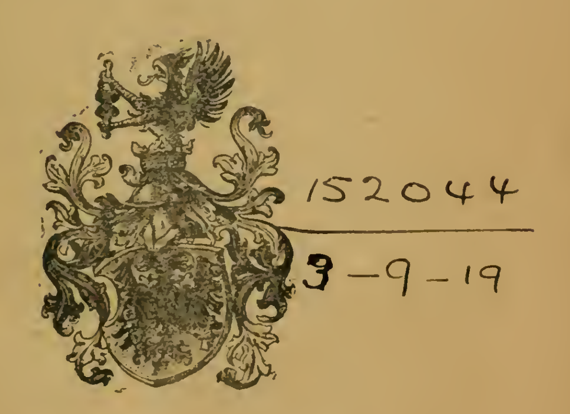
DON CRISTOBAL COLON

EN LA CUAL SE DA PARTICULAR
Y VERDADERA RELACION DE SU VIDA Y DE SUS
HECHOS, Y DEL DESCUBRIMIENTO
DE LAS INDIAS OCCIDENTALES,
LLAMADAS NUEVO-MUNDO

ESCRITA POR

DON FERNANDO COLON, SU HIJO

PRIMER VOLUMEN



MADRID 1892



ADVERTENCIA

Por no haber tenido tiempo suficiente para preparar y dar á luz, los preliminares que ha de llevar esta obra, no se colocan al frente de este volumen, y se dejan para darlos en el tomo VI de esta Colección.

Al publicar la biografía del hijo del gran hombre, cuyo centenario se ha de celebrar en este año, se ha de probar, sin dejar lugar á dudas (contra lo que escribió cierto americanista célebre), que la obra que hoy se da nuevamente á luz, fué escrita por D. Fernando Colón, hijo de D. Cristóbal Colón, *primero Almirante que descubrió las Indias.*

Se publicará también la lista de las obras

que se tiene noticia, escribió el fundador de la Biblioteca Colombina, por la cual se podrá ver lo fecundo que fué el noble cordobés, que se distinguió como literato, poeta, erudito, jurisconsulto, cosmógrafo, viajero, bibliófilo y bibliógrafo, y que en tan gran manera contribuyó á la conservación de las tradiciones, á que tanta celebridad debe su familia.





PROEMIO DEL AUTOR

Siendo yo hijo del Almirante D. Cristóbal Colón, sujeto digno de eterna memoria, que descubrió las Indias Occidentales, y habiendo navegado con él algún tiempo, parecía que entre las demás cosas, que he escrito, debía ser una y la principal, la vida y el prodigioso descubrimiento, que del Nuevo Mundo de las Indias hizo, no habiéndole dado tiempo para reducir las memorias á historia, los ásperos y contínuos trabajos, y enfermedades que padeció; y yo me hubiera abstenido de esta empresa, sabiendo que otros muchos la habían intentado; pero leyendo sus obras, hallé lo que regularmente sucede en la mayor parte de los historiadores, los cuales engrandecen ó disminuyen algunas cosas, ó callan lo que jnstamente debían escribir, con gran particularidad, por lo cual de-

terminé tomar á mi cargo el empeño y fatiga de esta obra, creyendo será mejor para mí tolerar lo que quisiere decirse contra mi estilo y atrevimiento, que dejar sepultada la verdad, de lo que pertece á sujeto tan claro, pues puedo consolarme con que si en esta obra mía se hallare algún defecto, no será el que padecen la mayor parte de los historiadores, que es la poca é incierta verdad de lo que escriben, porque ofrezco recoger lo que toca á su vida é historia de los escritos y cartas que quedaron del mismo Almirante, y de lo que yo ví, estando presente; y si sospechase alguno que añado algo, esté cierto, que de esto no podía seguirme ninguna utilidad en la otra vida, y que si tuviera algún fruto del trabajo mío, gozarán de él solamente los lectores.





CAPITULO I.

De la patria, orígen y nombre del Almirante D. Cristóbal Colón.

Porque una de las principales cosas, que pertenecen á la historia de todo hombre sabio, es que se sepa su patria y origen, porque suelen ser más estimados los que proceden de grandes ciudades y generosos ascendientes, querían algunos que yo me detuviese y ocupase, en decir que el Almirante descendía de sangre ilustre, y que sus padres, por mala fortuna, habían llegado á la última estrechez y necesidad, y que probase que descendían de aquel Colón, de quien Cornelio Tácito, al principio del libro 12 de su obra, dice que llevó prisionero á Roma al Rey Mitrídates, por lo cual le dió el pueblo romano la dignidad consular, las aguilas del tri-

bunal ó tienda consular, y querían también que hiciese una larga relación de aquellos dos Colones, sus parientes, cuya gran victoria alcanzada contra los venecianos, describe Sabelico como se dirá en el capítulo V, siguiente.

Pero yo me escusé de estos afanes, creyendo que el Almirante fué elegido por Nuestro Señor, para una cosa tan grande como la que hizo, y porque había de ser verdadero Apostol, como lo fué en efecto, quiso que en este caso imitase á los otros, á los cuales, para publicar su nombre, eligió en las orillas del mar, y no en los palacios y en las grandezas; y aunque imitase al mismo Cristo, que siendo sus ascendientes de la Real Sangre de Jerusalem, fué su voluntad que sus padres fuesen menos conocidos. De modo que cuanto fué su persona apropósito, y adornada de todo aquello que convenía para tan gran hecho, tanto menos conocido y cierto, quiso que fuese su origen y patria, y casi algunos, que de cierta manera quieren obscurecer su fama, dicen que fué de Hervi; otros de Cugureo; otros de Bugiasco, lugarcillos pequeños cerca de Génova y situados en su ribera; otros que quieren exaltarle más, dicen era de Saona, y otros genovés, y algunos también, saltando más sobre el viento, le hacen natural de Placencia, donde hay personas muy honradas de su familia, y sepultu-

ras con armas, y epitafios de los Colombos, que así fué el apellido de que usaban sus mayores; bien que el Almirante, conforme á la patria, donde fué á vivir y á empezar su nuevo estado, limó el vocablo para conformarle con el antiguo, y distinguir los que procedieron de él, de los demás que eran parientes colaterales, y así se llamó Colón: esta consideración me mueve á creer que así como la mayor parte de sus cosas fueron obradas por algún misterio, así en lo que toca á la variedad de semejante nombre y sobrenombre, no deja de haber algún misterio. Podríamos traer para ejemplo muchos nombres que fueron puestos como indicios de los efectos que habían de suceder por causas ocultas, como en lo que pertenece al Almirante, de quien fué pronosticada la maravilla y novedad de lo que hizo; porque si atendemos al sobrenombre común de sus ascendientes, diremos que verdaderamente fué Colombo, ó Paloma, en cuanto llevó la gracia del Espíritu Santo al Nuevo Mundo, que descubrió; mostrandose como en el bautismo de San Juan Bautista el Espíritu Santo, en figura de Paloma, manifestando que era el hijo amado de Dios, que no era allí conocido, porque sobre las aguas del Occéano, llevó como lo paloma de Noé, el ramo de oliva, y el aceite del bautismo; por la unión, y paz, que

debían tener aquellas gentes con la Iglesia, que estaban encerradas en el arca de las tinieblas, y la confusión, y consiguientemente, son muy apropósito al sobrenombre de Colón, que volvió á renovar, que en griego significa miembro, para que siendo el propio suyo Cristobal, se supiese de quien era miembro; esto es, de Cristo, de quien había de ser embiado para salud de aquellas gentes, y si queremos reducirle á la pronunciación latina, es *Christphorus Colonus*, y diremos que como se dice que San Cristóbal tuvo aquel nombre por que pasaba á Cristo por la profundidad de las aguas, con tanto peligro, de que fué llamado Cristóbal, que así como llevaba y conducía las gentes, que ninguno se atrevia á pasar, del mismo modo el Almirante que fué Chistophorus Colonus, pidiendo á Cristo su ayuda, y que le favoreciese en aquel peligro de su viaje, pasó él y sus ministros para que hiciesen á las gentes indias, colonos y habitadores de la Iglesia triunfante de los cielos; pues es de creer que muchas almas, de que imaginaba Satanás apoderarse, faltando quien las pasase por el agua del bautismo, fueron hechas por él colonas del cielo, y habitadores de la gloria eterna del Paraiso.



CAPITULO II.

De los padres del Almirante y su condición, y la relación falsa de cierto autor, llamado Justiniano, sobre los ejercicios que tenía antes que fuese Almirante.

Dejando ahora la etimología ó derivación, y la significación del Almirante, y volviendo á las calidades y personas de sus progenitores, digo que aunque fueron muy buenos en virtud, habiéndolos reducido á gran pobreza y necesidad las guerras y bandos de Lombardía, no hallo el modo con que vivieron y habitaron, aunque el mismo Almirante diga en una carta suya que su comercio y el de sus mayores siempre fué por mar: y para certificarme mejor de esto, pasando yo por Cugureo, procuré informarme

de dos hermanos Colombos, que eran los más ricos de aquel castillo, y se decía eran algo parientes suyos; pero porque el más mozo pasaba ya de cien años, no supieron darme noticia de esto, ni creo que por esta ocasión nos quede menos gloria del proceder de su sangre; pues tengo por mejor que tengamos toda la gloria de la persona del Almirante, que andar inquiriendo si su padre fué mercader ó cazador de volatería, puesto que de personas de semejantes ejercicicios, hay mil cada día en todos los lugares cuya memoria, entre los propios vecinos y parientes, perece al tercero día, sin que se pueda averiguar después si vivieron; por lo cual estimo que me puede ilustrar menos la calidad y nobleza que proviene de los abuelos, que la que tengo por ser hijo de semejante padre, demás que por los claros é insignes hechos suyos no tuvo necesidad de las riquezas de sus predecesores, las cuales, como también la pobreza, no son ruedas de la virtud, sino de la fortuna; á lo menos por su famoso nombre y valor debía de ser tratado de los escritores, sin incluirle en artes mecánicos ó ejercicios manuales, lo cual alguno quiso afirmar, fundado en lo que escribe cierto *Agustín Justiniano* en una crónica suya, lo cual no negaré sino procuraré buscar términos y modos para probar lo contrario con testimo-

nios auténticos dado caso, que para claridad y verificación de una cosa, que ya falta de la memoria de los hombres, ni debe darse fé ni es Evangelio lo que *Justiniano* escribe, ni tampoco debería creerse que yo dijese que habían entendido otros mil lo contrario; ni quiero mostar su falsedad con las historias que otros han escrito de D. Cristóbal Colón, sino es con lo que el mismo autor dejó escrito, convenciéndole con su mismo testimonio, pues se verifica en el proverbio que dice: *Mendacem opportet effe memorem*, esto es, que el mentiroso debe tener memoria, pues sino, como loco, contradirá á lo que antes deja dicho y afirmado, como hizo *Justiniano* en este caso, diciendo en una comparación de las cuatro lenguas, sobre el *Psalterio* en aquel verso *in omnem terram, exivit fonus eorum*, las palabras siguientes: «Este Cristóbal Colón, habiendo adquerido en sus tiernos años los principios de las letras, siendo ya de edad adulta, se dió al arte de navegar, y pasó á Lisboa, en Portugal, donde aprendió la cosmografía, que le enseñó un hermano suyo, que hacía cartas de marear en aquel puerto, con lo cual y con lo que razonaba con los que iban á San Jorge de la Mina de Portugal, en Africa, y con lo que había estudiado en los cosmógrafos, imaginó poder ir á las tierras

que descubrió.» Estas palabras hacen manifiesto, que no se ejercito en arte mecánico, ó manual, pues dice que la niñez la empleó en aprender las letras, la juventud en la navegatoria y cosmografía; y la edad siguiente en sus descubrimientos; de manera que el mismo *Justiniano* se convence asimismo de historiador falso, y se dá á conocer ser inconsiderado, parcial, ó maligno paisano, pues hablando de una persona señalada, y que dió tan gran honra á la patria, que el mismo *Justiniano* quiso hacerse cronista de él y escritor de su historia, caso que los padres del Almirante fuesen personas viles, era más honesto que hablase de su origen con las palabras que usan otros diciendo: *Humili loco sen á Parentibus*, *pauperibus ortu*, y no meter en el *Psalterio* las injuriosas palabras que puso repitiéndolas después en la crónica con llamarle falsamente mecánico, en que aunque no se contradijese, la razón misma manifestaba, que un hombre que desde que nació estaba trabajando en algún arte manual ú oficio mecánico, había de envejecer en él para saberle perfectamente, y no andando en su mocedad por tantas tierras como anduvo, ni podría aprender las letras ni tanta ciencia como el Almirante tuvo, como están publicando sus obras, especialmente en las cuatro ciencias principales que se aprenden,

para hacer lo que él hizo, que son astrología, cosmografía, geometría y navegación.

Pero no es de maravillarse que Justiniano en este caso, que es oculto, no acertase con la verdad; pues en las cosas más claras de su descubrimiento y navegación, en media hoja puso más de doce mentiras en el Psalterio; las cuales tocaré con brevedad, sin dilatarme en responderlas, por no interrumpir el hilo de la historia, pues el curso de ella y lo que otros escriben, comprobará la falsedad de lo que Justiniano escribe. La primera es, que el Almirante fué á Lisboa á aprender la cosmografía que le enseñó un hermano suyo que estaba allí, y lo contrario es cierto, porque el Almirante vivía antes en aquella ciudad, y él enseñó á su hermano lo que supo. La segunda falsedad es que la primera vez que vino á Castilla aceptaron los Reyes Católicos, D. Fernando y doña Isabel su proposición, después de siete años, que les fué hecha por él, rehusándola todos. La tercera, que fué á descubrir con dos navíos, y todos saben que llevó tres carabelas. La cuarta, que lo primero que descubrió fué la isla Española, habiendo sido la de Guanahani, que llamó San Salvador. La quinta, que la isla Española estaba poblada de caníbales, indios que comen carne humana; siendo verdad que sus moradores eran la mejor gente y la más

civil que se halla en aquellas partes. La sexta falsedad es, que peleando tomó á los indios la primera canoa que vió, y consta lo contrario, pues en aquel primer viaje no tuvo guerra con indio alguno, sino paz y amistad con todos, hasta que salió de la Española. La séptima, que volvió por Canarias, cuyo viaje no es propio de la vuelta de aquellos navíos. La octava, que desde Canarias despachó un mensajero á los serenísimos Reyes Católicos, siendo cierto que no llegó á aquella isla, y que el mensajero fué él mismo. La nona cosa, falsamente escrita, es que volvió con doce navíos al segundo viaje, y es claro que fueron diecisiete. La décima mentira es, que llegó á la Española en veinte días, el cual ès tiempo muy corto, áun para llegar á las primeras islas, y no fué sino en dos meses, y antes de las demás. La once es, que al instante salió de la Española con dos navíos, cuando fué á Cuba, y nadie ignora que fueron tres los que llevó. La doce falsedad que dejó Justiniano escrita, es que la Española dista de España cuatro horas, y el Almirante cuenta más de cinco, y para juntar la falsedad trece, dice que el fin occidental de Cuba dista seis horas de la Española, haciendo más dilatado el camino desde la Española á Cuba, que desde España á la Española; de manera que de la poca diligencia y confu-

sión que usó para informarse y escribir la verdad de estas cosas tan claras, se puede conocer cómo se informaría de lo que fuese más oculto, de donde procede la contradición que va observada en lo que escribe.

Pero dejando esta diferencia, con que imagino que he enfadado á los lectores, yo solamente, que por los muchos errores y falsedades que se hallan en su *Psalterio* y se ponen en la historia, la República de Génova, reconocida la falsedad de sus escritos, ha puesto grandes penas á los que tuvieren ó leyeren esta historia, y ha mandado recogerla en todas partes donde se hallare, para que por público decreto sea cautelada y extinguida; por lo cual volveré á mi intento principal, concluyendo con decir que el Almirante era hombre de letras y de grandes experiencias, y que no gastó el tiempo en cosas manuales ni artes mecánicas, incompatibles con la grandeza y perpetuidad de sus hechos maravillosos; y así pondré fin á este capítulo con lo que escribe en una carta al ama del serenísimo Príncipe don Juan, que contiene estas palabras: «No soy el primer Almirante de mi familia; pónganme el nombre que quisieren, que al fin David, Rey muy sabio, guardó ovejas y después fué hecho Rey de Jerusalem; y yo soy siervo de aquel mismo Señor que puso á David en este estado.»



CAPÍTULO III

De la disposición del cuerpo del Almirante y de las ciencias que aprendió.

Fué el Almirante hombre de bien formada y más que mediana estatura, la cara larga, las mejillas un poco altas, sin declinar á gordo ó macilento, la nariz aguileña, los ojos blancos, y de blanco de color encendido; en su mocedad tuvo el cabello blondo, pero de treinta años ya le tenía blanco; en el comer y beber y en el adorno de su persona era muy modesto y continente; afable en la conversación con los extraños, y con los de casa muy agradable; con modestia y gravedad fué tan observante de las cosas de la religión, que en los ayunos y en rezar el Oficio divino, pudiera ser tenido por profeso en religión, tan enemigo de juramento y blasfe-

mia, que yo juro que jamás le ví echar otro juramento que «por San Fernando» y cuando se hallaba más irritado con alguno, era su reprehensión decirle: «os doy á Dios, porque hicísteis esto ó dijísteis aquello»; si alguna vez tenía que escribir, no probaba la pluma sin escribir estas palabras: «Jesús cum María, fit nobis in via:» y con tan buena letra que bastara para ganar de comer.

Dejando otras particularidades, que en el contexto de la historia podrían ser escritas á su tiempo, pasaremos á contar las ciencias á que aplicó la primera edad. Aprendió las letras y estudió en Pavía, lo que le bastó para entender los cosmógrafos, á cuya lección fué muy aficionado, y por cuyo respeto se entregó también á la astrología y geometría, porque tienen estas ciencias tal conexión entre sí, que no puede estar la una sin la otra, y aun Ptolomeo en el principio de su Cosmografía, dice que ninguno puede ser buen cosmógrafo, si también no fuere pintor. Supo también hacer diseños para plantar las tierras y fijar los cuerpos cosmográficos en plano y redondo.





CAPÍTULO IV

De los ejercicios en que se ocupó el Almirante antes de venir á España.

Teniendo el Almirante conocimiento de estas ciencias, empezó á atender al mar y hacer algunos viajes á Levante y á Poniente, de los cuales, y otras muchas cosas de sus primeros años, no tengo bastante noticia, porque murió cuando yo no tenía atrevimiento ó práctica para preguntárselo, por el respeto de hijo, ó para hablar con más verdad, porque entonces, como muchacho, me hallaba yo muy lejos del pensamiento de escribirlo; pero en una carta que escribió á los Reyes Católicos el año de 1501, á los cuales no podría contar sino aquello que fuese verdad, dice las palabras siguientes: «Serenísi»mos Príncipes: Entré á navegar en el mar de

»muy tierna edad y lo he continuado hasta hoy, »pues el mismo arte inclina á quien le sigue á de»sear saber los secretos de este mundo, y ya pa»san de cuarenta los años que le estoy usando; en »todas las partes que hoy se navegan, mis tráficos y »conversaciones han sido con gente sabia, lati»nos, griegos, indios, moros y otras diferentes »sectas, y siempre he hallado á Nuestro Señor »muy propicio á este deseo mío, y se sirvió de »darme espíritu de inteligencia, hízome enten»der mucho de la navegación, dióme á entender »lo que bastaba de la astrología, geometría y »aritmética; me dió el ánimo ingenioso y las ma»nos hábiles para pintar la esfera y las ciudades, »montes, ríos, islas y todos los puertos, con los »sitios convenientes de ella. En este tiempo he »visto y estudiado en todos los libros de cos»mografía, historia, filosofía y otras ciencias, de »manera que Dios Nuestro Señor me abrió el »entendimiento con mano palpable para que yo »vaya de aquí á las Indias, y me puso gran vo»luntad en ejecutarlo. Lleno de este ardiente »deseo, llegué á vuestras altezas; todos los que »entendieron mi empresa la negaban, burlándo»se y riéndose de ella todos. Las ciencias que »he recibido no me ayudaron, ni la autoridad »de ellas, porque la constancia y la fé solo per«maneció en vuestras altezas;» y en otra carta

que escribió á los Reyes Católicos en el mes de Enero del año 1495, desde la Española, contando las variedades y errores que suelen hallarse en las derrotas y los pilotages, dice: «A mí me »sucedió, que el Rey Reinel (que ya le llevó »Dios) me envió á Túnez para tomar la galeota »Fernandina, y habiendo llegado cerca de la isla »de San Pedro, en Cerdeña, me dijeron que había »dos navios y una carraca con la referida galea»za, por lo cual se turbó mi gente y determinó »no pasar adelante, sino de volverse atrás, á Mar»sella por otro navío y más gente; yo, que con »ningún arte podía forzar su voluntad, convine »en lo que querían, y mudando la punta de la »brújula hice desplegar las velas, siendo por la »tarde, y el día siguiente, al salir el sol, nos ha»llamos dentro del cabo de Cartagena, estando »todos en concepto firme de que íbamos á Mar»sella.» Así mismo en una Memoria ó anotación que hizo, mostrando ser habitables todas las cinco zonas, probándolo con la experiencia de la navegación, dice: «El año de 1477, por Fe»brero, navegué más allá de Tile cien leguas, »cuya parte austral dista de la Equinocial 73 »grados y no 63 como quieren algunos, y no »está sita dentro de la línea que incluye al Occi»dente Ptolomeo, si no es mucho más occiden»tal, y los ingleses, principalmente los de Bris-

»tol, van con sus mercaderías á esta isla, que »es tan grande como Inglaterra; cuando yo fuí »allá no estaba helado el mar, aunque las mareas »eran tan gruesas que subían 26 brazas y bajaban »otro tanto.» Verdad es que Tile, de quien Ptolomeo hace mención, está en el sitio donde dice y hoy se llama Frislanda; y más adelante, probando que la Equinocial es habitable, también dice: «Yo estuve en la fortaleza de San Jor»ge, de la mina del Rey de Portugal, que está »debajo de la Equinocial, y soy buen testigo de »que no es inhabitable, como quieren algunos» y en el libro del primer viaje, dice «que vió algunas »sirenas en la costa de la Manegueta, aunque no »eran tan semejantes á las mujeres como las »pintan;» y en otro lugar, dice: «Navegando mu»chas veces desde Lisboa á Guinea, consideré »diligentemente, que el grado corresponde en »la tierra á 56 millas y dos tercios;» y más adelante que en Scio, isla de Archipiélago, vió sacar Almastiga de algunos árboles; y en otra parte dice: «Veintitres años he andado por el mar sin »salir de él, por tiempo que daba descontarse; »ví todo el Levante, y el Poniente, y al Norte, »Inglaterra. He navegado á Guinea, pero en »ninguna parte he visto tan buenos puertos co»mo estos de la tierra de las Indias,» y más adelante, afirma que empezó á navegar de ca-

torce años, y que siempre siguió el mar. Y en el libro del segundo viaje, pone estas palabras: «Yo me he hallado con dos navíos y he dejado »uno en Puerto-Santo, por cierta cosa que me »ocurrió, donde se detuvo un día, y llegué a »Lisboa ocho días antes que él porque me en»vistió una tempestad y vientos contrarios del »Sudoeste, y él no tuvo sino poco viento, que »es Nordeste y contrario.»

De manera que de estas autoridades, ó testimonios, podemos entender cuán experimentado fué el Almirante en las cosas del mar, y las muchas tierras y lugares que anduvo, antes que se metiese en la empresa de su descubrimiento.





CAPÍTULO V

De la venida del Almirante á España y lo que le sucedió en Portugal, de que resultó el descubrimiento de las Indias, que hizo.

El principio y causa de la venida del Almirante á España, y ser tan dado á las cosas del mar, fué un hombre muy señalado de su apellido y familia, llamado Colombo, muy nombrado por mar, por la armada que gobernaba contra los infieles, y también la de su patria: tal era su fama, que espantaban con su nombre hasta los niños en la cuna. Es creible que este sujeto y su armada fuesen muy grandes, pues una vez apresó con ella cuatro galeras venecianas gruesas, cuya grandeza y fortaleza no será creida sino de quien las hubiese visto armadas.

Llamaron á este general Colombo el Mozo,

á diferencia de otro más antiguo, que fué gran hombre de mar. Marco Antonio Sabelico, que es otro Tito Livio de nuestros tiempos, dice en el libro octavo de la década décima, hablando de Colombo el Mozo, que cerca de los tiempos en que fué elegido rey de romanos Maximiliano, hijo del emperador Federico III, envió la República de Venecia por embajador á Portugal á Jerónimo Donato, para que en nombre de aquella Señoría, diese gracias al rey D. Juan el segundo porque había hecho mantener y vestir á toda la chusma y gente de las referidas galeras gruesas que volvían de Flandes ayudándolos para que pudiesen volver á Venecia, porque cerca de Lisboa habían sido vencidos de Colombo el Mozo, corsario famoso que los había despojado y puesto en tierra; de cuya autoridad, siendo de un hombre tan grande como Sabelico, puede conocerse la pasión del referido Justiniano, pues en su *Historia* no hizo mención de ella, para que no se supiese que la familia de los Colombos no era tan oscura como decía, y si lo calló por ignorancia, también es digno de reprehensión, por haberse metido á escribir Historia de su patria, y omitido victoria tan notable, que la acuerdan los enemigos, pues el historiador contrario hace tanto caso de ella, que afirma se enviaron al rey de Portugal em-

bajadores. como se ha dicho, y el mismo autor, también en el mismo libro octavo, algo más adelante, como que no tuviese obligación de informarse del descubrimiento del Almirante, hace mención de él, sin mezclar las doce mentiras ya referidas que puso Justiniano.

Pero volviendo al propósito principal, digo que en tanto que el Almirante navegaba en compañía de Colón el Mozo, lo cual duró mucho tiempo, sucedió que entendiendo que las dichas cuatro galeras gruesas venecianas volvían de Flandes, fueron á buscarle y le hallaron entre Lisboa y el Cabo de San Vicente, que es en Portugal, donde llegados á las manos pelearon fuertemente y se acercaron de modo que se aferraron de ambas partes, con tanto odio y coraje, que andaban de un bajel en otro, hiriéndose y matándose, no solo con las armas, sino con alcancias, y otros fuegos; de manera que habiendo peleado desde por la mañana hasta por la tarde, muerta y herida mucha gente de ambas parres: se pegó fuego entre la nave del Almirante y una galera gruesa veneciana; y como estaban atacadas con ganchos y cadenas de hierro, instrumento que usan los hombres de mar para este efecto, no pudo ser socorrida una ni otra, por lo mezcladas que estaban, y por el asombro del fuego, que

en poco tiempo creció tanto, que no hubo más remedio que echarse al agua, para morir más presto y no tolerar el tormento del fuego; pero siendo el Almirante grandísimo nadador, y viéndose dos leguas, ó poco más, distante de tierra, tomando un remo que le ofreció la suerte y ayudándose dél algunas veces, y otras nadando, quiso Dios (que para mayeres cosas le había salvado) darle fuerzas para llegar á tierra, aunque tan débil, y trabajado del agua, y su humedad, que tardó muchos dias en repararse y porque no estaba lejos de Lisbõa, donde sabía se hallaban muchos de su nación genovesa, pasó á la ciudad lo más presto que pudo, donde habiéndole conocido sus paisanos, le hicieron tantas caricias y tan buena acogida, que puso casa y se casó, y porque se portaba con mucha honra y tenía bella presencia, sin apartarse de lo honesto, sucedió que una señora, llamada doña Felipa Moñis, noble é ilustre, en el convento de todos los Santos, donde solía el Almirante ir á misa, tomó con él tanta conversación y amistad, que vino á ser su mujer; y por haber muerto su suegro, llamado Pedro Moñis Perestrelo, se fueron á vivir con su suegra, la cual viéndole tan aficionado á la cosmografía, le contó que su marido había sido gran hombre de mar, y que había ido con otros dos capita-

nes, y licencia del rey de Portugal, á descubrir tierra, con pacto de que hechas tres partes de lo que se ganase llevase cada uno la suya por suerte. Con cuyo acuerdo navegando la vuelta de Sudoeste, llegaron á la isla de la Madera y Puerto Santo, que hasta entonces no se habían descubierto y por ser la isla de la Madera mayor, la dividieron en dos partes, la tercera fué la isla de Puerto-Santo, que cayó en suerte á su marido Perestrelo, el cual tuvo el gobierno de ella hasta que murió. Y porque vió la suegra que daba mucho gusto al Almirante saber semejantes navegaciones, y la historia de ellas, le dió las escrituras y cartas de marear que habían quedado de su marido, con lo cual el Almirante se acaloró más, y se informó de otros viajes y navegaciones que hacían entonces los portugueses á la Mina y á la costa de Guinea;, teniendo mucho gusto y complacencia en tratar con los que navegaban á aquellas partes, y para decir la verdad, yo no sé si durante este matrimonio fué el Almirante á la Mina ó á Guinea, según dejo dicho, y la razón lo requiere; pero sea como quisiere, como una cosa depende de otra, y otra trae otras á la memoria; estando en Portugal, empezó á conjeturar que del mismo modo que los portugueses navegaron tan lejos al Mediodía, podría navegarse la vuelta

de Occidente, y hallar tierra en aquel viaje; y para confirmarse más en este dictámen, empezó de nuevo á ver los autores cosmógrafos, que había leído antes y á considerar las razones astrológicas que podían corroborar su intento, y consiguientemente notaba todos los indicios de que oía hablar á algunas personas y marineros, por si en alguna manera podría ayudarse de ellos. De todas estas cosas supo también valerse el Almirante, que vino á creer por sin duda que al Occidente de Canarias y de las islas de Cabo-Verde, había muchas islas, que era posible navegar á ellas y descubrirlas, y para que se vea de cuán debiles argumentos llegó á fabricarse, ó salir á luz una máquina tan grande, y para satisfacer á muchos que desean saber distintamente los motivos que tuvo para venir en conocimiento de estas tierras, y tomar á su cargo esta empresa, referiré lo que he hallado en sus escritos sobre esta materia.



CAPÍTULO VI

La principal razón y causa que movió al Almirante á creer que podian ser descubiertas las Indias

Llegando á decir los causas que movieron al Almirante á descubrir las Indias, digo que fueron tres los fundamentos naturales: la autoridad de los escritores y los indicios de los navegantes. En cuanto al primero, digo que es razón natural que él consideraba que toda el agua y la tierra del universo constituían y formaban una esfera, que podía estar rodeada de Oriente á Occidente, caminando los hombres por ella hasta llegar á estar piés con piés, unos con otros en cualquier parte donde se hallasen puestos; lo segundo, presupuso y reconoció por autores aprobados que ya se había navegado

gran parte de esta esfera, y que para descubrirla y manifestarla toda, no quedaba más que aquel espacio que había al fin Oriental de la India, el cual conocieron Ptolomeo y Marino hasta que siguiendo la vía de Oriente volviesen por nuestro Occidente á las islas de los Azores y de Cabo Verde, que era entonces la tierra más Occidental descubierta. Lo tercero, consideraba que este espacio referido que está entre el fin oriental, conocido de Marino, y las dichas islas de Cabo Verde, no podía ser más de la tercia parte del círculo mayor de la esfera, pues ya el dicho Marino había llegado hácia Oriente por 15 horas ó parte de 24, que están en la redondez del universo, y para llegar á las islas referidas de Cabo Verde, faltaban cerca de ocho, porque ni áun el dicho Marino empezó su descubrimiento sino hácia Poniente. Lo cuarto, hizo cuenta de que habiendo Marino escrito en su Cosmografía. por las 15 horas ó partes de la esfera hácia Oriente aún no había llegado al fin de la tierra oriental, y la razón precisaba á creer que este fin estuviese más adelante, y consiguientemente cuanto más se extendiese hácia Oriente, tanto más vendría á estar más cercano por nuestro Occidente á las islas de Cabo Verde; de suerte que si fuese mar este espacio, pudiera navegarse fácilmente en pocos

días; y si fuese tierra, se descubriría más presto por el mismo Occidente, porque vendría á estar cercana á las mismas islas. A esta razón se junta lo que dice Strabon en el libro quinto de su *Cosmografía*, que ninguno ha llegado con ejército al fin oriental de la India, el cual afirma Ctefias ser tan grande como toda la otra parte de Asia, y Onescrito afirma ser la tercera parte de la esfera; Nearco, haber cuatro meses de camino, sin lo que Plinio cuenta en el libro 6, capítulo 17 de ser la India la tercera parte de la tierra; de modo que argüía ser ocasión tal grandeza de que estuviésemos más vecinos á nuestra España por Occidente. La quinta consideración que hacía creer más que aquel espacio fuese pequeño, era la opinión de Alfragano, y los que le siguen, que pone la redondez de la tierra mucho menor que los demás autores y cosmógrafos, no atribuyendo á cada lado de ella más que 56 millas y dos tercios, de cuya opinión infería que, siendo pequeña toda la esfera, había de ser por fuerza pequeño el espacio que Marino dejaba por desconocido, y en poco tiempo navegando, de que infería asimismo que, pues aun todavía no estaba descubierto el fin oriental de la India, sería aquel fin el que está cerca de los otros por Occidente; y por esta razón podrían llamarse justamente Indias las tierras que descubrie-

sen, en lo cual se ve cuán desvariadamente Maese Rodrigo, arcediano que fué en Sevilla, y algunos secuaces suyos, reprendian al Almirante, diciendo que no debían llamarlas Indias porque no son indios, dado que el Almirante no las llamó Indias porque fuesen vistas y descubiertas por otros, sino porque eran la parte de la India allende el Ganges á, la cual ningún cosmógrafo señaló los términos á sus confines con otra tierra ó provincia, sino con el Ocáano, y por ser esta tierra la oriental de la India, no conocida, y porque no tenía nombre particular, las dió el nombre del país muy cercano, llamándolas Indias occidentales, mayormente porque sabía ser á todos notorio cuán rica y famosa fuese la India, por lo cual quiso convidar con este nombre á los Reyes Católicos, que estaban dudosos de su empresa, diciendo que iba á descubrir las Indias por la vía de Occidente, y esto fué lo que le movió á desear el partido del rey de Castilla, más que el de otro príncipe.

—o—



CAPITULO VII

La segunda causa que movió al Almirante á descubrir las Indias.

El segundo fundamento, que dió ánimo al Almirante para la empresa referida, y porque pueden llamarse Indias las tierras que descubrió, fué la autoridad de muchos hombres doctos, que dijeron que desde el fin occidental de Africa y España, podía navegarse por el Occidente hasta el fin Oriental de la India y que no era muy gran mar, el que estaba en medio, como afirma Aristóteles en el libro 2, del Cielo y el Mundo, donde dice que desde las Indias se puede pasar á Cadiz en pocos días, lo cual también prueba Averoes sobre el mismo lugar, y Séneca en los *Naturales*, libro 1, teniendo por na-

da lo que en este mundo se aprende, respecto de lo que se adquiere en la otra vida, dice que desde las últimas partes de España, pudiera pasar un navío á las Indias en pocos días, con vientos, y si como algunos quieren, hizo este Séneca las tragedias, podemos decir que á este propósito dijo en el coro de la tragedia de Medea.

«Venient annis
Secula feris, quibus Occeanus
Vincularerum laxer, ĉt ingens
Pateat tellus, tiphis que novos
Detegat orbes, ne fit Terris
Ultima Thule.»

que quiere decir, en los últimos años vendrán siglos en que el Occéano aflojará las ligaduras y cadenas de las cosas, y se descubrirá una gran tierra, y otro como Tphis; descubrirá Nuevos Mundos, y no será Thule la última de la tierra: lo cual se tiene por muy cierto haberse cumplido ahora en la persona del Almirante. Estrabón en el primer libro de su *Cosmografia* dice que el Occéano circuncida toda la tierra y que al Oriente baña la India; y al Occidente, España y Mauritana, y que sino lo impidiese la grandeza del Atlántico, pudiera navegarse de un sitio á otro por el mismo paralelo, y lo vuelve á decir en el libro 2. También Plinio en el

libro segundo de la *Historia Natural,* capítulo III, dice, que el Oceano rodea toda la tierra, y que su anchura de Oriente á Poniente, es desde la India á Cadiz. El mismo, en el capítulo 31, libro sexto, y Solino en el capítulo 48, *De las cosas memorables del mundo*, dicen que desde las islas Gorgoneas, que se cree ser las de Cabo Verde, hay cuarenta días de navegación, por el mar Atlántico hasta las islas Hespérides, las cuales tuvo por cierto el Almirante que fuesen las de las Indias.

Marco Polo, veneciano, y Juan de Mandavilla, en sus *Viajes*, dicen que pasaron mucho más adentro del Oriente, de lo que escriben Ptolomeo y Marino y aunque suceda que no hablen del mar occidental puede argüirse por lo que describen del Oriente, que la India esté vecina á Africa y España, y Pedro de Heliaco en el *Tratado de la imagen del Mundo,* capítulo 8, de la *Cantidad de la Tierra habitable*, Julio Capitolino, de los *Lugares habitables y otros muchos tratados*, dicen que la India y España son vecinas por Occidente; y en el capítulo 19 de su *Cosmografía*, dice estas palabras; «Según los filósofos y Plinio, el Occéano, que se estiende entre los fines de España, del Africa Occidental, y entre el principio de la India, hacia Oriente, no tiene muy largo intérvalo, y se tiene por muy cierto, que se pue-

de navegar de una parte á otra, en pocos días, con viento próspero, por lo cual el principio de la India por Oriente no puede distar mucho del fin del Africa, por Occidente.»

Esta autoridad, y otras semejantes de este autor, fueron las que movieron más al Almirante para creer su imaginación, como también un maestro, Paulo Físico del maestro Domingo Florentin, contemporáneo del mismo Almirante, el cual dió causa en gran parte á que emprendiese este viaje con más ánimo, porque siendo el referido maestro Paulo, amigo de Fernando Martínez, canónigo de Lisboa, y escribiéndose cartas, uno á otro sobre la navegación que se hacía al país de Guinea, en tiempo del rey D. Alfonso de Portugal, y la que podía hacerse en las partes del Occidante, llegó á noticia del Almirante, que era curiosísimo de estas cosas, y al instante por medio de Lorenzo Giraldo, Florentin, que se hallaba en Lisboa, escribió sobre esto al maestro Paulo, y le envió una esferilla descubriéndole su intento á quien el maestro Paulo respondió lo que se sigue, traducido de latin en nuestra lengua.

CARTA

DE PAULO (TOSCANELLI:) FÍSICO FLORENTIN AL ALMIRANTE, SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE LAS INDIAS,

Á DON CRISTÓBAL COLÓN,
PAULO, FÍSICO: SALUD:

«Veo el noble y gran deseo vuestro de querer pasar, á donde nacen las Especerías, por lo cual en respuesta de vuestra carta, os envio la copia de otra, que escribí algunos días há, á un amigo mío, doméstico del serenísimo rey de Portugal, antes de las guerras de Castilla, en respuesta de otra que me escribió de orden de su Alteza sobre el caso referido, y os envio otra carta de marear, semejante á la que yo le embié, con las cuales queda satisfecho lo que pedís; la copia de la carta mía es esta.

«A Fernando Maitínez, Canónigo de Lisboa, Paulo, Físico. Salud; Mucho me agrada saber la

familiaridad que teneis con el Serenísimo y Magnificentísimo rey y aunque yo he tratado otras muchas veces del brevísimo camino que hay de aquí á las Indias, donde nacen las Especerias, por la vía del mar, el cual tengo por más corto que el que haceis á Guinea, ahora me decís, que su Alteza quisiera alguna declaración ó demostración, para que entienda y se pueda tomar este camino, por lo cual sabiendo yo mostrársele con la esfera en la mano, haciéndole ver cómo está el mundo, sin embargo he determinado para más facilidad y mayor inteligencia, mostrar el referido camino en una carta semejante á las de marear, y así se la envio á su Magestad, hecha y pintada de mi mano, en la cual va pintado todo el fin del Poniente, tomando desde Irlandia, al Austro, hasta el fin de Guinea, con todas las islas que están situadas en este viaje a cuya frente está pintado en derechura por Poniente el principio de las Indias con las islas y lugares por donde podeis andar y cuanto os podríais apartar del Polo Artico, por la Línea Equinocial, y por cuanto espacio, esto es, con cuantas leguas podríais llegar á aquellos lugares fertilísimos de especeria, y piedras preciosas, y no os admireis de que llame Poniente al país en que nace la especería, que comunmente se dice nacer en Le-

vante porque los que navegaren á Poniente, siempre hallarán en Poniente los referidos lugares, y los que fueren por tierra á Levante, siempre hallarán en el Levante los dichos lugares. Las líneas derechas que están á lo largo, en dicha carta. muestran la distancia que hay desde Poniente á Levante, las oblicuas, la que hay desde el Norte al Mediodia: También le pintaba en dicha carta muchos lugares en las partes de las Indias, donde se podrá ir sucediendo algún caso fortuito como vientos contrarios, ú otro cualquiera que no se esperase, y después porque quedeis plenamente informado de todo, diré lo que he averiguado. Las islas de que hemos hablado, están habitadas por mercaderes, que trafican en muchas naciones; se ve en los puertos mayor número de bajeles extranjeros, que en otra parte del mundo. De solo el puerto de Zaiton, uno de los más hermosos y famosos de Levante, parten todos los años más de ciento cargados de pimienta, sin contar otros que vuelven cargados de toda suerte de especerías. Es grande y poblado el país, tiene muchas provincias y muchos reinos del dominio de un Príncipe solo llamado el Gran Cam, que es lo mismo que Rey de los Reyes. Ordinariamente tiene su residencia en el Catay; sus predecesores deseaban tener comercio con los cristianos,

y há 200 años que enviaron embajadores al Papa, pidiéndole maestros que les instruyesen en nuestra fé, pero no pudieron llegar á Roma, y se vieron precisados á volverse por los embarazos que hallaron en el camino. En tiempo del Papa Eugenio IV, vino un embajador que le aseguró el afecto que tenían á los católicos, los Príncipes y pueblos de su país; estuve con él largo tiempo, me habló de la magnificencia de su Rey, de los grandes ríos que había en su tierra y que se veían 200 ciudades con puentes de marmol, fabricadas sobre las riberas de un río solo. Él país es bello y nosotros debíamos haberle descubierto por las grandes riquezas que contiene y la cantidad de oro, plata, y pedrería que puede sacarse de él; escogen para gobernadores los más sabios sin consideración á la nobleza ni á la hacienda. Hallaréis en el mapa, que hay desde Lisboa á la famosa ciudad de Quisay, tomando el camino derecho á Poniente, 26 espacios cada uno de 150 millas, Quisay tiene 35 leguas de ámbito, su nombre quiere decir ciudad del Cielo: vénse allí diez grandes puentes de marmol sobre gruesas columnas de una extraña magnificencia: está situada en la provincia de Mango, cerca de Catay. De la isla Antilla hasta la de Cipango, se cuentan diez espacios que hacen 225 leguas. Es tan

abundante en pedrería y oro, que cubren los templos y los palacios reales con planchas de ello. Aún pudiera añadir muchas cosas; pero como os las he dicho y sois prudente y de buen juicio, no creo debo repetirlas aquí. Deseo que mi carta satisfaga á su Alteza, á quien os ruego digais que estoy pronto y puntual en obedecerle cuando me mande cualquiera cosa.

Florencia, 25 de Junio de 1574.»

Otra carta del mismo, al Almirante después de haberle escrito la primera:

CARTA

DE PAULO (TOSCANELLI:) FISICO, Á CRISTOBAL COLÓN.

«Recibí vuestra carta con todo lo que me habéis enviado, de que quedo muy obligado: Alabo vuestro designio de navegar á Occidente, y estoy persuadido que habréis visto por mi carta que el viaje que deseais emprender no es tan difícil como se piensa; antes al contrario, la derrota es segura por los parages que he señalado; quedárais persuadido enteramente, si hubieseis comunicado como yo á muchas personas que han estado en estos países, y estad seguro de ver reinos poderosos, cantidad de ciudades pobladas; y ricas provincias que abundan de toda suerte de pedrerías, y causara grande alegría al Rey y á los Príncipes que reinan en estas tierras lejanas, abrirles el camino para comunicar

con los cristianos, á fin de hacerse instruir en la religión católica y en todas las ciencias que tenemos: Por lo cual, y otras muchas cosas que podían decirse, no me admiro tengáis tan gran corazón, como toda la nación portuguesa, en que siempre ha habido hombres señalados en todas empresas, etc.»

Esta carta aumentó el deseo en el corazón del Almirante de ejecutar su empresa, aunque el Físico se engañaba creyendo que el Catai y el imperio del gran Cam fuesen las primeras tierras que se hallasen, como por experiencia se vió después.





CAPÍTULO VIII

La tercera razón que movió al Almirante en cierto modo, á descubrir las Indias.

Esta fué la esperanza que tenía de hacerse dueño de algunas islas ó tierra, para continuar con más facilidad sus designios; afirmábase en este pensamiento con la lección de algunos libros de ciertos filósofos, que decían, como cosa sin duda, que la mayor parte de nuestro globo estaba seca, de que infaliblemente se seguía haber más tierra que agua. Demás que oyó decir á muchos pilotos hábiles, cursados en navegación de los mares occidentales, á las islas de los Azores y á la de Madera, por muchos años, cosas que le persuadían de que él no se engañaba, y que había tierras no conocidas hacia Occidente.

Martín Vicente, piloto del Rey de Portugal,

le dijo que hallándose á 450 leguas hacia Occidente del cabo de San Vicente, había sacado del agua un madero perfectamente labrado, y no con hierro, que el viento de Poniente había traído; y concluía, que en esta parte había infaliblemente algunas islas no conocidas.

Pedro Correa, cuñado del Almirante, le dijo que él había visto hacia la isla de Puerto-Santo, una pieza de madera, semjante á la primera, venida de la misma parte de Occidente; y añadía saber del Rey de Portugal, que hácia la misma isla se habían hallado en el agua cañas tan gruesas, que de nudo á nudo cabían en ellas nueve garrafas de vino. Discurría el Almirante que no conociéndose tierra que tuviese semejantes cosas, venían de alguna isla aún no descubierta; pues Ptolomeo, lib. 2 de su *Cosmografia*, cap. 17, dice que en las partes orientales de las Indias hay de estas cañas: Los moradores de las Azores, le contaron que cuando soplaba viento de Poniente, arrojaba el mar en sus orillas, especialmente en la isla Graciosa y el Fayal algunos pinos que no había en ellas: Añadían algunos, que en la isla de las Flores hallaron en la orilla dos hombres muertos, cuya cara y traza era diferente de los de sus costas: Supo también de los moradores del cabo de la Verga, que habían visto Almadias ó bar-

cas cubiertas, llenas de una especie de gente de quien jamás habían oido hablar.

Antonio Leme, casado en la isla de la Madera, le contó que habiendo navegado muy adelante hacia Occidente, había visto tres islas: El Almirante no se fió de lo que le decía, porque conoció, prosiguiendo la conversación haber navegado á lo más cien leguas, y podía engañarle, teniendo por islas algunas grandes rocas, que por estar muy lejos, no pudo distinguir; imaginaba también que estas podían ser las islas movibles, de que habla Plinio, cap. 27, libro 11, cubiertas de árboles, formadas de raíces entretejidas, que lleva el viento á diversas partes del mar, como se presume eran las de San Brandan, de que se cuentan cosas admirables, y las hay semejantes muy adelante del Septentrión, de las cuales queriendo Séneca, lib. 3, de los naturales, dar la razón, dice que son de piedra tan sosa y lijera, que nadan en el agua en la India; Juvencio Fortunato hace mención de dos hacia Poniente, un poco al lado del Mediodía, debajo de las islas de Cabo-Verde, las cuales andan siempre sobre el agua.

Por esta razón y otras, puede ser que los pueblos de las islas del Hierro, de la Gomera y las Azores, asegurasen que veían todos los años algunas islas á la parte de Poniente, y en el

año 1484 fué un capitán desde la Madera á Portugal á pedir una carabela para descubrir un país, que decía veía cada año, y siempre de una misma suerte; estas islas se pusieron como firmes en los mapas, conformando con los que decían haberla visto desde la de los Azores. Aristóteles, en el libro de las cosas naturales, habla de haber navegado por el mar Atlántico algunos mercaderes cartagineses á una isla fertilísima, como se dirá adelante, la cual ponían los portugueses en sus mapas con el nombre de Antilla, aunque no se conformaban en el sitio con Aristóteles. Ellos la tenían por la de las siete ciudades que los portugueses fueron á habitar el año 714, cuando los moros quitaron á España al Rey D. Rodrigo, y se hicieron dueños de este reino. Dicen que en áquel tiempo siete obispos, seguidos de cantidad de gente, habiéndose embarcado, abordaron á aquellas partes, donde fabricaron siete ciudades, y quemaron todos los navíos, porque la gente que los había acompañado no se fuese. Algunos portugueses han escrito, que los pilotos de su nación que han llegado á dicha isla, jamás han vuelto, y que no obstante, en tiempo del Infante D. Enrique abordó allí un bajel, y desembarcada la gente, la llevaron los moradores luego á su iglesia para ver si eran católicos, y

que habiéndolos reconocido tales, les rogaron se estuviesen con ellos algunos días, para esperar su Señor, que tendría mucho gusto de verlos; pero los pilotos, temiendo que los de la isla, quisiesen quemar sus navíos, se embarcaron á toda prisa para volver á Portugal; añaden que á su vuelta contaron al Infante todo esto, creyendo ser recompensados por no haberse querido quedar en aquellos pueblos no conocidos, y que el Infante les reprendió severamente, y les obligó á volver, pero que los pilotos no pudiendo resolverse, se escaparon. Dicen más, que mientras estaban en la iglesia de estos isleños, los que se habían quedado en los bajeles cogieron arena en la orilla, para el uso de la cocina, de que era la tercera parte oro.

Pedro de Velasco, natural de la villa de Palos, dijo al Almirante que habiendo partido del Fayal, y navegado más de 150 leguas hacia el Occidente, descubrió la isla de las Flores, siguiendo á unos pájaros que volaban á ella, y que después halló hacia el Nordeste el cabo de Clara, en Irlanda, por el Oeste, donde observaron muy grandes vientos de Poniente, sin inquietarse el mar, por lo que discurrieron le cubría alguna gran tierra hacia Poniente, y por ser Agosto no quisieron volver á la isla de miedo del invierno. Esto sucedió más de cuarenta

años antes del descubrimiento de las Indias.

Otro piloto, le contó en el Puerto de Santa María, que haciendo viaje á Irlanda, vió una tierra que tuvo por parte de Tartaria, que daba vuelta al Occidente, y sería la que ahora llaman de Bacalaos, adonde no pudo llegar por el mal tiempo.

Cierto Pedro de Velasco, gallego, le aseguró lo mismo en la ciudad de Murcia, diciéndole que navegando él hacia Irlanda, vió del lado de Poniente una tierra, que creyó ser la que un Fernan Dolmos procuró descubrir, en el modo que contaré fielmente como lo hallé en los escritos de mi padre.

Gonzalo de Oviedo refiere en su historia que el Almirante tuvo en su poder una carta, en que halló descriptas las Indias, por uno que las descubrió antes, lo cual sucedió en la forma siguiente: Un portugués, llamado Vicente Díaz, vecino de la villa de Tavira, viniendo de Guinea, y habiendo pasado la Madera, vió ó creyó ver una tierra y se lo dijo á un mercader genovés llamado Lucas de Cazzana, persuadiéndole á armar un bajel para ir á conquistarla. El mercader consintió en ello, alcanzó permiso del Rey de Portugal, y dió la comisión de armarle á un hermano suyo que se llamaba Francisco y vivía en Sevilla, el cual se burló de él y del encargo. Lucas de Cazzana lo hizo por sí mismo, y partió

poco tiempo después y buscó esta tierra toda su vida, pero no la halló; y me afirmó el referido Francisco haber conocido dos hijos del capitán que descubrió la isla Tercera, llamados Miguel y Gaspar, de Corte Real, que en diversos tiempos fueron á descubrir aquella tierra y perecieron en la empresa, uno después de otro, el año 1502, sin saber donde ni cómo.



CAPÍTULO IX

Que los españoles no han tenido ningún antiguo señorío en las Indias, contra la opinión de Gonzalo de Oviedo, que procura probar lo contrario.

El mismo Gonzalo Fernández de Oviedo, refiere en el tercer capítulo de su historia, que las Indias Occidentales estaban ya descubiertas en tiempo del Almirante, y lo prueba con las cosas que escribieron Aristóteles de la isla Atlante y Seboso, de la Hespéride; Oviedo, que no parece entendía griego, usó de las obras de Fr. Theophilo de Ferraris, que entre las proposiciones que juutó del filósofo, puso en su libro de las *Maravillas de la Naturaleza* un capítulo que contiene estas palabras: «Refieren que más

allá de las Columnas de Hércules, en el mar Atlántico, algunos mercaderes cartagineses, descubrieron una isla cubierta casi toda de árboles y florestas, habitada de fieras hasta entonces, en la cual había muchos y grandes ríos y partes de tierra que producían abundantemente todo género de bastimentos. Estos mercaderes hallando el temple bueno, se quedaron á vivir allí. Habiéndolo sabido el Senado de Cartago, prohibió con pena de la vida á los súbditos de su dominio ir á ella, y ordenó matar á los primeros que la habían descubierto. Este edicto fué para estorbar que alguna nación extranjera se apoderase de esta isla y después se declarase por enemiga suya.

Este es el fundamento de Oviedo para decir que las Indias estaban ya descubiertas en tiempo del Almirante, y cree, sin razón, que la isla de que habla Ferraris es la Española, ó Cuba y si hubiese hecho explicar el texto de Aristóteles por un hombre que lo entendiese bien, no habría hallado palabra de alguna isla de las Indias Occidentales.

Lo segundo, aunque Aristóteles lo dijese, no probaba que las Indias hubiesen sido descubiertas antes del Almirante. El filósofo habla de la isla de Atlante como de una cosa incierta, y se sirve de esta frase: «Dicen que antiguamente

descubrieron una isla;» pero no lo asegura. Demás Oviedo, creyendo que esta isla era fértil, cuando la descubrieron los mercaderes cartagineses, no pensó lo que adelantaba: pues una tierra llena de selvas, como dice él mismo, y que nunca se había cultivado, producía todo género de alimentos: ¿y qué juicio tendría el Senado de Cartago en prohibir á los cartagineses ir á habitarla de miedo de que la conociesen los extranjeros y tuviesen deseo de ocuparla? El edicto sería imprudente, porque habiendo sido esta isla descubierta una vez, era imposible que todos los que lo sabían se conformasen en callar, y en este caso mejor era viniese á poder de los cartagineses que al de otro pueblo que pudiese en adelante hacer la guerra que el Senado temía.

Si esta nueva isla era la Española, como quiere Oviedo, los cartagineses tendrían miedo sin razón, puesto que entre ambos estaba la tercer parte del mundo, en cuya distancia era muy dudeso que el pueblo se apoderara de ella. En fin, si fuese tan fértil, en lugar de dejarla debían conservarla, de miedo de que cayendo en el dominio de pueblo extranjero, no se aprovechase de su abundancia para hacerlos mal. Yo creo que si los cartagineses la hubieran descubierto, la conserváran como hicieron con las Casitcri-

des, que hoy llamamos islas de los Azores; ocultáronlas mucho tiempo por la cantidad de estaño que sacaban de ellas todos los años, y puede ser que estas sean las islas de que Aristéles quiso hablar.

Si se me opone que el filósofo hace mención de una isla que tenía muchos rios, grandes navegables, que no hay en las Azores, y sí en la Española y Cuba, respondo que pudo haberse engañado describiendo aquello de que habla; porque dice que tenía muchas bestias feroces; en Cuba ni en la Española no se halló alguna, ni tienen rios navegables. Fuera de esto, estas dos islas no están situadas en parajes donde las tempestades pudiesen arrojar á los cartagineses sin naufragar, y naturalmente ellos no tendrían intención de ir á descubrirlas, y menos siendo mercaderes que no querían alejarse de su país, especialmente en aquel tiempo, que se navegaba con grandes dificultades y que no se atrevían á emprender viajes largos, antes les parecían muy dilatadas las navegaciones breves, como se ve en la de Jason, desde Grecia á Colcos, y en la de Ulises por el Mediterráneo, en que gastaron tantos años, las cuales los hicieron tan famosos como celebrados por los más excelentes poetas, por la poca experiencia que entonces tenían del mar, hasta que en la edad nuestra se ha me-

jorado la navegación, tanto, que se han atrevido á rodear el mundo, contra el refrán: «Quien va á Cabo de Nom, ó volverá ó non», cabo en Berbería no lejos de Canarias. Además que es manifiesto error imaginar que pudiera ser Cuba ó la Española aquella isla, porque áun hoy, con las noticias que hay de ellas, es casi imposible aportar á sus costas sin que antes de dar en ellas hubieran hallado otras muchas islas que las rodean, de que no habla nada Oviedo.

En fin, si esta isla Atlántica, no era alguna de las Azores, podía casarse una mentira con otra, diciendo ser la isla de que Séneca hace mención en el sexto libro de las cosas naturales; dice, según el pensamiento de Tucides, que pendiente la guerra de Morea fué sumergida enteramente, ó en parte, una isla llamada Atlántica, de que habla Platón en su *Timeo*; y esto basta para el primer artículo.

Pasemos al segundo, en que Oviedo quiere que los españoles fuesen antiguamente señores de las Indias. Citando á una autoridad incierta, quiere sacar tres conclusiones verdaderas, no conformándose con Séneca, que en el libro 6, referido dice es dificultoso afirmar nada cierto, y distintamente en lo que se ha de tratar por conjeturas.

Fúndase en la autoridad de Estacio y Sebo-

so, que dicen, que ciertas islas llamadas Hesperides, estaban situadas hacia el Occidente, á 40 días de viaje de las Gorgonas; Oviedo cree, que estas Hesperides, son las Indias Occidentales, á quien dió su nombre Hespero, Rey de España, de que concluye, que los españoles dominaron las Indias.

Confieso con Seboso, que las Hespérides están en el Occidente; pero no dice que sean las Indias, ni habla del Príncipe que las sujetó, y si Oviedo afirma que Hespero, fué Rey de España, según Beroso. Es verdad que Beroso lo dice, pero no que diese nombre á España ni Italia, y viendo que en esto le faltaba autoridad que le patrocinase cita cautelosamente á Higino, sin señalar el lugar, para probar que las Hespérides eran las Indias Occidentales; pero Higino jamás habló palabra de esto, como puede juzgarse, por lo que puso en su libro de poética astronómica. Estas son las palabras: «Píntase á Hércules, como un hombre que quiere matar al dragón qne guardaba las Hespérides.»

Y más abajo: «Hércules, habiendo sido enviado por Euristeo, por las Manzanas de Oro á las Hespérides, y no sabiendo el camino, fué á Prometeo, que estaba atado en el monte Cáucaso, y le rogó se le enseñase, de que le manifestó la muerte del Dragón:» y según esto, ha-

brá otras Hesperides en Oriente, á las cuales podía también Oviedo decir que Hespero había dado nombre.

En fin, añade en el capítulo de los planetas, que Venus se llama Hesperus, porque trasmonta poco después que el Sol.

De todo lo cual podemos inferir que, si el que está acostumbrado á contar fábulas de poetas, como Higino, debe tener autoridad ó dar indicio alguno, sino contra Oviedo, ó si podemos afirmar ó presumir que se llamaron Hesperides por la referida estrella, asi como los griegos llamaron Hesperia á Italia, por la misma causa, según dicen muchos, diremos, que Seboso llamó Hesperides á aquellas islas y que para mostrar el sitio donde estaban, se valió el Almirante de las conjeturas y razones que hemos notado, para tener por cierto que semejantes islas estaban en aquellas partes occidentales.

Con lo cual podemos concluir, que Oviedo no solo quiere fingir autoridades nuevas en sus escritos, sino que se vale de cosas inciertas, ó por inadvertencia, ó por complacer al que se lo dijo, pues no tenía interés, y la repugnancia sola bastaba á manifestar el error. Por esto, si los cartagineses que llegaron á Cuba ó la Española, como dice, la hallaron sin más moradores que las fieras, ¿cómo puede ser verdad que los espa-

ñoles la hubiesen poseido mucho tiempo antes y que su Rey Hespero la diese su nombre? Si no que se diga que la despobló algún diluvio, y que otro Noé la puso en el estado en que la descubrió el Almirante; y por no fastidiar á los lectores en esto, vuelvo á seguir nuestra historia.





CAPITULO X

El Almirante rompe con el Rey de Portugal, sobre la proposición que le había hecho de descubrir las Indias.

Teniendo el Almirante por muy fundado su discurso, trató de ejecutarle y de correr el Occeano buscando las tierras referidas; pero reconociendo que empresa tan grande no convenía sino á Príncipe que pudiese hacerla y sustentarla, quiso proponérsela al Rey Don Juan de Portugal, en cuyo reino estaba; oyóle el Rey con gran atención, pero sin admitirle, escarmentado de los trabajos y grandes gastos que le causaba el descubrimiento de la costa occidental de Africa, llamada Guinea, sin que hubiese conseguido felicidad alguna, ni pasado el cabo de Buena Esperanza, cuyo nombre subrogaron

en lugar del suyo propio que era *Agesingua*, por ser el cabo y el fin de la buena esperanza de su conquista; aunque otros dicen le dieron este nombre porque aquel cabo le daba esperanza de mejor tierra y navegación. Sea como fuere, el Rey no se inclinaba á gastar más en descubrimientos.

El Almirante le instó, proponiendo tan buenas razones para acreditar su empresa, que le redujo á aceptarla, y solo dudaba en las condiciones y pactos con que la proponía, porque siendo el Almirante de generosos y altos pensamientos, capitulaba con gran honor y ventaja para dejar su memoria y la grandeza de su casa conforme á la de sus obras y merecimiento; antes de responderle consultó el Rey, al doctor Calzadilla, el cual le aconsejó que enviase algún piloto hábil á ver si podía descubrir la nueva tierra, pues si lo hacía no quedaría obligado á dar al Almirante tan gran recompensa. Siguió el Rey de Portugal este consejo, y con gran brevedad y secreto envió una carabela hacia donde el Almirante decía, como que enviaba víveres y socorro á las islas de Cabo Verde. Habiendo tomado los marineros la derrota que el Almirante había manifestado al Rey, no la acertaron porque les faltaba el Almirante, y su ciencia y constancia. Anduvieron errantes muchos días, hasta

que se vieron precisados á volver á las islas de Cabo Verde, y á Lisboa, burlándose de la aprensión del Almirante. Y aseguraban que era imposible hallar tierra alguna en los mares por donde quería navegar el Almirante.

La treta de Calzadilla fué tan desagradable al Almirante, que se enfadó con el Rey de Portugal y su tierra, y se salió del reino con su hijo Diego Colón, (que le sucedió en el Estado) porqüe su mujer había muerto, y se vino á Castilla con intención de hacer al Rey la misma proposición; temía que no la aceptase y verse precisado á recurrir á otro Príncipe, por lo cual envió á Inglaterra á su hermano Bartolomé Colón, que aunque tenía pocas letras, era práctico y juicioso en las cosas de mar, y hacía esferas y cartas de marear y otros instrumentos náuticos, enseñado del Almirante, al cual, y á los demás que iban á Inglaterra, robaron corsarios, y como se vió muy pobre y en tierra agena, se aplicó á hacer cartas de marear para ganar su vida, y empezó á tratar con Enrique VII, padre de Enrique VIII; presentóle un Mapa Mundi, en que estaban escritos estos versos, que hallé entre sus papeles, y que pongo aquí más por su antigüedad que por su elegancia.

Terrarum quicumque cupis feliciter Oras
Noscere, cuncta decens docté Pictura docebit

Qua Strabo affirmant, Ptolomeus, Plinius, atque
Isidorus, non una tamen sentencia quisque:
Pingitur hic etiam, nuper fulcata carinis
Hispanis zona illa, prius incognita genti
Torrida, quæ tamdem nuc est notisima multis.

Y más abajo decía:

«Pro Auctore sivé Pictore
Ianua cui patriæ est, Nomen cui Bartolomæus
Colombus de Terra Rubra, opus edidit istud
Londonijs Anno Dñi 1480; atque in super
Anno 8, decimaque die, cum tertia, Mensis
Februarij. Laudes Christo cantentur abundé,

y porque alguno reparará, que dice: «Colombus de Terrarubra,» digo que he visto algunas firmas del Almirante, antes que adquiriese el Estado, en esta forma: «Colombus de Terrarubra» y volviendo á la historia, digo, que habiendo visto el Rey el Mapa Mundi, y lo que le ofrecia el Almirante, aceptó gustoso su oferta, y le envió á llamar para ejecutar la empresa; pero como Dios la tenía guardada para Castilla, no tuvo efecto, pues ya el Almirante en aquel tiempo había conseguido lo que deseaba, como se dirá por su orden.





CAPITULO XI.

Sale de Portugal el Almirante, pasa á Castilla y proposiciones que hizo á los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.

No contaré la negociación de Bartolomé Colón, por volver al Almirante el cual partió secretamente de Portugal al fin del año de 1484, por temor de que su Rey le estorbase, pues viendo que habían faltado á su obligación, los de la carabela, deseaba volviese á su gracia el Almirante, y á tratar de la empresa. Vino á Castilla; y dejando á su hijo en Palos, en un convento llamado la Rabida, pasó á Córdoba, donde estaba la Corte y con su afabilidad y dulzura, trabó amistad con las personas que gustaban de su proposición, entre las cuales, Luis de San Angel, caba-

llero aragonés, escribano de la Razón, de la Casa Real, sujeto de gran prudencia y capacidad, entró muy bien en ella. Habló al Rey sobre que el Almirante mostraría por razón la posibilidad de su empresa. El Rey lo cometió al prior del Prado, que después fué Arzobispo de Granada, para que con los más hábiles cosmógrafos confiriese con Colón, hasta que quedasen plenamente instruídos de su designio, y le informarse con su dictámen, y volverlos á juntar después para determinar sobre las proposiciones que hubiese hecho. Obedeció el prior del Prado, pero como los que habia juntado eran ignorantes, no pudieron comprender nada de los discursos del Almirante, que tampoco quería explicarse mucho, temiendo, no le sucediese lo que en Portugal. Los cosmógrafos dijeron al Rey «que el intento de Colón era imposible, y que después de tantos millares de años, no podía descubrir tierras desconocidas, aventajándose á un número, casi infinito, de gentes hábiles que tenían perfecta experiencia de la navegación.» Otros decían que el mundo era muy grande para ir en tres años al fin de Levante como quería, y en confirmación de esto traían la autoridad de Séneca en que por via de cuestión trataba, si el Océano era infinito, dudando si era navegable; y cuando lo fuese, dudaban si de la otra parte se ha-

llarían tierras habitables, y si se podría llegar á ellas. Añadían, que en este globo inferior, la tierra ocupaba la mayor parte, y que solo era habitada una corona, ó cinta pequeña, que quedaba en nuestro hemisferio encima del agua y todo lo demás era mar, y que cuando se concediese que llegase al fin del Oriente, podría también ir desde España á lo último del Occidente, y disputaban otras cosas á este modo, como los portugueses cuando navegaron á Guinea, asegurando que, si alguno hiciese este viaje, no volvería jamás, porque lo impediría la redondez de la esfera, antes se vería obligado á subir por la mar, como por una especie de montaña, «lo que era imposible aunque llevase buen viento.» Y aunque el Almirante respondía á todo esto, cuanto más eficaces eran sus razones, tanto menos las comprendian, y entendían; por que cuando alguno envejece con malos fundamentos en la matemática no puede alcanzar nunca la verdad, porque lo impiden las reglas falsas aprendidas, valiéndose del refrán castellano, que suele decirse, en lo que no parece razonable: y de San Agustín en el Cap. 9 del libro 21 de *Civitate Dei*, que reprueba y tiene por imposible que haya antípodas, y que pueda pasarse de un hemisferio á otro. También autorizaban su dictámen con las fábulas de las cinco zonas, y otras men-

tiras, que tenían por verdades muy seguras; por lo cual tuvieron, la empresa por vana, é imposible, y que no era decente, que tan grandes príncipes se moviesen á protejerla con tan débiles informes. Con que después de haber gastado mucho tiempo en esta materia, respondieron sus altezas al Almirante, hallarse impedidos de entrar en nuevas empresas, por estar empeñados en otras muchas guerras y conquistas, especialmente en la de Granada, en que se hallaban, pero que con el tiempo habría mejor ocasión para examinar sus proposiciones y tratar de lo que ofreció. Y en efecto, los Reyes no quisieron oir las grandes promesas del Almirante.



CAPITULO XII.

Como no quedando de acuerdo el Almirante con el Rey de España, determinó ofrecer á otro su empresa

En tanto que se trataba esto, no estaban siempre en un lugar los Reyes Católicos, por causa de la guerra de Granada, y por esto se dilató mucho tiempo la resolución y respuesta. Fué el Almirante á Sevilla, y no hallando en sus altezas mejor conclusión que la pasada, dió cuenta de su empresa al duque de Medina-Sidonia; pero después de muchas pláticas, no se concluyó nada como deseaba en España, y así determinó pasar á Francia, á cuyo Rey habia escrito sobre esto, con resolución, si no se le oyese, de pasar á Inglaterra á buscar á su hermano, de quien no había tenido noticia.

Fuese al convento de la Rábida con intención de llevar á su hijo D. Diego, á Córdoba y proseguir su viaje, pero Dios ordenó que no tuviese efecto, inspirando á Fray Juan Pérez, guardian del convento, á que tomase amistad con el Almirante, y á que le agradase tanto su empresa, que le causó sentimiento su resolución y lo que perdería España con ella; rogóle que no ejecutase el viaje, porque quería ir á ver á la Reina que esperaba le diese crédito, por ser su confesor, y aunque el Almirante tenia perdidas ya las esperanzas, por el poco ánimo y juicio que hallaba en los consejeros de sus altezas, por el gran deseo que tenía de que esta empresa la lograse España, le precisó á ceder á su ruego, teniéndose por natural de estos Reinos, que eran patria de sus hijos, y haber vivido en ella tanto tiempo. Esto dió motivo á rehusar las ofertas, que otros principes le habían hecho, como refiere en una carta suya, á los Reyes, donde dice: «Por servir á vuestras altezas no he querido empeñarme con Francia, Inglaterra, ni Portugal, como lo verán vuestras altezas por las cartas de sus Príncipes, que están en poder de Villarán.



CAPITULO XIII.

Como el Almirante volvió al campo de Santa Fe, y no habiendo conseguido nada de los Reyes Católicos, se retiró

Partió el Almirante del convento de la Rábida, que está cerca de Palos, con Fray Juan Pérez, al Campo de Santa Fe, donde estaban los Reyes Católicos, entónces en el Sitio de Granada, habló Fray Juan á la Reina, con tan grande instancia que logró que su majestad mandase volver al tratado del Descubrimiento; pero como por una parte lo contradecían el Prior del Prado y sus secuaces; y por otra pedía el Almirantazgo y el título de Virrey, y otras cosas de tanta

estimación é importancia, pareció cosa dura concederlas: pues saliendo con la empresa, parecía mucho, y malográndose, ligereza; con lo cual se cesó en el negocio. No omitiré referir la grande estimación que hago de la sabiduría, corazón y providencia del Almirante, pues teniendo tan poca fortuna en esto, y deseando tanto, como he dicho, permanecer en estos Reinos, hallándose en estado y tiempo que debía reducirse á cualquier partido, tuvo ánimo tan constante, que no quiso aceptar sino grandes títulos y estados, pidiendo cosas que no podían ser mayores, si supiera de cierto, lo que sucedió después: y últimamente fué necesario que se le concediesen, haciéndole Almirante en todo el mar Occéano, con las prerrogativas, gajes y preeminencias que tenían los Almirantes de Castilla en sus distritos, y que en todas las islas y Tierra-Firme fuese virrey, y gobernador, con la autoridad y jurisdicción, que se concedía á los Almirantes de Castilla y León, y que proveyese absolutamente los oficios de Gobierno y Justicia, en todas las islas y Tierra-Firme, y que fuesen per él removidos los nombrados á su voluntad y arbitrio; y que todos los Gobiernos y Regimientos, se proveyesen, proponiéndo él, dos ó tres sujetos, y que en cualquier parte de España donde se comerciase con las Indias, pusiese jueces que de-

terminasen los pleitos tocantes á aquellas materias.

En cuanto á rentas y utilidades, de más de los salarios y derechos de los oficios de Almirante, virrey y gobernador, pedía la décima parte de cuanto se comprase, hallase y ganase, dentro de los términos de los Almirantazgos, bajadas las costas de la Conquista; de suerte que si en una isla se adquirían mil ducados, habían de ser ciento suyos, y porque sus contrarios decían, que no aventuraba nada en el viaje si no verse capitán de una Armada todo el tiempo que durase, pidió también que se le diese la octava parte de todo lo que trajese á la vuelta y pagaria la octava parte de los gastos de la Armada.

Siendo estas cosas tan importantes, y no queriendo sus altezas concederlas, se volvió á Córdoba para disponer su viaje á Francia porque estaba resuelto á no volver á Portugal, aunque el Rey le había escrito como se dirá adelante.





CAPITULO XIV

Cómo los Reyes Católicos mandaron volver al Almirante, y le otorgaron lo que pedía

Entrado el mes de Enero del año de 1492, el mismo día que el Almirante salió de Santa Fe acudió á la Reina Luis de San Angel, procurando algún remedio que impidiese su viaje, y con palabras, que el deseo le subministró, para persuadirla, y áun reprenderla, la dijo: que se maravillaba que habiendo tenido espíritu para emprender todas las cosas grandes é importantes, le faltase para una en que se aventuraba tan poco y de que podía resultar tanto servicio á Dios y exaltación á su Iglesia, no sin grandísimo aumento y gloria de sus Reinos y Estados; y

tal, finalmente, que si lo consiguiese otro príncipe, como el Almirante ofrecía, sería muy claro el perjuicio que resultaría á su Estado; en cuyo caso la reprenderían con justa causa sus amigos y aliados, y la despreciarían sus enemigos; pues todos dirían estaba bien empleada esta desventura; de que su alteza se dolería después, y sus sucesores tendrían gran dolor. Y puesto que parecía que el negocio tenía buen fundamento, y el Almirante que le proponía buen juicio y ciencia, y no por más premio que en lo que hallase concurriendo en parte de los gastos y aventurando su persona, no debía su magestad tener la empresa por tan imposible como decían los letrados, pues lo que oponían de que sería murmurada si no saliese el Almirante con lo que afirmaba, era contra el dictamen que él tenía formado, pues antes imaginaba, serían tenidos por príncipes magnánimos y generosos, porque emprendían saber las grandezas y secretos del Universo; lo cual habían hecho otros Reyes y Señores y merecido mucha alabanza; aún cuando fuese incierto el resultado de este empeño, era bien empleada cualquier suma grande de oro, por salir de dudas. Demás que el Almirante no pedía más que 2,500 escudos para disponer la Armada y por que no se dijese, que esta cortedad la detenía, no debía abandonar la

Empresa. A que respondió la Reina conociendo el buen deseo de Luis de San Angel, agradeciéndole su buen consejo, y díciendo gustaba de aceptarle con calidad de que se suspenpendiese la ejecución, hasta que descansase de los trabajos de aquella guerra y cuando le pareciese mejor, que se ejecutase luego, buscando sobre sus joyas el dinero necesario para la Armada. Visto por San Angel el favor que le hacía la Reina en aceptar lo que por consejo de tantos había desestimado, la respondió que no era necesario empeñar sus joyas, que él serviría á su alteza prestándola el dinero. Con esta resolu ción despachó luego la Reina un capitán á traer al Almirante, que le encontró cerca de la puerta de Pinos, á dos leguas de Granada, y aunque el Almirante se dolía de las dilaciones y pesares qne había padecido en su empresa, informado de la terminación y voluntad de la Reina, volvió á Santa Fe, donde fué bien recibido de los Reyes y mandaron al secretario, Juan de Coloma, le despachase como lo pedía, y con su real firma y sello, le concedieron todos los capítulos y cláusulas que hemos referido, sin quitar ni mudar cosa alguna.





CAPITULO XIV (1)

Cómo el Almirante armó tres carabelas para hacer la empresa de su descubrimiento.

Concedidos por los serenísimos Reyes Católicos los capítulos expresados, al Almirante, salió al punto de Granada en 12 de Mayo del mismo año de 1492, para la villa de Palos, puerto donde había de hacer la armada, por estar obligada aquella tierra á servir á sus Altezas con dos carabelas, por tres meses, las cuales mandaron entregar al Almirante, el cual las armó con otro navío con la solicitud y diligencia necesaria. La capitana, en que iba, era llamada «Santa María,» otra la «Pinta», de que era capitán Martín Alon-

(1) En el original impreso, está repetido el capítulo XIV, y por no variar el texto en lo más mínimo, se repite aquí también.

so Pinzón, y su hermano Alonso Yañez Pinzón, (ambos de Palos) de la última. llamada la «Niña» que era latina. Proveidas de todo lo necesario las naves, con noventa hombres, se hicieron á la vela á 3 de Agosto al amanecer, en derechura á Canarias, y desde este punto puso el Almirante gran cuidado en escribir día por día cuanto sucedía en el viaje, muy por menor, especificando los vientos que soplaban, lo que caminaba cada uno, con qué velas y corrientes, lo que veía, pájaros ó peces y otras cosas, y lo mismo hizo en los cuatro viajes posteriores desde Castilla á las Indias.

No quiero escribirlo todo particularmente, pues aunque el escribir su viaje y navegación, es demostrar las impresiones y efectos correspondientes á sus cursos, y los aspectos de las estrellas y el declarar la diferencia de ellas y de nuestros mares y regiones, sería muy útil, no me parece que tantas particularidades serían del gusto de los lectores, á los cuales serviría de melestia alargar esta historia con discursos impertinentes, por lo cual diré solo lo que tuviere por necesario y conveniente.



CAPÍTULO XV.

De cómo el Almirante llegó á Canarias donde proveyó á sus navíos de todo lo que necesitaban.

Sábado á 4 de Agosto, que fué el día siguiente, en que salió de Palos el Almirante, saltaron los hierros del timón de la carabela «Pinta,» y le fué preciso componerle, sin embargo, del viento fuerte que hacía y de dudar si había sucedido por malicia del patrón, queriendo evitar el viaje, como lo había intentado antes de la partida; pero siendo muy práctico Pinzón, su capitán, compuso el timón, atando cuerdas, de modo que pudo seguir su viaje hasta el martes siguiente, que la fuerza del tiempo rompió las cuerdas y fué preciso que amainasen todos para volver á remediarlo.

De la desorden y desventura de perder esta carabela dos veces el timón, al empezar el viaje, pudiera conjeturar algún agorero la inobediencia y obstinación que tuvo después contra el Almirante, apartándose de él en dos ocasiones, por malignidad de Pinzon, como se contará más adelante.

Volviendo á lo que iba refiriendo, procuraron remediar entonces lo mejor que pudieron esta desgracia, por lo menos hasta llegar á Canarias, las cuales, descubrieron todas las tres carabelas, jueves á 9 de Agosto, al amanecer, y por el viento contrario y las calmas no pudieron tomar tierra en tres días en la Gran Canaria, de que estaban muy cerca, por lo cual el Almirante dejo allí á Pinzón, para que tomando tierra procurase haber otro navio; y para el mismo efecto navegó á la Gomera, llevándose la «Niña,» por si no hallaban navío en una isla, buscarle en otra.

Con esta determinación llegó á la Gomera el domingo siguiente, á 12 de Agosto y envió el batel á tierra, el cual volvió al dia siguiente diciendo que no había navío alguno en ella; pero que estaban esperando á doña Beatriz de Bobadilla, señora de la isla, que estaba en la Gran Canaria, que había de venir en el navío de Grageda, natural de Sevilla, que sería de 40 toneladas, el cual podría comprarse

por ser apropósito para el viaje; con esto esperó el Almirante en aquel puerto dos días, y viendo que no venía el navío, y que salía de la isla un carabelón para la Gran Canaria, envió á decir á Pinzón, con uno de los suyos, su arribo, y que compusiese su navío, porque volvía presto á ayudarle; pero no volvió con la respuesta, y así se resolvió el Almirante ir con sus dos navíos á la Gran Canaria á 23 de Agosto, y al dia siguiente encontró al carabelón, que por vientos contrarios aún no había llegado á Canarias, y recogiendo el hombre que iba en él, pasó aquella noche cerca de Tenerife, de cuyo monte, que es altísimo, vieron salir tan grandes llamas, que la gente se espantó y el Almirante les declaró el fundamento y causa del fuego, verificando su discurso con el monte Etna, de Sicilia, y otros en que se ve lo mismo.

Pasada aquella isla, llegaron el sábado 25 á la Gran Canaria, á donde Pinzón había llegado el día antes, con gran trabajo; y sabiendo que el lunes antecedente había partido doña Beatriz en aquel navío, lo sintió mucho, pero se conformó con la voluntad de Dios, pues sin él excusaba los disturbios que en su compañía tendría, y la pérdida del tiempo que en mudar la hacienda se causaría, y así trató de aderezar la «Pinta,» poniéndola timón nuevo, porque había perdido el

suyo, y mudó á la «Niña» la vela latina, en redonda, para que pudiese seguir con más quietud y menos riesgo á los otros navíos.





CAPÍTULO XVI.

Cómo el Almirante salió de la isla de Canaria á seguir su viaje ó dar principio á su descubrimiento y lo que le sucedió en el Occeano y observaciones primeras de la variación de la aguja.

Puestos en orden los navíos y á punto de partir, hizo desplegar las velas al viento el Almirante, viernes 1 de Setiembre por la tarde, partiendo de la Gran Canaria, y el siguiente día fueron á la Gomera, donde estuvo cuatro días proveyéndose de bastimentos, agua y leña, de suerte que el jueves 4, por la mañana temprano, que puede contarse por el primero de esta empresa y del viaje por el Occeano, partió el Almirante á la vuelta de Occidente; por el poco

viento y calmas no se pudo alejar mucho de la isla. El domingo al amanecer se halló á nueve leguas de la isla de Hierro, y en el mismo perdieron de vista la tierra, y muchos empezaron á llorar y gemir, temiendo que no volverían á verla en largo tiempo. Pero el Almirante, después de haberlos confortado, ofreciéndoles largamente tierras y riquezas, para aumentar su esperanza y disminuir el temor, que del largo viaje tenían, procuró rebajar las leguas que se navegaban, para que no se imaginasen estaban tan lejos de España; y aunque habían caminado aquel día 18 leguas, les dijo que eran 15, llevando para sí la cuenta cierta.

Continuando su viaje el martes 16 de Septiembre, al ponerse el sol, hallándose á 250 leguas de la isla del Hierro, hácia Poniente vieron un palo de navío, tan grueso, que había sido de 120 toneladas, parecía que hacía muchos días que estaba en el agua. Eran en aquel parage, y más adelante hácia Occidente, las corrientes muy grandes hácia el Nordeste; pero, habiendo corrido hácia Poniente 50 leguas, á 13 de Septiembre, observó que desde prima noche norusteaba la aguja de marear media cuarta, y al amanecer poco más de otra cuarta, en que conoció que no iba ajustada á la estrella polar, sino á otro punto invisible, y fijo, cuya variación hasta en-

tonces ninguno había observado, y por esta causa le admiró al tercer día, habiendo navegado casi cien leguas por aquellos parajes, porque observó que la aguja norusteaba ya con la cuarta, y por la mañana volvía á herir en la misma estrella.





CAPITULO XVII

De las aves y otras señas, que denotaban tierras cercanas, que encontró el Almirante en su viaje.

Estando casi á trescientas leguas de la isla de Hierro, hácia Occidente, el sábado 15 de Setiembre, cayó del cielo á cuatro ó cinco leguas de los navíos una maravillosa llama de fuego, á la parte del Sudoeste, aunque era templado (como en Abril) el tiempo y bonancibles los vientos del Nordeste, al Sudoeste, el mar sosegado y las corrientes contínuas á Nordeste. Los de la carabela Niña dijeron al Almirante, que el viernes pasado habían visto una garza y otra ave llamada Rabo de junco, de que entonces se animaron mucho

por ser los primeros pájaros que habían visto, pero mayor admiración tuvieron el día siguiente, que fué domingo, que encontraron gran abundancia de yerba entre verde y pajiza, que se veía en la superficie del agua, y que parecía haber sido arrancada poco antes de alguna isla, ó escollo; al día siguiente no la vieron, por lo cual afirmaban muchos estar cercanos á tierra. Especialmente viendo un cangrejo vivo, entre aquella yerba, la cual dicen era semejante á la yerba Estrella pero no tenía pié, y los ramos eran altos y estaba cargada de fruta como la del lentisco: después observaron que el agua del mar era la mitad menos salada, que la pasada, y aquella noche siguieron á las carabelas muchos atunes, y se acercaban tanto á ellas, y con tanta lijereza, que mataron uno con un tridente los de la Niña, y estando ya á trescientas y sesenta leguas de la isla de Hierro, vieron otro Rabo de junco, ave llamada así porque tiene por cola. una pluma larga.

El martes siguiente, que fué 18 de Septiembre, había pasado adelante la carabela Pinta, que era muy velera y esperó al Almirante, y le dijo su capitán, que había visto muchos pájaros grandes volar hácia Poniente; por lo que esperaba hallar tierra aquella noche y que le parecía verla hácia Tramontana, á quince leguas de distancia,

y en el mismo dia al ponerse el sol, creyó lo eran unos nubarrones; pero porque el Almirante sabía que no era así, no quiso gastar el tiempo en ir á reconocerla, aunque todos lo deseadan, puesto que no se hallaba en el sitio donde según sus indicios y razones había de estar, y aquella noche pusieron una boneta, porque el viento refrescaba, habiéndose pasado once días, en que no habían amainado las velas un palmo, navegando contínuamente á Occidente viento en popa.





CAPITULO XVIII

Del cuidado con que todos procuraban ver las señales en el mar, y el deseo de tomar tierra.

No dejaban de murmurar todos los de la Armada, viéndose tan lejos de todo socorro, y en navegación tan larga y peligrosa, y como nunca veian sino agua y cielo notaban, siempre con atención cualquier señal que se descubría; como los que estaban más lejos á tierra, que hasta entonces ningunas personas habían estado; por lo cual referiré todo aquello de que hacían alguna estimación, á lo menos en la descripción de este primer viaje pero no hablaré de otras señales de

menos importancia, que suelen verse regularmente muchas veces, y así digo que á 19 de Septiembre por la mañana, se puso en el navío del Almirante un Alcatraz, y por la tarde otro, que daban esperanza de tierra, juzgando que estas aves no se alejarían mucho de ella; con esta esperanza, estando en calma, sondearon en más de doscientas brazas, y aunque no hallaron fondo conocieron que iban las corrientes hácia Sudoeste.

El jueves 20 vinieron otros dos Alcatraces, y de allí á un buen rato otro, y cogieron un pájaro semejante á Garza, aunque era negro y tenía en la cabeza moño de plumas blancas y los piés como Anade; y abordo mataron un pececillo y vieron mucha yerba de la referida; al amanecer se pusieron en el navío tres pajarillos cantando, y al anochecer desaparecieron, dejando á la gente algún consuelo, porque consideraban que los otros, por ser grandes y marinos, podían mejor alejarse de tierra; pero estos tan chicos, debían de ser de país cercano, y de allí á tres horas vieron otro Alcatraz que venía de Noroeste. El día siguiente por la tarde, vieron otro y un Rabo de junco y descubrieron cantidad de yerba hácia el Norte por todo el espacio que podía alcanzar la vista, con la cual se consolaban algunas veces, creyendo venía de tierra cercana, y

otras les causaba gran miedo por que había manchas tan espesas, que en cierto modo impedian la navegación, y como siempre propone lo peor el miedo, temían les sucediese lo que se finje de San Amaro en el mar helado, que no deja mover los navíos; por lo cual se apartaban de las manchas siempre que podían.

Volviendo á las señales, digo que otro dia vieron una Ballena, y el día siguiente, que fué sábado 22 de Septiembre vieron algunos Chorlitos, y también en aquellos días corrieron algunos vientos Sudoestes, más ó menos hacia Poniente; y aunque eran contrarios al viaje del Almirante, decía la gente que eran muy buenos, y que ayudaban mucho á la navegación, y esta era una causa para que la gente murmurase más, pues decían que llevando siempre viento en popa, le tendrían contrario á la vuelta, y aunque alguna vez experimentaban buen viento, para volver decían que no era durable, ni bastante á volverlos por el camino que dejaban atrás; el Almirante los replicaba diciendo que aquello procedía de estar ya cerca de tierra, la cual no dejaba levantar las olas y les daba otras razones; afirma que entonces tuvo necesidad especial de la ayuda de Dios, como Moises cuando sacó al pueblo de Egipto, pues el Domingo siguiente, 23 se levantó viento Hues-Noroeste, el cual turbó el

mar como la gente deseaba y de allí á tres horas, vieron volar una Tórtola sobre la nave, y á la tarde un Alcatraz y un pajarillo de rio, y otros pájaros blancos: en la yerba hallaron algunos cangrejillos, y al día siguiente vieron otro Alcatraz y muchos Chirlitos que venian de hácia Poniente, y algunos pececillos, de que mató algunos la gente de los otros navios, porque no picaban en el anzuelo.





CAPITULO XIX

Cómo la gente murmuraba con deseo de volverse y viendo otras señales y muestras de tierra, navegó á ella más alegre.

Cuantas más señales, veían que salian vanas, tanto más crecía el miedo de la gente y se aumentaba la ocasión de murmurar y retirados en los navios, decían que el Almirante, con su loca fantasía, había resuelto hacerse gran señor á costa de sus vidas y peligros y morir en aquella empresa y que puesto que ya habían satisfecho á su obligación en tentar la fortuna y estaban tan remotos de tierra y de todo socorro más que otros algunos, no debian, siguiendo el viaje, ser autores de su propia ruina y privarse del tiempo de arrepentirse faltándoles los bastimentos y navios

que tenian tantos defectos que no podrian ya salvar hombres que estaban tan dentro del mar y que nadie tendría esto á mal, antes serían muy estimados, por haberse expuesto á empresa semejante y haberse adelantado tanto, y que por ser el Almirante extranjero, y sin favor, y su opinión reprobada y despreciada por tantos hombres doctos y sabios, no tendría quien le patrocinase y serían ellos creidos, echando la culpa á su mal gobierno y á su ignorancia, lo cual valdría más que cuantas justificaciones pudiese hacer él en contrario; y no faltaron algunos que decían que para quitar contiendas lo echasen en el mar, sino desistia de su intento, publicando después que él se había caído estando mirando las estrellas y las señales, y que ninguno anduviese buscando la verdad sobre esto, pues no había otro fundamento cierto de su vuelta y salvamento que este.

Continuaban de este modo el viaje, murmurando, doliéndose y aconsejándose todos los días y el Almirante no ignoraba su inconstancia, y la mala intención que tenían contra él; pero unas veces con palabras suaves y otras resuelto á morir, los amenazaba con el castigo que haría si impidiesen el viaje, con lo cual templaba alguna cosa sus miedos y maquinaciones, y en confirmación de las esperanzas que los daba, recor-

daba las señales que habían visto, prometiéndolos que en breve tiempo encontrarian alguna tierra: y buscaban tan atentos contínuamente estas señales, que cada hora les parecía un año para ver tierra, hasta que el martes, 25 de Septiembre, al ponerse el sol, estando hablando con Pinzon el Almirante, que se hallaba muy cerca de su navío, gritó recio Pinzón: «Tierra, tierra, señor, no se pierda mi buena mano,» y le enseñó un cuerpo hácia Sudoeste: que parecía isla, á 25 leguas de distancia, de que la gente se alegró mucho, y consolada daba gracías á Dios y al Almirante, que por ser la noche oscura había creído algo de ello por tener consolada la gente, y por que no se le opusiesen é impidiesen su camino navegó hácia el bulto gran parte de la noche, pero á la mañana siguiente conocieron que eran nubes que muchas veces parecen tierra, por lo cual, con bastante dolor y enfado, volvieron á seguir la vía de Occidente, que continuaban siempre cuando el viento no lo impedía, y poniendo gran cuidado en las señales, vieron un Alcatraz, un Rabo de junco y otras aves semejantes á las referidas.

El jueves 27 de Septiembre vieron otro Alcatraz que venía de Poniente é iba hácia Levante y se aparecieron muchos peces dorados, de que mataron uno, y pasó junto á ellos un Rabo de junco y después observaron que las corrientes

no iban tan firmes y ordenadas aquellos últimos días, como solían, sino volviendo en derecho con las mareas, y la yerba era menos en el mar que al principio. El viernes mataron desde todos los navíos muchos peces dorados, y el sábado un Rabi-ahorcado que aunque es ave de mar, no se para en él, antes anda por el aire persiguiendo los Alcatraces hasta que los hace descargar el vientre y en el aire recoge la inmundicia para mantenerse, y con esta astucia y caza se alimenta en aquellos mares como en los contornos de las islas de Cabo-Verde; de allí á poco vieror otros dos Alcatraces y muchos peces llamados Golondrinas de mar, cuya grandeza es de un palmó, y con dos aletas vuelan encima del agua tanto como un tiro de escopeta, una lanza en alto, poco más ó menos, y algunas veces caen en los navíos; después vieron mucha yerba en una lista hacia el Norte, y medio día como primero, y otros tres Alcatraces y un Rabi ahorcado, que los perseguía. El domingo por la mañana se pusieron en el navío cuatro Rabos de junco, que por venir juntos imaginaron estar más vecinos á tierra, y especialmente, porque poco después pasaron otros cuatro Alcatraces y vieron mucha yerba hacia el Hues-Oueste á Les-Sueste y otros vieron muchos peces Emperadores, que tienen la piel durísima y no son de comer.

No por estas señales se descuidaba el Almirante de las del cielo en el curso de las estrellas, y notó en aquel parage que las guardas de noche estaban justamente en el brazo del Norte, y cuando amanecía, en la línea de debajo del brazo á Nordeste, lo que le causaba grande admiración y comprendía que en toda la noche no navegaban más que tres líneas, que son nueve horas, y todas las noches experimentaba esto. Notó igualmente que á prima noche nordesteaban las agujas por toda una cuarta, y cuando amanecía estaban ajustadas á la estrella polar, lo cual tenía muy confusos y afanados á los pilotos hasta que el Almirante les hizo entender que esto era por razón del rodeo que hace la estrella referida circundando al polo, con cuya advertencia se animaron algo, porque hallando tan gran diferencia, temían grandes peligros en tanta distancia y diversidad de países.



CAPÍTULO XX.

Cómo prosiguieron viendo los indicios y señales ya referidos y otros mejores con que tuvieron algún consuelo.

Lunes 1.° de Octubre, se puso un Alcatraz en el navío y dos horas antes de medio día otros dos, y las listas de yerba venían ya de Este á Oeste, y el mismo día por la mañana el piloto del navío del Almirante dijo que estaba hácia Poniente distante de la isla del Hierro 578 leguas, y el Almirante afirmó que estaba 584 aunque sabía que estaban 707, que eran 129 más de las leguas que contaba el piloto. La cuenta de los otros dos navíos era muy diferente, porque el piloto de la «Niña» dijo el miércoles siguiente por la tarde, haber navegado 540 leguas,

y el de la «Pinta» 634 quitando lo que habían caminado aquellos tres días; hablaban muy fuera de la verdad, porque siempre tuvieron buen viento en popa, y habían navegado más; pero como se ha dicho, el Almirante disimulaba y sufría el error, porque la gente no se entristeciese viéndose tan lejos.

El día siguiente, que fué 2 de Octubre, vieron muchos peces y mataron un Atún y vieron muchos pájaros y avecillas, una blanco, y la yerba muy vieja y casi reducida á polvo. No viendo el día siguiente pájaros, sino algunos pequeños, dudaron grandemente, si habían dejado algunas islas, y pasado por medio de ellas, sin verlas, imaginando la multitud de pájaros que habían visto hasta entonces fuesen de paso de una isla á otra, con que deseaban ir á una parte ú otra para descubrir aquella tierra, en lo cual no convino el Almirante, por no perder el buen tiempo que tenía y proseguir el viaje derecho á las Indias, navegando siempre á Occidente que era el camino que tenía por más cierto, y porque le parecía perdía la autoridad y crédito de su viaje, buscando á una y á otra parte lo que había afirmado, saber de cierto dónde estaba, por lo cual la gente estuvo para amotinarse, perseverando en las murmuraciones y conjuraciones, mas quiso Dios socorrerle con nuevas

señales, como va referido, pues el jueves 4 de Octubre, después de medio día, vieron más de cuarenta pajarillos; por la tarde, junto al navío, y dos Alcatraces que se acercaron tanto, que dió un muchacho una pedrada á uno, y antes de esto habían visto otro pájaro como Rabo de junco y otro blanco como el antecedente, y volaron en la nave muchas golondrinas. El día siguiente llegó al navío un Rabo de junco y un Alcatraz de hácia Poniente y vieron muchos pajarillos.

El domingo después, á siete de Octubre, al salir el sol, se vió muestra de tierra hácia Occidente: pero porque era oscuro, ninguno se atrevió á hacerse autor de la novedad, no por la vergüenza de decir lo que no fuese, sino por no perder la merced de 30 escudos de renta concedida por los Reyes Católicos á los que primero viesen tierra, pues como hemos dicho, para impedir que se diesen alegrías vanas, se había vedado con pena de perderla si dijesen tierra, no verificándose en el término de tres días, aunque después la viesen era noticia falsa, y por esto temían los de la nave del Almirante, no queriéndose arriesgar á decir «tierra, tierra.» Los de la carabela «Niña», que era más velera, creyendo firmemente fuese tierra la que veían, dispararon un cañonazo y levantaron bandera en señal de tierra; pero cuanto más ade-

lante navegaban iban perdiendo la alegría, hasta que totalmente cesó con la muestra que había visto. Poco después quiso Dios consolarlos, porque vieron grandes bandadas de pájaros de todas suertes y algunas de pajarillos de tierra, que desde Occidente iban á buscar qué comer hacia el Sudoeste; por lo cual el Almirante, teniendo por muy cierto, hallándose tan distante de Castilla, que pajarillos tan pequeños no pararían en tierra muy lejana, dejó de seguir la vía del Oeste y echó á la vuelta del Sudoeste, diciendo que si mudaba camino lo hacía porque no era muy distante del suyo principal, y seguir la razón y experiencia de los portugueses, que habían descubierto la mayor parte de sus islas por el juicio y vuelo de semejantes pájaros, y mayormente, porque los que habían visto hacían entonces casi el mismo viaje en que siempre tuvo por cierto debia hallarse tierra, según el paraje donde estaban puestos, que como sabían, les había dicho muchas veces que no esperaba ver tierra hasta haber navegado 750 leguas hacia el Occidente de Canarias, en cuyo término había también dicho que hallaría la Española, llamada entonces Zipango, y sin duda la hubiera hallado si no hubiese sabido que se decía estar á lo largo de Tramontana, á Mediodía, y por eso quedaba á la izquierda, hacia el

Medicodía, aquella isla y otras de Caribes, hácia lás cuales volaban aquellos pájaros y por estar tan vecinos á tierra se veía contínuamente tanta abundancia y variedad de pajarillos, que el lunes 18 de Octubre llegaron al navío, doce de los que tienen muchos colores y cantan en el campo, y después de haber volado un poco alrededor de las naves, prosiguieron su camino; también vieron desde los navíos otras muchas aves que volaban al Sudoeste y aquella misma noche fueron vistas otras aves grandes y bandadadas de pajarillos que venían de hacia el Norte y volaban en derechura hacia los primeros, y demás de estos vieron muchos Atunes y por la mañana una Garza, un Alcatraz, Anade y pajarillos que llevaban el mismo camino que los otros; sentían los de las naves el aire muy fresco y oloroso, como por el mes de Abril en Sevilla; pero era tanta el ansia y el deseo de ver tierra, que ya no creían ninguna señal, de modo que aunque el miércoles, 10 de Octubre, de día y de noche, viesen pasar muchos de los mismos pájaros, la gente no dejaba de lamentarse ni el Almirante de reprender su poco ánimo, afirmándoles que bien ó mal habían de salir con la empresa de las Indias, á que les enviaban los Reyes Católicos.



CAPÍTULO XXI.

Cómo el Almirante vió la primer tierra, que fué una isla llamada de los Lucayos.

Viendo Nuestro Señor cuán dificultosamente se mantenía el Almirante contra tantos contradictores, fué servido de que el jueves á 11 de Octubre, después de medio dia, tuviesen gran ánimo y alegría porque hallaron indicios manifiestos de estar cerca de tierra, pues los de la capitana vieron pasar junto á ella un junco verde, y después un pez verde de los que no se alejan de los rocas. Los de la «Pinta» vieron una Caña y un Bastón y cogieron otro labrado ingeniosamente, y una tablilla, y una mancha de yerba de ribera. Los de la «Niña» vieron semejantes señales, y un ramo de Espino cargado de

Majuelas maduras, que parecía recién cortado, por cuyas señales y lo que dictaba el natural discurso, teniendo el Almirante por cosa cierta estar vecino á tierra, ya de noche, acabada la salve, que según costumbre cantan los marineros todas las tardes, habló generalmente á todos, refiriendo las mercedes que Nuestro Señor los había hecho de llevarlos tan seguros y con tanta prosperidad de tiempos y viaje, y á consolarlos con señales que á cada instante eran mayores, por lo cual les rogaba que velasen con atención aquella noche, trayéndoles á la memoria que bien sabían cómo el primer capítulo de la comisión y orden que se dió en Canarias á los navíos era que en navegando 700 leguas á Poniente sin hallar tierra, no navegasen desde la media noche, hasta el dia; y porque el deseo de tierra no tenía efecto, por lo menos supliese su ardimiento la buena vela, y pues él tenía muy cierta esperanza de que aquella noche había de descubrirse tierra, hiciese cada uno guardia, por su parte, porque además de la merced de 30 escudos de renta, que sus altezas habían señalado al que primero viese tierra, le daría un jubón de terciopelo.

Dicho esto, estando después el Almirante en el castillo de popa, dos horas antes de la media noche, vió una luz en tierra, pero dice que

era de modo que no se atrevía á afirmar que fuese en tierra, por lo cual llamó á Pedro Gutierrez, maestre-sala del Rey, y le dijo que mirase si veia la luz, y le respondió que sí, y luego llamaron á Rodrigo Sanchez de Segovia, para que mirase hácia donde se veía, pero no pudo verla porque no subió tan presto, ni después la vieron más que una ó dos veces, por lo cual juzgaron que podía ser candela ó antorcha de pescadores, ó caminantes, que levantaban ó bajaban la luz, ó que pasaban de una casa á otra, porque se desaparecía y volvía de repente, con tanta prontitud, que pocos creian por aquella señal estar cerca de tierra.

Prosiguieron el camino más advertidos, hasta que dos horas después de la media noche, la «Pinta», que iba delante por ser muy velera, hizo señal de tierra, la cual vió el primero Rodrigo de Triana, marinero, y estaba á dos leguas de distancia de ella; pero no se le concedió la merced de los 30 escudos, sino al Almirante, que vió primero la luz, en las tinieblas de la noche, denotando la luz espiritual que se introducía por él en aquellas tinieblas. Estando ya cerca de tierra, se pusieron todos los navios al reparo, teniendo por tiempo muy dilatado el que faltaba hasta el día, para gozar de cosa tan deseada.



CAPITULO XXII.

Cómo el Almirante tomó tierra y poscsión de ella en nombre de los Reyes Católicos.

Llegado el día, vieron una isla de 25 leguas de largo, llana y sin montes, llena de árboles muy verdes, con una gran laguna en medio, poblada de muchas gentes, que no con menor deseo corrían á la marina, todos asombrados y maravillados de ver los navíos, creyendo eran algunos animales, y no veían la hora de saber de cierto lo que fuese, ni los cristianos tenían menos prisa de saber quién fuesen ellos, pero presto fué satisfecho su deseo, porque de repente echó las áncoras el Almirante, y salió á tierra en la barca armada, desplegando el estandarte

real; lo mismo hicieron los capitanes de los otros dos navíos, entrando en sus barcas con la bandera de España, en que estaba pintada una cruz verde, con una F de una parte, y de la otra tenía otras coronadas, en medio de D. Fernando y doña Isabel, y dando todos gracias á Dios, arrodillados en tierra, besándola con lágrimas de alegría, el Almirante se levantó en pié y puso por nombre á la isla «San Salvador». Después tomó posesión en nombre de los Reyes Católicos con la solemnidad y palabras que se requieren, estando presentes muchas gentes de la isla que habían concurrido á verlos, y los cristianos le admitieron por Almirante y virrey, y le juraron la obediencia, como á quien representaba las reales personas de sus altezas, con tanto júbilo y placer como era justo, pidiéndole todos perdón de las injurias que por su temor é inconstancia le habían hecho; habiendo concurrido muchos indios á ver esta fiesta y alegría, conoció el Almirante que era gente pacífica, quieta y sencilla, les dió algunos gorros colorados y sartas de cuentas de vidrio, que se echaban al cuello, y otras cosas de poca importancia, que estimaron más que si fuesen piedras preciosas.

CAPITULO XXIII.

De la calidad y costumbres de aquella gente que vió el Almirante en la isla referida

Retirado el Almirante á sus barcas, le iban siguiendo los indios á nado unos y otros en Canoas, con papagayos y ovillos de algodon hilado, azagaya ó lancillas y otras cosas para trocarlas por sartas de avalorio, cascabeles y otras cosas de poca estimación y como gente sencillísima, andaban todos los indios desnudos, como nacieron y no tenía mejor vestido una india que se apareció allí; comunmente eran mozos de hasta treinta años, de buena estatura, tenían los cabellos gruesos y muy negros, cortados sobre las orejas, aunque había algunos que los traían largos hasta la espalda, y atados con un cordón grueso al rededor de la cabeza á modo de tren-

za; eran de agradable bulto y buenas facciones, aunque los afeaban algo las frentes, que tenian muy largas, su estatura era mediana, bien formados, de buenas carnes y de color aceituno como los Canaris, ó rústicos tostados con el sol: unos estaban pintados de blanco, otros de negro y otros de colorado, algunos en la cara, otros en todo el cuerpo y algunos solamente en los ojos ó la nariz; no tenian armas como las nuestras, ni las conocían, porque enseñándoles los cristianos una espada desnuda, la cogian por los filos bobamente, y se cortaban; ni tenían conocimiento alguno de cosas de hierro porque las lancillas que hemos dicho, eran de madera, con la punta aguda y tostada y en ella un diente de pez por hierro. Viendo algunos con cicatrices de heridas, se les preguntó por señas la causa de ellas y por señas respondieron que las habian recibido defendiéndose de las gentes de otras islas, que venian á cautivarlos, Parecían personas de buena lengua é ingenio, porque volvían á decir con facilidad las palabras que oían una vez, no había animales algunos, excepto los papagayos, que venían á trocar por otras cosas, como ya se ha dicho.

Después en el día siguiente que fué 14 de Octubre, salieron muchos indios á la playa y con sns barquillas (llamadas Canoas) vinieron por la

mañana á los navíos. Estas canoas eran de una pieza hechas del tronco de un arbol, cavado á modo de una artesa y en la mayor cabian cuarenta y cinco personas, otras eran más pequeñas y algunas habia en que no cabia más de un indio, bogaban con una pala á modo de las de horno, ó de las con que se muele el lino. Los remos no los atan como nosotros sino los meten en el agua y tiran derecho como gastadores con las zapas, y son estas canoas tan ligeras y fabricadas con tanto artificio, que si se vuelcan las enderezan nadando y echan el agua fuera, meneándolas de un ládo á otro como hace el tejedor, y cuando la tienen fuera, sacan el agua que queda con calabazas secas, que llevan para este efecto, partidas por medio.

Aquel día llevaron para trocar de las cosas que hemos dicho, y lo daban por cualquier cosa que les diesen, pero en ninguno se vieron joyas ni metales, sino algunas hojillas de oro, que traian colgando fuera y dentro de la nariz; y preguntándoles de dónde habían traído aquel oro, respondieron que de la parte de Mediodía, donde había un Rey que tenía muchas piezas, y vasos de oro, añadiendo y mostrando que hácia aquel lado del Mediodía y del Sudoeste, había muchas islas y grandes tierras, y como tenían tan gran deseo de llevar algo de lo que llevába-

mos y ser pobres no tenian con qué rescatarlo, y luego que entraban en los navíos y podian tomar alguna cosa, aunque fuese un casco de plato ó escudilla vidriada saltaban al mar y se iban á tierra con ella, y si traían alguna cosa, la daban por un pedacillo de vidrio roto ó cosa semejante, y hubo alguno que dió diez y seis ovillos de algodón por tres cuartos de Portugal que no valían un cuatrin de Italia, y estos ovillos pesaban más de veinte y cinco libras y el algodón estaba muy bien hilado. En este comercio se pasó el día y llegada la noche se fueron los indios á tierra y es de advertir que la liberalidad que mostraban, no procedía de que estimasen mucho la materia de las cosas que los nuestros les daban sino porque les parecia que siendo nuestras eran cosas dignas de mucha estimación, teniendo por cierto que los nuestros habian bajado del cielo y por eso deseaban tener alguna cosa suya, para memoria de ellos.



CAPITULO XXIV.

Cómo el Almirante pasó de aquella isla y fué á ver otra.

El domingo siguiente á 14 de Octubre corrió el Almirante en las barcas por la costa de la isla, hácia el Noroeste, por si hallaba algo alrededor de ella, y halló un puerto capaz de cuantas naves hay en la cristiandad. Viéndole aquellos pueblos ir, corrian por la playa sus moradores gritando y prometiéndole bastimento, convidando á los que encontraban, que viniesen á ver á la gente del Cielo, al cual alzaban las manos, echados en tierra, como dándole gracias por su venida: muchos nadando ó en las Ca-

noas, como podian, iban en las barcas á preguntar por señas si eran venidos del Cielo. Logrando el que desembarcasen para descansar: pero el Almirante dándoles á todos cuentas de vidrio se alegraba increiblemente de tanta simplicidad, hasta que llegó á una Península que en tres días podía haberse rodeado por agua, habitable y donde podía hacerse una buena fortaleza, aquí vió seis casillas de indios con muchos jardines al rededor, tan hermosos como están los de Castilla en Mayo, mas por que la gente estaba cansada de remar y conocía claramente no ser aquella tierra la que buscaba, ni de tanta utilidad que pudiese poblar en ella, tomó siete indios, por intérpretes y vuelto á sus navios, navegó hácia otras islas que se veian desde la Península y parecian ser llanas, verdes y muy pobladas como lo aseguraban los mismos indios; llegó á una de ellas, distante siete leguas, el día siguiente lúnes 15 de Octubre, y le puso por nombre «Santa Maria de la Concepción» la parte de esta isla hácia San Salvador, tendría cinco leguas de costa, pero el Almirante fué por la del Leste ó Hueste, que tiene más de diez leguas de largo, y habiendo surgido hácia Occidente desembarcó para hacer lo mismo que en la isla antecedente; concurrió la gente de la isla prontamente á ver los cristianos, con la misma admiración que la

otra y viendo el Almirante que todo era uno, navegó el dia siguiente martes hácia Hueste, ocho legüas, á otra isla mucho mayor cerca de la costa de aquella que corre á Noroeste-Suoeste más de diez y ocho leguas.

Era tambien muy llana y de hermosas playas y la llamó la Fernandina, pero antes que arribasen á esta isla y á la de la Concepción, encontraron á un indio en una canoa pequeña que llevaba un pedazo de su pan, una calabaza de agua y un poco de tierra semejante á la sangre de Drago, conque se pintan aquellas gentes el cuerpo como dejamos dicho, y algunas hojas secas que estiman ellos mucho, por ser muy olorosas y sanas y en una cestilla llevaba una sarta de cuentas verdes de vidrio y dos monedillas de cobre de que se infirió que venía de la isla de San Salvador y haber pasado por la Concepción y de allí iba á la Fernandina, dando noticia de la llegada de los criastianos á aquella tierra; mas porque la jornada era larga se vino al punto á los navios, donde fué recogido con su canoa, y tratado muy bien por el Almirante, con ánimo de en llegando á tierra, enviarle á los indios con su embajada, como lo hizo, dándole algunas cosillas, para que las repartiese con los otros y su buena relación fué causa de que repentinamente viniese la gente de la Fernan-

dina, á los navios, en sus canoas á rescatar lo mismo y en la forma que los otros indios, porque aquella gente y la demás que se había visto, era de la misma calidad y cuando el batel fué á tierra á hacer aguada, los mismos indios enseñaban á los marineros dónde estaba, con gran alegría y cargando voluntaríamente con los barriles en la espalda para llenar las botas en el batel, aunque es verdad que parecian gente de mayor advertencia y juicio que los primeros y regateaban los rescates. En sus casas tenían paños de algodón ó colchas, y las mujeres andaban cubiertas con una fajilla de algodón, y otras con un paño tejido que parecía tela. Entre otras cosas notables que se admiraron en aquella isla, fué ver los arboles de diversos ramos y hojas de varias especies, sin estar ingertos, sino producidos naturalmente, y había tronco que tenía cuatro ó cinco modas de hojas y ramas tan diferentes como las hojas de las cañas de las del Lentisco. Vieron también pescados de diversas hechuras y de colores muy finos, pero no hallaron ánimales algunos, sino lagartos y algunas culebras.

Después, para reconocer mejor la isla, navegaron hácia el Noroeste y surgieron en la boca de un puerto bellísimo que á la entrada tenía una isleta, pero no pudieron entrar en él por tener poco

fondo, ni hicieron caso por no alejarse de un pueblo que se veía poco distante, aunque hasta entonces no habían visto en la mayor isla que habían estado, más que diez ó doce casas, á modo de pabellones, en las cuales no había más adorno ni menaje que lo que llevaban á rescatar á los navíos. Sus camas eran como una red, á modo de onda, colgada; acuéstanse en medio de ellas y atan los extremos á dos postes de la casa; también vieron algunos perros como mastines, y Bracos, qne no ladraban.





CAPITULO XXV.

Cómo el Almirante pasó á otras islas, que desde la Fernandina se veian

Por no haber hallado en esta isla cosa de importancia, navegaron el viernes 19 de Octubre, á otra llamada «Saometo» á la cual puso por nombre la «Isabela», el Almirante, para proceder con orden en la imposición de los nombres, pues á la primera que llamaban «Guanahani los indios la llamó «Gloria de Dios,» que se la había mostrado librándole de muchos peligros; «San Salvador» á la segnnda por la devoción que tenía á la Concepción de María Santísima, y por el principal favor que en ella tie-

nen los cristianos, llamó, Santa María de la Concepción; á la tercera, llamó «Fernandina,» en memoria del Rey Católico y á la cuarta Isabela, por respeto á la serenísima Reina doña Isabel y después á la que halló primero que Cuba, la llamó «Juana», en memoria del Príncipe D. Juan, heredero de Castilla, teniendo cuidado de satisfacer, con estos nombres á la memoria espiritual y temporal.

Es verdad que en cuanto á la bondad, grandeza y hermosura, la Fernandina, se aventajaba mucho á las otras islas, porque fuera de ser muy abundante de aguas, bellísimos prados, y árboles, entre los cuales había muches aloes, se veían collados y montañuelas, que por ser muy llanas, no tenían las otras islas. Enamorado de su belleza el Almirante, desembarcó por hacer la ceremonia de la posesión en tierra de tanta amenidad y hermosura, como tiene España, por Abril; se oia el canto de los ruiseñores y otros pajarillos, tan suave que no sabía volver á la barca y no solo volaban entre lor árboles, sino en bandadas tan grandes pasaban, que obscurecían el sol; la mayor parte era diferente de los nuestros y por ser tierra de muchas aguas y lagunas, en una vieron una serpiente de siete pies de largo, y un pié de vientre, la cual perseguida de los nuestros, se echó en el agua; pero por no ser pro-

funda, la sacaron con las lanzas, no sin espanto y admiración, por ser de aspecto feroz y horrible; pero el tiempo adelante les enseñó la experiencia ser la más agradable comida que tenían los indios porque deshollada, tiene la carne muy blanca, de suavísimo y agradable gusto, y es llamada por los indios «Giwwana.» Aderezada esta caza, deseando conocer más la tiera, dejando para el día siguiente esta serpiente, en que mataron otra de la misma suerte, prosiguieron en reconocer la isla y hallaron un pueblo cuyos indios huyeron á los montes, con lo que podían llevar de su hacienda; pero el Almirante no consintió se tocase en cosa ninguna de las que dejaban, por que no tuviesen por ladrones á los cristianos de que resultó que perdiendo el miedo poco á poco los indios, volvieron á rescatar voluntarios á los navios, como habían hecho los demás.





CAPÍTULO XXVI.

Cómo el Almirante descubrió la isla de Cuba, y las cosas que en ella halló.

Habiendo sabido el Almirante los secretos de la isla Isabela, y el tráfico y modo de aquella gente, no quiso perder tiempo corriéndola porque eran muchas islas semejantes entre sí, como decían los indios, por lo cual salió con buen tiempo para ir á una tierra muy grande, llamada Cnba, que estaba hacia el Mediodía, el domingo 27 de Octubre y llegó á la costa del Norte de ella; al punto que la vieron reconocieron ser de mejor bondad y calidad que las que van referidas, tanto por la hermosura de los montes y collados, como por la variedad de los árboles y de los campos y por la grandeza y dilatación de sus campiñas y

ríos, y para tomar lengua y noticia de sus gentes, echó anclas el Almirante en un gran río, donde los árboles eran muy pomposos y altos adornados de flores y de frutos y diferentes de los nuestros; había una infinidad de pájaros, diversos de los nuestros y tanta amenidad que era increible, porque se veía la yerba muy alta y diferente de la nuestra, aunque había Verdolagas, Bledos y otras semejantes, las cuales no eran conocidas por su diversidad y habiendo ido á dos casillas, que no lejos se veían, las hallaron sin gente, que había huido de miedo, dejando sus redes y los demás instrumentos de pescar y un perro que no ladraba. Pero no se llegó á cosa alguna, como había mandado el Almirante, porque le bastaba ver la calidad de las cosas que usaban para su mantenimiento y servicio. Vueltos á los navíos, prosiguieron su viaje hácia Occidente y hallaron otro río, al cual el Almirante llamó de los Mares; era mucho mayor que el referido, porque podía entrar por su boca un navío con mucha anchura, y estaban muy pobladas sus riberas; pero luego que sus gentes vieron los navíos, huyeron á los montes que se veían muchos, altos, redondos y llenos de árboles y plantas amenísimas, en los cuales escondieron los indios cuanto pudieron llevar; con que no pudiendo entender el Almirante la cali-

dad de aquella isla, por el temor de los moradores, y considerando que si volvía á desembarcar con más gente le aumentaría, determinó enviar dos cristianos con un indio de San Salvador, que llevaba consigo, y con otro de la misma isla, que se habían arriesgado á venir en una canoa á los navíos, mandándolos entrasen en la isla y se informasen de ella, acariciando á los indios que encontrasen en el camino, y porque durante el viaje de estos no se perdiese tiempo, mandó sacar á tierra el navío para empalmarle, y casualmente reconocieron que toda la leña de la lumbre que habian encendido para esto, era Almastiga, de que había grandísima abundancia en toda la isla. Este es un arbol que en la hoja y el fruto es semejante al Lentisco, aunque es mucho mayor.





CAPÍTULO XXVII,

Cómo volvieron los cristianos, y lo que dijeron haber visto.

Estando ya aderezada la nave y á punto de navegar, volvieron los cristianos y los indios á 5 de Noviembre, diciendo haber caminado 12 leguas por tierra y haber llegado á un pueblo de 50 casas, bastantemente grandes, todas de madera cubiertas de paja y á modo de pabellón, como las otras y que había en ellas hasta mil fuegos, porque en cada una habitaban los de una familia, y que los principales de la isla salieron á recibirlos y los llevaron en brazos á la

ciudad dándoles para alojamiento una gran casa de aquellas, donde los hicieron sentar en unos asientos hechos de una pieza de extraña forma, y semejante á un animal que tiene brazos y las piernas cortas y la cola un poco levantada para apoyarse, la cual no es menos larga que el asiento, para estar con más conveniencia, con una cabeza en la facha y los ojos y orejas de oro. A estos asientos llaman los indios «Duchi», en los cuales habiendo hecho sentar á los nuestros, al instante se sentaron todos los indios alrededor de ellos, en el suelo, y fueron llegando uno á uno á besarles los piés y las manos y los dieron á comer algunas raíces cocidas que sabían á castañas, rogándoles mucho que se quedasen con ellos, ó por lo menos, reposasen por cuatro ó seis días, y esto era porque los indios que iban con ellos decían á los otros muchos bienes de los cristianos; después, entrando muchas indias á verlos, se salieron fuera los indios, las cuales, no con menor maravilla y reverencia, les besaron los piés y las manos, como cosa sagrada, ofreciéndoles los dones que los llevaban.

Cuando les pareció tiempo recogerse á los navíos, quisieron venir acompañándolos muchos indios, pero ellos no consintieron que viniese nadie, sino es el Rey, un hijo suyo y un criado,

á los cuales hizo mucha honra el Almirante; los cristianos le contaron cómo al ir y volver, vieron muchos pueblos, donde les hicieron la misma cortesía y acogida, los cuales no tenían más de cinco casas juntas, que por las calles habían hallado mucha gente, que llevaba en la mano un tizón encendido para hacer lumbre y saumarse después, con algunas yerbas que para este efecto llevaban consigo y para tostar aquellas raíces que los dieron, que era su principal comida; vieron también otras infinitas especies de árboles y yerbas de que no habían visto en la costa del Mar, gran diversidad de Aves muy diferentes de las nuestras, aunque entre ellas había perdices y Ruiseñores; animales cuadrúpedos no habínn visto ninguno, excepto perros que no ladraban; lo que sembraban eran muchas raíces de aquellas, y cierta especie de habas, y otro grano que llamaban maiz, de muy buen sabor, cocido ó tostado ó hecho polenta, había grandísima abundancia de algodón bien hilado; de suerte, que en una sola casa vieron más de doce mil y quinientas libras bien hiladas. Los indios no plantan esta yerba, que ella se nace por los campos como las rosas y se madura, aunque no toda á un tiempo, en un mismo pié había pimpollos, en otro estaban abiertos y en otro maduros, de cuyas plantas llevaron los indios

gran cantidad á los navíos, y por una correa daban una cesta llena; ninguno se viste de su tela, porque solo les sirve para hacer sus redes y hamacas y hacer enaguas de mujer, que son los pañetes con que se cubren las indias. Preguntados después si tenían oro, perlas ó especería, hacían señas de que había grande abundancia hácia el Leste, en una tierra llamada Bochio, que es ahora la isla Española, que ellos llamaban Baveche que aún no se sabe de cierto por cuál entendiesen.





CAPÍTULO XXVIII

Cómo el Almirante dejó de seguir la costa occidental de Cuba y se volvió á Occidente hácia la isla Española.

Entendida por el Almirante la relación referida, no queriendo detenerse más en el expresado río de los Mares, mandó que tomasen algún indio de la isla, con ánimo de llevar de todas partes alguno de ellos á Castilla, que diese cuenta de las cosas de su tierra, y así cogieron doce personas entre mujeres muchachos y hombres, con tanta quietud y tan sin ruido que cuando estaban para hacerse á la vela, fué á la nave en una Canoa un indio, marido de una de las mujeres que iban en ella, y padre de dos mucha-

chos, rogando á los cristianos por señas, le llevasen también á Castilla, no dejándole separado de su mujer é hijos, de lo cual fué muy alegre el Almirante y mandó que les tratasen muy bien y les acariciasen.

De repente el mismo día, que fué 13 de Noviembre, dió la vuelta á Oriente para ir á la isla que llamaban Bochio ó Baveche; pero por el viento de Norte que era muy fresco, se vió precisado á surgir en tierra de Cuba, entre algunas islas altísimas que estaban cerca de un puerto, que llamó del Príncipe, y al mar puso el nombre del Mar de Nuestra Señora, estaban tan espesas las islas que no había un cuarto de legua de una á otra, y la mayor parte distaba un tiro de arcabuz; los canales que formaban eran tan profundos y adornados de árboles y yerbas tan frescas, que daba gran delcite andar por ellos, y entre otros muchos árboles diversos de los nuestros, se veía allí mucha Almastiga, palmas con el pié verde y liso, y otras plantas de varias suertes; y como si no fueran pobladas estas islas, se veían también muchas señales de lumbres hechas por los pescadores, pues como después se vió por experiencia, la gente de esta isla de Cuba anda en cuadrillas de Canoas por estas isletas y otras innumerables que están por allí despobladas, y se alimentan del pescado que cogen, y de las

aves y cangrejos y otras cosas que hallan en tierra; aunque es verdad que los indios comen generalmente muchas inmundicias, como son arañas gruesas y muy grandes, gusanos blancos que se engendran en los árboles podridos y en otros lugares corruptos, y muchos peces casi crudos á los cuales antes de tostarlos, luego que los pescan, los sacan los ojos para comerlos, y de estas cosas comen otras muchas, las cuales no solo causan hastío, pero bastáran á matar á cualquiera de nosotros que las comiese.

A estas cazas y pescas van los indios, según los tiempos, ya en una isla, ya en otra, como quien muda pasto, fastidiado del primero; pero volviendo yo á las referidas islas del Mar de Nnestra Señora, digo que en una de ellas mataron los criatiános un animal que parecía Tejón, y en el mar hallaban muchas conchas de nacar, y con las redes, entre otros peces, sacaron uno que parecía puerco, con el pellejo durísimo, escepto en la cola que era tierno. Notaron también que en este mar y en las islas crecía y menguaba el agua más que en los lugases donde hasta entonces habían estado. y por consiguiente las mareas eran al contrario de las nuestras, y por por esto la luna hácia el Sudoeste á la cuarta del mediodía, era la baja mar.

CAPÍTULO XXIX.

Como el Almirante volvió á seguir el camino hácia Oriente, á la isla Española, y que uno de los navíos se apartó de su compañía.

Lunes 19 de Noviembre partió el Almirante del puerto del Príncipe, en Cuba, y del Mar de Nuestra Señora para ir hácia Levante á la isla de Baveche y á la Española; pero porque no le dejaban navegar los vientos contrarios como él deseaba, se vió precisado á volver á la Isabela, que los indios llaman Saometo, y al puerto del Príncipe, que está casi al Norte Sur, 25 leguas de distancia uno de otro. Por estos mares hallaba listas de yerba como había visto en el Occéano y conoció que iban siempre á las corrientes y que no las atravesaban.

Siendo avisado en este viaje Martín Alonso Pinzón por algunos indios que llevaba en su carabela de que en la isla de Bochio, que como hemos dicho asi llamaban á la Española, había mucho oro, se alejó codiciosamente del Almirante á 21 de Octubre, sin fuerza de viento ni otra causa, antes viento en popa podía llegarse á él, mas no quiso, procurando adelantar su camino cuanto podía, y era su navío muy velero.

Todo el jueves siguiente fué adelante, habiendo antes navegado uno á vista de otro, y llegada la noche desapareció, con que el Almirante se quedó con dos navíos, y no hallando tiempo á propósito para atravesar á la Española, le fué conveniente volverse á Cuba, á otro puerto que llamó Santa Catalina, no lejos de él del Príncipe; en este puerto vió un rio de donde se sacaban piedras con muestras de oro, y en la tierra había pinos tan altos que podían fabricarse de ellos árboles para navío y carracas, ni faltaba madera para tablazón, y fabricar buenos bajeles y cuanto se quisiese; habia tambien encinas y otros árboles semejantes á los de Castilla: pero viendo que todos los indios le encaminaban á la Española, siguió á la costa más á Sueste, diez ó doce leguas, por parajes llenos de puertos muy buenos, y de muchos y caudalosos rios.

De la amenidad y hermosura de esta región, es tanto lo que dice el Almirante, que tengo gusto en poner aquí sus palabras, sobre la entrada en un rio, que desemboca en un puerto que llamó «Puerto Santo» habla de este modo: «Cuando yo fuí con las barcas por frente, á la boca del puerto hacia Mediodía hallé en él un rio, en que podía entrar cómodamente una galera y es su entrada de tal modo, que no se conocía sino estando cerca; y su hermosura me movió á sondearlo; hallé de fondo desde cinco á ocho brazas; y habiendo andado por él en mi barca algún tiempo, me aconsejaban que me quedase allí. La amenidad de este rio. la claridad, del agua, en la cual se veía hasta el arena del fondo; y multitud de palmas de varias formas, las más altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles grandes, hermosos pajarillos, y verdes campos. Hay en este país, príncipes serenísimos, en tanta maravilla hermoso, que sobrepuja á los demás en amenidad y belleza, como el día en luz, á la noche. Por lo cual solía yo decir á mi gente muchas veces, que por mucho que me esfozarse á dar entera relación de él á vuestras altezas no podía mi lengua decir toda la verdad, ni la pluma escribirla; y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura que no se cómo contarlo Por que yo he escrito de otras regiones de

sus árboles y frutos, de sus yerbas, de sus puertos y de todas sus calidades, cuanto podía escribir no lo que debía; pero de esta todos afirman ser imposible que haya otra región más bella. Ahora callo deseando que la vean otros que quieran escribir de ella, pues conozco cuán poco puede ser considerado por mí el mérito del lugar, y puede ser afortunado en la lengua ó pluma de otro.»

Navegando pues, el Almirante en sus barcas, vió entre los árboles de este puerto, en tierra una Canoa fabricada de un tronco de árbol, que era tan grande como una fusta de doce bancos y en algunas casas allí cerca, hallaron un pan de cera, y una cabeza de muerto, dos cestillas colgadas de un poste; y en otra casa hallaron después lo mismo, por lo cual imaginaron los nuestros, que fuese del fundador de la casa, porque no había gente alguna de quien informarse, pues en cuanto veian los cristianos, huian los indios, y se pasaban á la otra parte del puerto. Después encontraron otra Canoa hecha como la que va referida de 95 palmos, en que cabían 150 personas.



CAPITULO XXX.

Cómo el Almirante atravesó la Española, y de lo quevió en ella.

Habiendo el Almirante navegado 17 leguas hácia el Levante por la costa de Cuba, llegó al cabo oriental de ella que llamó «Alfa» y el miércoles 5 de Diciembre atravesó hácia la Española, que distaba 16 leguas de la otra, el camino del Este, pero por algunas corrientes que hay allí, no pudo llegar hasta el día siguiente. que entró en el puerto, que llamó «San Nicolas» por ser en su día. El puerto es muy grande, y muy bueno y profundo, ceñido de muchos y grandes árboles, pero la tierra tiene muchas rocas y los árboles menores que parecían á los de Castilla, entre los

cuales había encinillas, mirtos, y otros arbolillos y corría por una llanura, á la vuelta del puerto, un rio muy agradable, y en el puerto había algunas Canoas, como fustas de quince bancos, pero porque el Almirante no podía tratar con aquella gente, siguió la costa hácia el Norte, hasta que llegó á un puerto que llamó la «Concepción» que está al Mediodía de una isleta que se llamó después la «Tortuga», y es del tamaño de la Gran Canaria.

Viendo que está isla Bochio era muy grande y la tierra y árboles semejantes á los de España, y que habiendo echado las redes desde los navios sacaron muchos salmones y otros pescados semejantes á los de España, determinó conformarla en el nombre y el Domingo 9 de Diciembre, la llamó Española y por que tenían todos mucho deseo de informarse de la calidad de la isla, en tanto que la gente estaba pescando en la playa, se entraron tres cristianos por el monte, y dieron con una cuadrilla de indios desnudos, como los antecedentes, los cuales viendo que los criastianos se acercaban á ellos,. echaron á huir por el bosque espantados, con tanta ligereza como á los que no les estorban vestidos ni faldas. Los cristianos para tomar lengua corrieron tras ellos, y solo pudieron coger una muchacha, que llevaba colgando de la nariz una hojuela de

oro, la cual traída á los navíos fué regalada por el Almirante con muchas cosillas y cascabeles y sin hacerla disgusto alguno la envió al punto á tierra con tres indios de los que él traía de las otras islas y tres cristianos que la acompañasen hasta su pueblo.

El día siguiente envió nueve hombres á tierra, bien armados, y habiendo caminado cuatro leguas, dieron con un pueblo de mil casas esparcidas por un valle, cuyos indios, así que vieron á los cristianos, abandonaron la población y se fueron á los bosques; pero el indio guía de San Salvador, que llevaban los nuestros, fueron tras ellos, y tanto los llamó y dijo de los cristianos, afirmándoles que era gente venida del cielo, que los hizo volver quietos y seguros; después llenos de espanto y maravillados ponían la mano sobre la cabeza de los nuestros, como por honrarlos, y traían bastimentos y los daban cuanto encontraban sin pedirles nada por ello, rogándoles se quedasen aquella noche en su pueblo; pero los cristianos no quisieron aceptar el convite sin volver primero á los navíos con la nueva de que la tierra era muy amena y abundante en comida, y la gente mucho más blanca y más bella de cuanta hasta entonces habían visto en las otras islas, muy tratable y de muy buena conversación, y decían que la tierra donde se

cogía el oro estaba más al Levante. Entendido de todo el Almirante, aunque los tiempos eran muy contrarios, hizo desplegar las velas y el domingo siguiente, 16 de Diciembre, dando vuelta los navíos entre la Española y la Tortuga, encontró á un indio solo en una Canoa pequeña que temió se le tragase el mar, tanto era el viento y las olas, recogióle en su nave llevándole á la Española y le envió á tierra con muchas dádivas; él refirió á los indios las caricias que le habían hecho y dijo tanto bien de los cristianos, que al instante vinieron muchos á la nave; pero no traían cosa de valor, excepto algunos granillos de oro colgando de las orejas y las narices, y preguntándoles de dónde lo traían, hacían señas de que más adelante había gran abundancia.

El día siguiente llegó una gran Canoa de la isla de la Tortuga, cercana al paraje donde estaba surto el Almirante con cuarenta hombres, á tiempo que el cacique ó señor de aquel puerto de la Española estaba en la playa con mucha gente, trocando una hoja de oro que había traido, y cuando él y los suyos vieron la Canoa, se sentaron en el suelo en señal de que no querían pelear, y entonces desembarcaron casi todos los que venían en ella, contra los cuales el cacique de la Española se levantó solo y con palabras de amenaza los hizo tornar á su Canoa y des-

pués los tiraba agua, y tomando algunas piedras de la playa, las tiraba al mar contra la Canoa, y después que todos, como al parecer obedientes, se volvieron á la Canoa, tomó una piedra y se la dió en la mano á un ministro del Almirante para que se la tirase á aquellos de la Canoa, dando á entender que tomaba al Almirante en su favor contra los indios; pero el ministro no la tiró porque al instante se fueron los de la Canoa. Después de esto, hablando el Cacique sobre las cosas de aquella isla, que el Almirante había llamado Tortuga, afirmaba que había mucho más oro en la Española, y que en Baveche, era mayor la abundancia de él que en otra parte y podía distar del lugar donde estaban catorce jornadas.





CAPÍTULO XXXI.

Cómo el principal Rey de aquella isla vino à los navíos, y de la grandeza con que venía.

Después, martes 18 de Diciembre, el Rey, que había venido el día antes donde estaba la Canoa de la Tortuga, que vivía cinco leguas distante del lugar adonde estaban los navíos; á la una del día se fué á su pueblo, que estaba cerca del mar, donde se hallaban algunos que el Almirante habia enviado á ver, y traían alguna muestra mayor de oro; éstos, viendo que el Rey venía fueron al Almirante á decirle que llevaba consigo más de 200 hombres y que no iba á pié, sino en unas como andas que traían cuatro hombres con gran veneración aunque era muy mozo;

llegado este Rey á poca distancia de la nave, despuès de haber reposado un poco, se llegó á ella con toda su gente, acerca de lo cual escribe el Almirante así: «Mucho habría alegrado á vuestras Altezas sin duda, ver su gravedad y el respeto que le tenían los suyos, aunque todos iban desnudos, el cual, luego que entró en el navío y supo que yo estaba en el castillo de popa, comiendo, cogiéndome de improviso, vino á sentarse junto á mí, sin darme lugar de que saliese á recibirle ni á levantarme de la mesa; cuando entró debajo del castillo, hizo señas de que todos se quedasen fuera, y así lo hicieron con grandísima reverencia, sentándose sobre la cubierta, excepto dos viejos, que creí eran sus consejeros, los cuales se sentaron á sus piés; decíase que este era el cacique, y creyendo yo que comería, mandé sacasen algunos platos de lo que comía yo y de todo probaron, enviando á los suyos lo demás, que comieron de todo; lo mismo sucedió en el beber que solo lo llegaron á la boca y después se lo dieron á los otros. Estaban todos con notable gravedad, hablaban poco, y á lo que yo podía comprender, las palabras que decían eran muy graves y reposadas. Los dos viejos miraban al cacique á la boca y hablaban con él y por él; después de la comida, un principal indio le trajo una cinta, semejante en la hechura á las

de Castilla, aunque de labor diferente, con mucha reverencia, la cual tomó en la mano y me la dió con dos piezas de oro labrado muy sutilmente. Yo pienso que de este oro se halla aquí poco, aunque el paraje creo que está cercano á la tierra donde nace y hay mucho, y creyendo yo que le agradase una colcha que estaba sobre mi cama, se la dí juntamente con una hermosa corona de ambar que yo traía al cuello, un par de zapatos encarnados y un vaso de agua de azahar, con lo cual quedó maravillosamente contento; mostraron gran sentimiento él y sus consejeros, porque no me entendían; ni los entendía yo; aunque bien comprendí que me decía que si necesitaba alguna cosa tenía toda la isla á mi disposición: entonces yo envié por mi cartera, donde tenía una medalla de oro, en que estaban esculpidas las imágenes de Vuestras Altezas, la cual le enseñé, diciendo otra vez que señoreaban la mejor parte del mundo y que eran grandísimos Príncipes y les mostré las banderas reales y las otras de la cruz, que estimaron mucho, por lo cual, vuelto á sus consejeros, decía que sin duda eran Vuestras Altezas grandes Príncipes, pues de parte tan lejana como es el cielo, me habían enviado sin temor hasta su tierra; otras muchas cosas pasaron entre nosotros que yo no entendí, aunque conocí que de todo se admiraba; pero siendo

ya tarde y queriendo irse, le hice entrar en la barca, honrándole mucho, y disparar algunos tiros, y puesto en tierra se fué en sus andas con más de 200 hombres y un hijo suyo que llevaba acuestas un indio muy principal; mandó dar de comer á todos los marineros y otra gente de los navíos, que había en tierra, y ordenó que fuesen muy bien tratados; después dijo un marinero, que le había encontrado en el camino, que llevaba delante de él todas las cosas que yo le había dado, un indio muy principal, y que su hijo no iba con él, sino detrás, con otra tanta gente como él llevaba, y casi con otra tanta un hermano suyo, que iba á pié, llevándole dos indios principales de los brazos, al cual también había yo dado algunas cosillas cuando vino al navío, después de su hermano.»





CAPITULO XXXII.

De cómo el Almirante perdió su navío en algunos bagíos por negligencia de los marineros y de lo que le ayudó el Rey de aquella isla.

Siguiendo, pues, el Almirante lo que pasó, dice: «Que hubo mucha calma el lunes 24 de Diciembre, excepto un poco de viento, que le llevó al mar de Santo Tomás, hasta la Punta Santa, sobre la cual estuvo más de un cuarto, que sería una media hora antes de media noche, y se fué á descansar por no haber dormido en dos dias y una noche; pero como había calma, el marinero que llevaba el timón se le encomendó á un grumete, lo cual dice

el Almirante había ya prohibido en todo el viaje, mandándoles que con viento ó sin él no dejasen jamás el timón á los grumetes, ni otros muchachos del navio, con lo cual iba seguro de bagíos y de escollos; porque el domingo que envie las barcas á aquel rey, habían pasado del Leste de la Punta Santa tres leguas y media poco más ó menos, y habían visto toda la costa y los bajos que están desde la dicha Punta al Leste Oeste, tres leguas, y habían reconocido por dónde se podía pasar, lo que yo no había hecho en todo el viaje, y fué Nuestro Señor servido de que á media noche, estando yo acostado en la cama, y el mar en calma muerta, y tan quieto como una taza de agua, se fueron todos á descansar, dejando á un muuchacho al timón, por lo cual sucedió que las corrientes muy tranquilamente dieron con la nave en un bagío de arena, con tanto ruido, que pudiera oirse á una legua de distancia. El muchacho que sintió arar el timón y oyó el rumor empezó á gritar muy recio, y oyéndole yo me levanté al punto, porque ninguno había sentido que la nave hubiese encallado. Salió luego el patrón de ella á quien tocaba la guardia, á quien dije, y á los demás marineros que entrasen en el batel que iba fuera del navío, echando una áncora por la popa; al instante se echaron al batel y creyendo yo que iban á hacer

lo que les mandaba, bogaron huyendo hacia la otra Carabela, que estaba media legua distante; viendo yo que huían con el batel y que las aguas empezaban á disminuirse, y que la nave estaba en peligro, mandé cortar luego el arbol y aligerarla lo más que se pudo para ver si podían sacarla de la arena; pero disminuyéndose todavía el agua, no pudo moverse por haber entrado mucha agua por las junturas, que habían llenado toda la quilla; á este tiempo llegó la barca de la carabela á darnos socorro, porque viendo la gente de ella que huía el batel, no quisieron acogerle y así se vió precisado á volverse al navío.

Reconociendo que no había remedio para poderla librar, fuí á la carabela para salvar la gente, y porque soplaba viento de tierra y era ya pasada gran parte de la noche, no sabíamos por dónde podría salir de aquellos bagíos, contemporicé con la carabela hasta que fué de día y por el mismo banco llegué á ella, habiendo primero enviado el batel á tierra, con Diego de Arana, de Córdoba, capitán y justicia mayor de la Armada, y Pedro Gutierrez, para que contasen al rey lo que me sucedía por querer irle á visitar á su puerto, como el sábado antecedente me lo había pedido, y que había perdido el navío en un bagío á legua y media de su pueblo.

Enterado el Rey del suceso, manifestó gran sentimie nto y lágrimas de nuestro daño, y al instante envió al navío toda la gente de su pueblo en muchas y grandes Canoas, con lo cnal ellos y nosotros en poco tiempo descargamos toda la cubierta porque fué grande la ayuda que nos dió el Rey, pues él mismo con su hermano y parientes, hacía cuantas diligencias podía, así en mar como en tierra, para que todo fuese bien gobernado y de cuando en cnando, enviaba á sus parientes llorando, á rogarme que no tomase pesadumbre, que él me daría todo cuanto tenía; y afirmo por cierto á vuestras altezas que en ninguna parte de Castilla habría tan buena disposición y gobierno de nuestras cosas, por que toda nuestra hacienda la hizo poner junta cerca de su palacio, hasta que se desecuparon las casas que quería prevenir para salvarla. Puso luego guarda de hombres armados, á los cuales hizo estar toda la noche en vela y con los de la tierra lloraban, como si les importase mucho nuestro daño. Tan amorosa, tratable y pacífica era la gente, que juro á vuestras altezas, que en el mundo no la hay mejor, ni mejor tierra. Aman á su prójimo como sí mismos, y tienen el habla más dulce, y alegre del mundo, y siempre acompañada de risa; y aunque es verdad que andan desnudos, crean vuestras altezas, que tienen cos-

tumbres muy loables y que el Rey es servido con gran magestad, el cual es tan decente que causa mucho gusto verle, é igualmente considerar la memoria de este pueblo y el deseo de saberlo todo, que les precisa preguntar la causa de las cosas y efecto de ellas.





CAPITULO XXXIII.

Cómo el Almirante resolvió poblar en la tierra de aquel Rey y llamó el pueblo de Navidad.

El miércoles 26 de Diciembre, fué á la carabela del Almirante el Rey principal de aquella tierra mostrando gran tristeza y sentimiento y le consolaba, ofreciéndole liberalmente todo lo que quisiese recibir, diciéndole que ya había dado tres casas á los cristianos para que guardasen todo lo que habían sacado del navio, y que les

daría más si fuese necesario, en tanto llegaron unos indios de otra isla en una canoa, que traían algunas hojas de oro para trocar por cascabeles que los estiman más que otra cosa, llegaron tambien los marineros diciendo que concurrian muchos indios al pueblo, de otros lugares y traían muchas cosas de oro, y las dabaa por rescates, ofreciendo mucho más si lo quisiesen los cristianos, vista por el gran cacique la alegría del Almirante. le dijo que él le haría traer gran cantidad de Cibao. Lugar donde se hallaba mucho oro y así llegado á tierra convidó al Almirante á comer Axis y Cazaviche, que es su principal comida, y le dió unas máscaras, con los ojos y orejas grandes de oro y otras cosas muy lindas, que se traen al cuello. Después se quejó de los caribes, los cuales hacían á los suyos esclavos y se los llevaban para comérselos, pero se animó mucho cuando consolándole el Almirante, le mostró nuestras armas diciendo que con ellas le defendería. Espantóse mucho de nuestra Artillería, y era tanto el asombro de los indios, que al oir el tiro caían en tierra como muertos, por lo cual el Almirante, habiendo encontrado tanto amor en aquella gente y tan buenas muestras de oro, templó el dolor de la pérdida del navio, pareciéndole que era permisión divina, para que poblara en aquella tierra y dejar allí

cristianos que traficasen y se informasen de ella y de la gente, aprendiendo su lengua con la práctica de los indios, con que cuando volviese de Castilla, con socorro, tendría quién cuidase de cuanto necesitara para la población y señorio de la tierra.

Inclinóse más á esto, porque muchos de los süyos se ofrecían á quedar voluntariamente y vivir en aquella tierra, y así determinó fabricar una torre con la madera del navío de la cual no dejó porción alguna, que no sacase á tierra y que no le fuese útil; ayudó mucho á esta resolución, haber llegado noticia el día siguiente, jueves 27 de Septiembre, de que la carabela «Pinta» estaba en el rio hácia el cabo de Levante de la isla y para saberlo de cierto envió el cacique, que se llamaba Guacanagari, una Ganoa con algunos indios y un criastiano que habiendo navegado veinte leguas por la costa abajo, se volvió sin tener noticia de ella, lo cual hizo que no se creyese á un indio que decía haberla visto algunos días antes.

No obstante esto, el Almirante no cesó en en dar órdenes para dejar criastianos en aquel lugar, cuya bondad y riqueza conocían cada día más, trayendo los indios muchas máscaras, y cosas de oro y dando cuenta de muchas provincias de aquella isla donde nacía.

Estando ya para partir el Almirante, volvió á hablar con el Rey sobre los Caribes, de los cuales se lamentaban aquellos indios y tenian gran miedo, diciéndole que para que quedase contento, queria dejarle compañía de cristianos y para que tuviesen temor de nuestras armas, hizo disparar un tiro, que pasó la nave de parte á parte, de que se asombró el cacique, hízole enseñar nuestras armas y como cortaban, y se defendian de ellas, asegurándole que quedando aquellas armas en su defensa, cesaria el temor á los Caribes, porque los darían muerte los cristianos que quedaban en su guarda, en tanto que iba á Castilla á traer joyas y otras cosas que darle: Encomendóle mucho á Diego de Arana, hijo de Diego de Arana, de Córdoba, de quien va hecha mención porque á éste, á Pedro Gutierrez y á Rodrigo de Escobar, dejaba por gobernadores de la fortaleza y de 36 hombres con muchas mercadurias y vituallas, armas y artillería y con la barca de la nave, carpinteros y calafates y todo lo demás que era necesario para poblar, como médico, tallador, bombardero y otras personas.

Después de esto, se dispuso con gran presteza para volver derecho á Castilla, sin descubrir más, dudando si le sucedería alguna desgracia (no teniendo ya más de un navío) que ocasiona-

se que los Reyes Católicos no supiesen de aquellos Reinos que nuevamente les había conquistado.





CAPÍTULO XXXIV.

Cómo el Almirante partió á Castilla y encontró la carabela de Pinzón.

Viernes á 4 de Enero, al salir el sol se hizo el Almirante á la vela, con las barcas á proa hácia el Noroeste, para salir de los bagios, dejó en aquella parte el puerto de los Cristianos, que llamó la «Navidad» en memoria de que en este día había salido á tierra, salvándose del peligro del mar y había empezado la fortaleza. Duran estos bagios desde el cabo Santo, hasta el cabo de la Sierpe, que son seis leguas y estan á tres en el mar, toda la costa hácia Noroeste y Sueste, es playa y tierra llana por cuatro leguas de tierra y

después hay altas montañas y muchas y grandes poblaciones respeto de las otras islas.

Navegó después hácia un alto monte, que llamó Monte-Cristo y está 18 leguas á Leste de cabo Santo, de modo que cualquiera que quisiese ir á la ciudad de la Navidad, después que descubra á Monte-Cristo que es redondo como un pabellon, y parece escollo, debe entrar en el mar dos leguas distante de él, y navegar al Oeste, hasta hallar el cabo Santo y estará entonces cinco leguas de la Navidad y entrara por ciertos canales, los cuales estan en aquellos bajos, y dehalante pareció al Almirante muy conveniente hacer mención de estas señales para que se supiese donde fué la primera habitación, y tierra de Cristianos que hubo en aquel Mundo Occidental.

Después que con tiempos contrarios navegó más á Levante de Monte Cristo, vió un Calafate el domingo por la mañana, 6 de Enero, desde la gavia del árbol; la carabéla «Pinta,» que con viento en popa venía navegando hácia Oeste, y al instante que llegó á donde estaba el Almirante, Martín Alonso Pinzón, su capitán, entró en la carabela del Almirante y se puso á fingir ciertos motivos y á disculparse de haberse apartado de él, diciendole que esto había sido contra su voluntad, sin haber podido hacer otra cosa.

El Almirante, aunque sabía bastantemente lo contrario y la mala intención de este hombre, acordándose de la mucha licencia que se había tomado en otras cosas, en el viaje, disimuló con él y toleró sus mentiras por no romper el designio de su empresa, lo que fácilmente hubiera sucedido, porque la mayor parte de la gente que venía con él era de la misma patria de Pinzón y áun parientes suyos, y lo cierto es que cuando se apartó del Almirante, en Cuba, fué con propósito de ir á la isla de Baveche, porque los indios de su carabela le decían que había en ella mucho oro; pero cuando llegó y vió lo contrario de lo que le habían dicho, volvió á la Española, donde los indios le afirmaban haber mucho oro.

Habían pasado ya en este viaje veinte días y solo se habían navegado quince leguas al Leste de la Navidad, hasta un río que llamó el Almirante río de Gracia; aquí había estado Martín Alonso, dieciseis días rescatando oro bastante, del mismo modo que había hecho el Almirante en la Navidad, de que daba la mitad á la gente de su carabela, para asegurarla y tenerla quieta y contenta, quedándose con la otra mitad á título de capitán, y siendo la verdad esta, quería dar á entender al Almirante que no sabía nada de ello. Siguiendo, pues, su viaje, para surgir

cerca de Monte-Cristo, porque el tiempo no le daba lugar á pasar adelante, entró con la barca en un río que esta al Sudoeste del monte, y lleva grandes muestras de oro menudo, al cual llamó por esto, el río del Oro, que dista de la Navidad 17 leguas, y es poco menos que Guadalquivir, cuando pasa por Córdoba.





CAPÍTULO XXXV.

Como hácia el golfo de Samaná sucedió la primer batalla entre indios y cristianos.

El domingo 13 de Enero, estando sobre el cabo Enamorado, que está en el golfo de Samaná, de la isla Española, envió el Almirante la barca á tierra, y en la playa hallaron los nuestros algunos indios feroces en el aspecto, con arcos y flechas, que mostraban estar de guerra y tener el ánimo turbado y lleno de espanto; pero habiendo trabado conversación con ellos, trocaron dos arcos y algunas flechas y con mucha dificultad alcanzaron que alguno de ellos fuese á la carabela á hablar al Almirante; su habla se conformaba con su fiereza, que parecía la

mayor que hasta entonces se había visto en otra gente, y ayudaba á estar pintada, como de carbón, porque todos aquellos pueblos acostumbran embijarse unos de negro, otros de blanco, otros de colorado, de diferentes modos, traían los cabellos muy largos y recogidos delante con una redecilla de plumas de papagayo.

Estando, pues, uno de estos indios delante del Almirante, como lo había parido su madre, y como andan los demás de aquella tierra, entonces descubierta, dijo en voz alta que todos andaban así en aquellas partes, y creyendo el Almirante que este fuese de los caribes, y que el golfo dividía la Española de ellos, le preguntó dónde habitaban los caribes, y el indio señaló con el dedo que más al Oriente, en otras islas, y que allí había pedazos de Ganin tan grandes como la mitad de la popa de la carabela, y que la isla de Matinino estaba toda poblada de mujeres, á las cuales iban los caribes en cierto tiempo del año, y si parían varones se los entregaban á sus padres para que se los llevasen, habiendo este respondido por señas á lo que se le preguntaba, según lo que pudieron entender los indios de San Salvador; el Almirante le hizo dar de comer y algunas cosillas como sartas de vidrio, paño verde y colorado, y le envió á tierra para que trajese oro, si le tenían

aquellos indios, llegando la barca á tierra, vieron los nuestros, escondidos entre los árboles, 55 indios desnudos, con los cabellos largos como usan las mujeres de Castilla y en la frente penachos de plumas de papagayos y otras aves, armados todos de arcos y flechas.

Cuando tomaron tierra los de la barca, el indio que iba en ella, hizo señas á los otros para que dejasen las armas referidas y un palo grueso que llevaban en lugar de espada, porque como hemos dicho, no tienen hierro alguno, y después que se llegaron á la barca y los cristianos desembarcaron, empezaron á comprar arcos y flechas por orden del Almirante, y otras armas; pero habiendo vendido dos arcos los indios, no quisieron vender más; antes como irritados y con muestra de querer prender á los cristianos, volvieron á tomar sus arcos y flechas del paraje donde las habían dejado, previniéndose de cordeles para atarlos, los cuales estando ya sobre aviso, viéndoles venir, tan animados como si no fuesen más que siete, los embistieron tan animosamente que hirieron á uno con una espada en las narices y á otro en el pecho con una flecha. Espantados los indios de la osadía de los nuestros, considerando las heridas que hacían nuestras armas, huyeron, dejando caer arcos y flechas, y hubieran sido muertos muchos á no

impedirlo el piloto de la carabela, á cuyo cargo le había enviado el Almirante y por capitán de los que iban en ella.

No desagradó al Almirante esta escaramuza, ocurriéndosele si eran estos Caribes, de los cuales tenían tanto miedo los demás indios, presumiendo que confinasen con ellos, porque eran gente ariscada y animosa, como daban á entender su aspecto y armas y lo que habían intentado; y esperaba que, sabiendo los isleños que siete cristianos habían hecho huir á 55 indios tan feroces, serían más estimados y respetados los que quedaban en la Navidad, y que no tendrían atrevimiento para darles pesadumbre. Después de esto por la tarde hicieron humos en tierra para mostrar más ánimo y volvió la barca á ver lo que querian, pero nunca pudieron lograr que se fiasen de los cristianos, por lo cual se volvió á ir. Eran los arcos de Tejo, casi tan grandes como los de Francia é Inglaterra y las flechas de los renuevos de cañas, que echan en la punta donde llevan la simiente, los cuales son macizos y muy derechos y tienen brazo y medio de largo, y arman la cabeza con un palo de cuarta y media, agudo y tostado, y por punta ponen un diente ó espina de pez envenenado, por lo cual llamó el Almirante á aquel golfo, que los indios llaman Samaná, el golfo de las

Flechas, en el cual había mucho algodón fino y Axi, que es la Pimienta, que usan picante, larga y redonda, y cerca de tierra, en poco fondo, nacía mucha de aquella yerba que hallaron los nuestros en el Océano, de que conjeturaron que nacía toda cerca de tierra, y que se desprendía después de seca, llevándola las corrientes por el mar á lo largo.

CAPÍTULO XXXVI.

Cómo el Almirante partió á Castilla, y por tempestad se apartó de su compañía la carabela «Pinta.»

Miércoles 16 de Enero de 1494, partió el Almirante con buen tiempo del golfo de las Flechas, que ahora llaman Samaná, la vuelta de Castilla, porque ambas carabelas hacían ya mucha agua y era grande trabajo que padecían en sostenerlas, y siendo la última tierra que perdió de vista el cabo de San Telmo, 20 leguas hácia el Lordeste, vieron mucha yerba como la de antes, y 20 leguas más adelante hallaron el mar casi cubiertode Atuncillos, de los cuales vieron gran cantidad los dos días siguientes, que fue-

ron 19 y 20 de Enero, y después muchas aves marinas y aún se veía la yerba con listas del Leste á Ueste, juntamente con las corrientes, por lo cual habían ya conocido que las corrientes toman estas yerbas muy lejos, porque no siempre traen un camino, y asi algunas veces van hacia una parte y otras hácia otra, y esto sucedía casi todos los días hasta pasado casi el medio golfo.

Después, siguiendo su camino, con buenos tiempos, navegaron tanto, que al parecer de los pilotos se hallaban á 9 de Febrero hacia el Mediodía de la isla de los Azores, pero el Almirante decía que era más enfrente á 150 leguas, pues todavía hallaban listas de mucha yerba, que no vieron cuando fueron á las Indias hasta que se hallaron 263 leguas al Occidente distantes de la isla del Hierro. Navegando así con buen tiempo, empezó á crecer el tiempo de día en día y á ensoberbecerse el mar, lo cual toleraban con gran fatiga, y por esto, el jueves 14 de Febrero, corrieron de noche donde la fortuna del tiempo quiso llevarlos, con lo cual la carabela «Pinta,» en que iba Pinzón, porque no podía mantenerse tanto en el mar, corrió derecha al Norte, con el viento de Mediodía, y el Almirante siguió hácia Lordeste, para inclinarse más á España, lo que no pudieron hacer los de

la «Pinta» por la oscuridad de la noche, aunque el Almirante llevaba siempre el fanal encendido.

Cuando fué de día se hallaron perdidos de vista los unos, y los otros teniendo cada uno por cierto que el otro se había anegado, por lo cual, volviéndose á las oraciones y á la religión, los del Almirante, hicieron voto por suerte de peregrinar á Nuestra Señora de Guadalupe, la cual tocó al Almirante; después votaron otro peregrino á Nuestra Señora de Loreto, y salió la suerte en Pedro de la Villa, marinero del puerto de Santa María de Santoña. Tercera vez echaron suerte, para que uno velase una noche en Santa Clara de Moguer y tocó también al mismo Almirante, pero creciendo todavia la tempestad, hicieron todos los de la carabela voto de ir descalzos y en camisa á hacer oración en la primera tierra que encontrasen iglesia de Nuestra Señora, y demás de estos votos generales hubo muchos particulares de varias personas, porque ya la tempestad era tan grande que el navío del Almirante la toleraba con gran dificultad por falta de lastre, que no le llevaba, por los bastimentos consumidos, y para suplirle imaginaron sería llenar de agua del mar todos los vasos vacios, lo que fué de algún provecho, pues pudo el navío sustentarse sin peligro de

volcerse de tan cruel tempestad, dijo el Almirante estas palabras: «Había tolerado esta fortuna con menor pesar si solamente estuviese mi persona puesta en peligro, así porque soy deudor de la vida, al Sumo Criador, como por que me he hallado tan vecino á la muerte que el menor paso era el último, que se estaba para padecerla; pero lo que me ocasionaba infinito dolor y afán era considerar que así como Nuestro Señor fué servido de iluminarme con la fé y la certidumbre de esta empresa, en que ya había conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habían de quedar convencidos, y Vuestras Altezas servidos de mí con gloria y aumento de su alto Estado, quisiera su Divina Magestad estorbarlo todo con mi muerte, y sería más tolerable, cuando no fuese acompañado de la gente que traigo conmigo, con promesas de próspero suceso, la cual viéndose en tanta aflicción, no solo maldecía su venida, sino es el miedo ó el freno que los pusiesen mis palabras, para no volver atrás, como estuvieron resueltos á hacerlo muchas veces, y sobre todo esto me doblaba el dolor, la representación de mis dos hijos que había dejado en Córdoba, en el estudio, destituídos de socorro, en tierra extraña, sin haber sabido que hubiese hecho servicio, por lo cual creyese que Vuestras Altezas,

tuviesen memoria de ellos, y aunque por una parte me confortaba la fé que tenía de que Nuestro Señor no permitiría que una cosa de tanta exaltación de su iglesia, que con tantas contradicciones y trabajos había yo perfeccionado, quedase imperfecta y yo perdido; por otra parte consideraba mis pecados, por los cuales quería privarme de la gloria que conseguiría en este mundo, y de este modo, confuso entre mí, me acordaba de la ventura de Vuestras Altezas, que áun pereciendo yo y perdiéndose el navío, podían hallar modo de no perder esta conseguida victoria, pues era posible que por alguna vía tuviesen noticia de mi viaje. Por este motivo escribí en un pergamino, con la brevedad que pedía el tiempo, cómo dejaba descubiertas las tierras que había ofrecido, y en cuántos días, y por qué camino lo había conseguido; la bondad del país, la calidad de sus moradores, y cómo quedaban vasallos de Vuestras Altezas, en posesión de todo lo que había hallado. Este escrito, cerrado y sellado, dirigí con sobrescrito á Vuestias Altezas y con el porte ó promesa de mil ducados á quien se lo presentase cerrado, para evitar que si se lo hallaban extranjeros no se valiesen del aviso, que incluía, contra la verdad del porte, y al instante hice que me trajesen un gran barril, y envol-

viendo el pergamino en un encerado, metido después en una hogaza de cera, le puse dentro del barril y bien cerrado con sus aros le eché al mar, y todos creyeron que era alguna devoción, y porque imaginé que podía suceder que no llegase á salvamento, acercándose los navíos á Castilla, hice otro envoltorio semejante y le puse en lo alto de la popa, porque si se sumergía el navío quedase el barril sobre las ondas, á arbitrio de la fortuna.





CAPITULO XXXVII.

Cómo el Almirante llegó á las islas de los Azores y los moradores de Santa María le quitaron la barca con la gente.

Navegando, pues, con tan extremo peligro, y con tanta tempestad, el viernes 15 de Febrero al amanecer. vió tierra á Les Nordeste, Ruiz García, del puerto de Santamaría de Santoña, desde lo alto del navío; los pilotos y marineros, juzgaron que era la roca de Sintra, pero el Almirante entendió eran las islas de los Azores, y que fuese una de ellas aquella tierra y aunque no estaban muy lejos de ella, no pudieron aquel día tomarla por la tempestad, y así dando vueltas por soplar el viento de Leste perdieron de vis-

ta aquella isla y descubrieron otra, alrededor de la cual anduvieron con gran tempestad y malísimo tiempo, sin poder tomar alguna, con contínuas fatigas ysin tener quietud alguna; por esto dice el Almirante en su diario.

«Sábado 16 de Febrero por la noche llegué á una de estas islas, y por la tempestad no pude conocer cual era. Dormí un poco, porque desde el miércoles, hasta entonces ni había dormido, ni podia dormír, y después quedé con los nervios de las piernas maltratados por haber estado siempre descubierto al aire y al agua y padecía mucho en el comer. El lúnes por la mañana ya que estabá surto supe que aquella isla era la de Santa María de los Azores y todos se maravillaban de que yo hubiese podido librarme, considerando la tempestad desecha, que había durado 15 días contínuos en aquellas partes.

Entendiendo los de aquella isla el descubrimiento del Almirante, mostraron alegría dando gracias á Dios y vinieron tres de ellos al navio con algunos refrescos y muchos cumplimientos del capitán de la isla, el cual se hallaba lejos, en el pueblo, porque allí no había más que una hermita de Nuestra Señora, según dijeron los moradores, con lo cual se acordó el Almirante y todos los del navío, de que el jueves anteco-

dente habían hecho voto de ir descalzos y en camisa á la iglesia de Nuestra Señora, que hubiese en la primer tierra que tomasen y les pareció cumplirle, especialmente en aquella donde la gente y el capitán mostraban tanto amor y piedad á los nuestros y siendo de un Rey tan amigo de los Reyes Católicos, por lo cual rogó el Almirante á aquéllos tres hombres que fuesen al pueblo por el capellan, que tenía la llave de la hermita para que les dijese misa; partieron contentos en la barca del navío con la mitad de la gente para que empezáse á cumplir el voto, y en acabando volviese para ir los demás, Luego que saltaron en tierra en camisa y descalzos, según el voto que habian hecho, el capitán, que estaba en emboscada con mucha gente del pueblo, salió de improviso á ellos y los hizo prisioneros quitándolos la barca, sin la cual le parecía que el Almirante no podía huir de sus uñas.



CAPITULO XXXVIII.

Cómo el Almirante padeció otra tempestad y al fin recuperó la gente con la barca.

Parecíale al Almirante que tardaban mucho los que habían ido á tierra en la barca al amanecer y era ya mediodia, y sospechó que les hubiese sucedido algún desastre, en mar ó en tierra; pero no viendo las hermita donde habían ido desde el paraje en que estaba surto, determinó navegar hácia una punta, desde donde se veía la iglesia, habiendo llegado vió en tierra mucha gente á caballo, que desmontada entraba en la bar ca, para venir á embestir á la carabela, con armas, por lo cual, dudando el Almirante lo que podía suceder, mandó á los suyos que se

pusiesen en orden armándose y sin mostrar que se querían defender, para que con mayor seguridad se acercasen los portugueses, pero estos cuando llegaron cerca del navío del Almirante, pararon y pidieron seguridad al Almirante, dió-sela creyendo entrasen en el navío con ánimo de retenerlos debajo de la Fé con que habían tomado su barca y gente hasta que todo lo restituyesen.

Los portugueses no se atrevieron á acercarse más que hasta donde podía oirlos el Almirante, el cual les dijo que se maravillaba de semejante intención, y de no ver á ninguno de los suyos que habían tomado tierra con salvo-conducto en la barca, y con ofertas de regalos y socorro, y con especialidad habiéndole enviado á saludar el mismo capitán, por lo cual le rogaba que considerase que fuera de ejecutar lo que entre enemigos no se usaba, y lo que no toleran las leyes de caballería, ofendería mucho al rey de Portugal, cuyos súbditos eran muy bien tratados de los Reyes Católicos, sus señores, y recibían mucha cortesía de sus vasallos cuando desembarcaban, y vivían en sus tierras sin salvo-conducto alguno, y con tanta seguridad como si estuviesen en Lisboa, y añadió que sus altezas le habían dado cartas de recomendación para todos los príncipes, señores, y personajes del mun-

do, las cuales le enseñara si se hubiese acercado más, porque en todas partes eran respetados él y todos sus vasallos, bien recibidos, con que era mucha más razón que esto se hiciese en Portugal por la vecindad y parentesco de sus príncipes, especialmente siendo él, como era, su Almirante mayor en el mar Occéano, y virrey de las Indias, poco há descubiertas; de todo lo cual le había hecho ver cartas firmadas por sus reales nombres, y selladas con sus reales sellos, y se las mostró desde lejos, diciéndole que bien podía acercársele sin miedo, pues por la paz y amistad que había entre los Reyes Católicos y el suyo, tenían mandado hiciese toda honra y cortesía que pudiese á los navíos portugueses que encontrase, y que cuando [illegible]da y descortesmente su gente, no dejaría por esto de ir á Castilla, pues tenía bastante gente en su navío para llegar á Sevilla, y aun para hacerle mucho daño si lo pidiese la necesidad, del cual sería él mismo la causa, y castigo dignamente atribuído á su culpa, y áun por ventura su Rey le castigaria como á quien daba ocasión á romper la guerra entre él y los Reyes Católicos. El capitán y sus portugueses respondieron que no conocían al Rey ni á la Reina de Castilla y menos á sus cartas, que no tenía miedo de él, y que le haría conocer lo que era Portugal. De

esta respuesta coligió el Almirante, y dudó si después de su partida había rotura entre ambos reinos, y le replicó, como convenía á su locura, y á lo último se levantó el capitán en pié al partirse, y desde lejos dijo al Almiranre que debía ir al puerto con la carabela, porque todo lo que hacía era según las órdenes que tenía de su Rey, y habiéndolo oido el Almirante, pidió testimonio á todos los que estaban en el navío, y llamó otra vez al capitán y los portugueses, y juró quo no queria desembarcar hasta ver presos cien portugueses para llevarlos á Castilla, y despoblar la isla, con lo cual volvió á surgir al puerto donde antes estaba, que el tiempo no le permitía hacer otra cosa.

El día siguiente, aumentándose el viento mucho y siendo muy malo el lugar donde estaba, perdió las áncoras y no pudo hacer otra cosa que desplegar las velas, hácia la isla de San Miguel, determinando, en caso de no poder llegar á ella por el maltemporal, que todavía duraba, estarse á la capa, no sin infinito peligro, así por el mar que estaba muy turbado, como porque no le habían quedado más de 13 marineros y algunos grumetes, que la demás era gente de tierra, y los indios que no tenían práctica de gobernar navíos; pero supliendo con su persona la falta de la gente del mar, con gran fatiga y no con leve

peligro pasó aquella noche, hasta que venido el día, habiendo perdido de vista la isla de San Miguel, y mejorado algo el tiempo, resolvió volverse á la isla de Santa María para intentar recobrar su gente, las áncoras y la barca, y llegó el jueves á 29 de Febrero, por la tarde, y poco despues llegó la barca con cinco marineros, y habiéndoles dado la seguridad necesaria, entraron juntos en la carabela y porque era tarde durmieron en ella aquella noche. El día siguiente dijeron iban de parte del capitán á saber con certidumbre adonde y cómo venía aquel navío, y si navegaba de orden del Rey de Castilla, porque contándoles la verdad de esto, estaban prontos á hacerle buen pasaje; esta mudanza y oferta la causó conocer claramente que no podían tomar el navío del Almirante y que podría atraerlos mayor daño que el que ellos habían hecho; pero el Almirante, disimulando lo que sentía, respondió agradeciéndoles su oferta y cortesía, y diciéndoles estaba pronto á satisfacer lo que pedían por ser conforme al uso y razón del mar, y les mostró la carta general de recomendación que los Reyes Católicos escribían á todos sus súbditos y á otros príncipes y la comisión y mandamiento que le habían dado para que emprendiese aquel viaje, lo cual, visto por los portugueses, volvieron á tierra satisfechos y

dieron libertad luego á la barca y á los marineros, de los cuales se supo que en la isla se decía que el Rey de Portugal había dado orden á todos sus súbditos para que prendiesen al Almirante por cualquier camino que pudiesen.



CAPÍTULO XXXIX.

Cómo el Almirante partió de la isla de los Azores y llegó con tempestad á Lisboa.

Con gran necesidad de lastre y leña, de que habían estorbado hacer prevención el mal tiempo partió el Almirante á Castilla de la isla de Santa María el domingo 24 de Febrero, con buen tiempo para su viaje y á cien leguas de la tierra más vecina, vino una golondrina al navío, que se imaginó habian hechado los malos tiempos en el golfo, y se calificó, porque el día signiente 28 de Febrero vinieron otras muchas y algunos pajarillos de tierra y vieron tambien una ballena.

A 3 de Marzo, tuvieron tan gran temporal, que pasada la media noche, se rompieron las

velas, y hallándose en manifiesto peligro de muerte, hicieron voto de enviar un peregrino á Nuestra Señora de la Cinta, para que fuese descalzo y en camisa á su devota casa, que está en Huelva: tocó tambien la suerte al Almirante, en que parecía quería mostrar Dios glorioso con tantos votos como le caían en suertele eran más gratas sus promesas que las de los otros; demás de esto hicieron otros particulares y corriendo todo él ya sin un palmo de vela, el arbol desnudo, el mar terrible y grande viento, truenos espantosos y relámpagos por todas partes del cielo, que cada cosa de aquellas parecía que llevaba la carabela por el aire, fué Nuestro Señor servido de mostrarlos tierra casi á la media noche, de la cual no resultaba menor peligro, pues por no zozobrar ó dar en lugar donde no supiesen, si podían salvarse, fué necesario que hiciesen un poco de vela para mantenerse contra el temporal hasta que Dios quisiese que viniera el día, con el cual conocieron que estaban encima de la roca de Sintra en los confines del reino de Portugal donde fué precisado á entrar con gran espanto y asombro de las gentes y marineros de aquella tierra, que tenían por cosa maravillosa hubiese escapado de tan cruel tormenta el navío, sabiendo que otros muchos habían perecido

aquellos días en el mar de Flandes y otros.

Con esto entró en el rio de Lisboa, lúnes á 4 de Marzo, y surgió sobre el Rastrillo y al instante despachó correo á los Reyes Católicos de su venida y tambien avisó al Rey de Portugal, pidiendo licencia para surgir en la ciudad, por no ser seguro el lugar en que estaba, contra los que quisiesen ofenderle con el falso cauteloso pretexto de que el Rey lo mandaba, creyendo que con hacerle daño podría impedirse la victoria del Rey de Castilla.



CAPITULO XL.

Cómo los de Lisboa iban á ver al Almirante como cosa maravillosa, y cómo fué á ver al Rey de Portugal.

El martes 5 de Marzo, llegó con el batel armado á la carabela del Almirante, el patrón de la nave gruesa, que tenía el Rey de Portugal en el Rastrillo para guarda y le dijo fuese con él á dar cuenta de su venida á los ministros del Rey, según la obligación y uso de todas las naves que arribaban allí: el Almirante le respondió: «Que los Almirantes de los Reyes de Castilla, como él, no estaban obligados á ir donde los llamasen, ni debían salir de sus navíos, á dar cuenta á nadie, y así determinaba ejecultarlo:» Entonces le dijo el patrón que por lo menos enviase un carpintero y volvió á responder el Al-

mirante: «que todo era uno aunque enviase á un grumete, y que en vano se le pedía que enviase ninguno de su navío.» Viendo el patron que el Almirante hablaba con tanta resolución, le replicó que por lo menos le enseñase las cartas y comisiones de los reyes Católicos, para que le constase lo que decía y poder satisfacer á su capitán mayor en lo cual consintió el Almirante, porque parecía justo y le enseñó la patente del Rey Católico; conque satisfecho se volvió á su navío á dar cuenta de lo que le había pasado á su capitán D. Alvaro de Acuña, el cual al punto que le oyó fué á la carabela del Almirante, con gran estruendo de cajas, pifanos y trompetas y le hizo muchos agasajos y ofrecimientos. El dia siguiente que se supo en la corte su venida de las Indias, era tanta la gente que iba á la carabela á ver á los indios que traía, y saber novedades que no cabía en ella, el mar no se veía porque estaba cubierto de barcas y bateles de Portugueses y algunos daban gracias á Dios de tanta victoria; otros se desesperaba enojándose mucho de que se les fuese de la mano aquella empresa, por la incredulidad y poco caso que su Rey había hecho de ella, de manera que aquel día se pasó todo con gran concurso, y visitas de gente; al siguiente mandó el Rey se le diesen al Almirante los refrescos y cosas

que necesitase para sí, y su gente de balde. Escribió al Almirante alegrándose de su próspera venida y que pues se hallaba en su tierra le diese el contento de verle, sobre el cual dudó el Almirante; pero considerada la amistad que tenía con los Reyes Católicos, el agasajo con que se le había tratado y tambien por quitarle la sospecha, de que no venía de sus conquistas determinó ir á Valparaíso adonde estaba el Rey nueve leguas distante de Lisboa, y llegó el sábado 9 de Marzo por la noche; mandó el Rey saliesen á recibirle todos los nobles de la corte, y le hizo mucha honra y gran acogimiento; cuando llegó delante de él, mandóle se cubriese y sentase.

Después de haber oido con semblante alegre las particularidades de su historia, le ofreció cuanto necesitase para el servicio del Rey Católico; aunque le parecía le pertenecía aquella conquista, según lo que los Reyes tenian capitulado; á lo cual satisfizo el Almirante diciendo: «Que no sabía nada de tal capitulación, y que lo que á él se le había mandado era que no fuese á la mina de Portugal ni á Guinea y que así lo había observado,» á que dijo el Rey que todo estaba bien y él, cierto de que todo se habría hecho según razón. Habiendo estado un gran rato en esta conversación, mandó el Rey al prior de Ora-

to, que era el señor principal y de mayor autoridad acerca de su persona, que hospedase al Almirante haciéndole todo agasajo y buena compañía, y habiendo estado allí todo el domingo; el lunes, después de misa, se despidió el Almirante del Rey, el cual le mostró mucho amor y le hizo muchos ofrecimientos mandando á D. Martín de Noroña que le acompañase, y fueron otros muchos caballeros con él por honrarle y saber las grandes cosas de su viaje. Viniendo á Lisboa, pasó por un convento en que se hallaba la Reina de Portugal, la cual, con grande instancia le había enviado á pedir que no pasase sin visitarla; llegó á verla y le hizo cuantos agasajos y favores correspondían á un gran señor; aquella misma noche llegó un gentil-hombre del Rey, al Almirante, diciéndole, en su nombre, que si quería ir por tierra á Castilla, le acompañaría y hospedaría por todo el camino, dándole todo lo que fuese menester hasta los confines de Portugal.



CAPITULO XLI.

Cómo el Almirante se partió de Lisboa para venir á Castilla por mar.

El miércoles, 13 de Marzo, á las dos de la mañana, se hizo á la vela el Almirante para navegar á Sevilla; y el viernes al medio día entró en Saltes y surgió en el puerto de Palos, de donde había salido á 3 de Agosto del año antecedente de 1492, siete meses y once días antes. Recibióle todo el pueblo en procesión, dando gracias á Nuestro Señor por tan gran merced y victoria, de que esperaban grandes aumentos, así á la religión cristiana, como al estado de los Reyes Católicos; todos los vecinos hacían gran misterio y estimación de que el Almirante hubiese salido de aquel lugar y llevado la

mayor y más noble parte de gente de aquella tierra, aunque muchos de ellos por culpa de Pinzón, usasen alguna perfidia é inobediencia Luego sucedió que cuando el Almirante llegó á Palos, Pinzón arribó á Galicia, y quería ir á Barcelona á dar cuenta en derechura del suceso á los Reyes Católicos; los cuales le dieron á entender que no fuese sino con el Almirante, que era el que habían enviado al descubrimiento, de que tuvo tanto pesar y enojo, que se fué á su patria indispuesto, y murió de congoja en pocos días; pero antes que él llegase á Palos había partido el Almirante á Sevllla, con intención de ir á Barcelona, donde estaban los Reyes Católicos.

En el viaje le fué preciso detenerse algún tiempo, porque era tanta la admiración de los pueblos por donde pasaba, que de todos concurría mucha gente á las calles y caminos para ver los indios y las otras cosas y novedades que llevaba; llegó en fin á Barcelona, á mediados del mes de Abril, haciendo antes saber á los Reyes el próspero suceso de su viaje, de que mostraron infinita alegría y contento y mandaron que fuese recibido solemnemente, como hombre que tan gran servicio los había hecho, con lo cual salieron á recibirle cuantas personas había en la ciudad y en la corte, y los Reyes Católicos le es-

peraron sentados públicamente con toda majestad y grandeza en riquísimas sillas debajo de dosel de brocado de oro, y cuando llegó el Almirante á besar la mano, hicieron la demostración que á un señor, y pusieron dificultad en darle la mano y luego le hicieron sentar.

Después, habiendo contado brevemente algunas cosas en cuanto al orden y suceso de su viaje, le dieron licencia para que se fuese á su aposento, á donde le acompañó toda la corte, y así estuvo en ella con tan gran favor y tanta benevolencia de sus Altezas, que cuando el Rey iba á caballo por Barcelona llevaba á un lado al Almirante y al otro al infante. Fortuna, no estilando antes llevar á otro que al infante, que era pariente muy cercano del Rey.



CAPITULO XLII.

Cómo se determinó que el Almirante volviese á poblar la isla Española con gruesa armada y se alcanzó la aprobación de la conquista. del Papa.

Dióse orden en Barcelona con gran solicitud y presteza para la vuelta del Almirante á la Española, así por llevar socorro á los que habían quedado como por acrecentar la población y pacificar las islas con las demás que se habían descubierto y se habían de descubrir, y para más claro y justo título de ellas, pidieron los Reyes, por consejo del Almirante, la aprobación y conquista de todas las Indias al Sumo Pontífice, que era entonces Alejandro VI, el cual, muy liberalmente le concedió, no sólo de cuanto has-

ta entonces se había descubierto, sino en todo lo que se había de descubrir hácia Occidente hasta llegar á Oriente en las partes donde en aquel tiempo ningún Príncipe cristiano tuviese posesión, prohibiéndose á todos generalmente que no entrasen en los términos referidos, lo cual confirmó el año siguiente con muy eficaces cláusulas y palabras significativas.

Viendo los Reyes Católicos que el principio y causa de toda aquella gracia y concesión que el Papa les había hecho era el Almirante y que con su viaje y descubrimiento les había dado la acción y posesión de todo, fueron servidos de gratificarle en Barcelona á 28 de Mayo, concediéndole otro nuevo privilegio en declaración del primero, por el cual confirmaban lo que antes tenían capitulado, y con palabras claras y abiertas declaraban los límites y confines de su Almirantazgo, virreinato y gobierno en todo lo que el Papa les había concedido, confirmando el privilegio que antes le habían dado, en la forma siguiente:



CAPITULO XLIII.

Privilegios concedidos por los Reyes Católicos al Almirante.

«Don Fernando y doña Isabel, por la gracia de Dios, Rey y Reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar y de las islas de Canaria, conde y condesa de Barcelona, señores de Vizcaya y de Molina, duques de Atenas y de Neopatria, condes de Rosellón y de Cerdania, marqueses de Oristán y de Gociano, etcétera. Por cuanto vos, Cristobal Colón fuisteis de orden

nuestra á descubrir y conquistar con algunas carabelas nuestras y con nuestra gente algunas islas y tierra firme en el mar Océano y se espera que con el favor de Diós, y por vuestro medio é industria se descubrirán y conquistarán algunas de las dichas islas y tierra firme en el dicho mar Océano, y siendo cosa justa y razonable que pues os pusisteis á tanto peligro por nuestro real servicio, seais premiado, queriendo honraros y haceros merced por las cosas referidas, es nuestra voluntad que vos, Cristobal Colón, después que hubiereis ganado y conquistado las dichas islas y tierra firme que descubriereis y conquistareis, que seais en ellas nuestro Almirante, virrey y gobernador y que en adelante os podais llamar é intitular *Don*, *Cristobal Colón*, y vuestros hijos y sucesores en el dicho cargo, puedan llamarse é intitularse *Don*, Almirantes y gobernadores de ellas, y que podais usar y ejecutar el dicho cargo de Almirante, con el expresado oficio de virrey y gobernador de las dichas islas y tierra firme que descubriereis vos ó vuestros tenientes, y librar todos los pleitos y causas civiles y criminales pertenecientes á dicho empleo de Almirante, virrey y gobernador, según viereis que es de justicia, y según le usan y ejercen los Almirantes de nuestros reinos, y podais castigar

los delincuentes, y usareis los dichos oficios de Almirante y virrey y gobernador vos y vuestros tenientes en todo lo que á dichos oficios y á cada uno de ellos pertenece, y que goceis de los derechos y salarios que tocan á dichos oficios y á cada uno de ellos, según los tiene y goza el Almirante mayor de nuestros Reinos. Y por esta nuestra carta ó su traslado ó signado de escribano público, mandamos al príncipe D. Juan, nuestro muy caro y muy amado hijo, y á los infantes, duques, prelados, marqueses, grandes maestres de las órdenes militares, priores, comendadores y á los del nuestro Consejo y oidores de nuestra audiencia, jueces y otras justicias cualesquiera que sean de nuestra casa y corte, cancillería, y á los comendadores, castellanos de los castillos y Casas fuertes, llanas, y á todas las comunidades, asistentes y gobernadores, jueces, capitanes, oficiales de mar, y á los veinticuatros, jurados, escuderos, y otros oficiales de mar, y hombres-buenos de nuestras tierras, ciudades y lugares de nuestros reinos y Estados y de aquellos que vos conquistareis, y ganareis, y á los capitanes, maestres, contramaestres, oficiales y gente de mar, nuestros súbditos y naturales que ahora son y en adelante fueren, y á cualquiera de ellos, que siendo por vos descubiertas y ganadas las dichas islas y tierra fir-

me, en el dicho mar Océano, y hecho por vos ó por la persona que tuviere vuestro poder, el juramento, vos en el tiempo que viviereis y después vuestro hijo sucesor, y de sucesor en sucesor, por siempre jamás seas y sean nuestro Almirante del dicho nuestro mar Océano, virrey y gobernador de las dichas islas y tierra firme que fueren descubiertas y conquistadas por vos, D. Cristóbal Colón, y usen con vos y con los tenientes que pusiereis en dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador, todo lo que les perteneciere, y os correspondan y hagan corresponder con todos los derechos y las demás cosas anexas y pertenencias á dichos oficios y os guarden y hagan guardar todos los honores, gracias, libertades, preeminencias, prerrogativas, exenciones, inmunidades y todas las demás cosas y cada una de ellas que por razón de dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador debeis tener y se os deben guardar en todo cumplidamente; de manera que no falte cosa alguna y que no os pongan dificultad alguna en todo lo referido ni parte de ello, ni consientan que se ponga; porque vos, por esta nuestra carta desde ahora para entonces os hacemos gracia de dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador perpetuamente, para siempre jamás, y os damos la posesión de los referidos oficios y de cada uno de ellos y

plena autoridad para usarlos y ejercerlos, llevar los derechos y salarios á ellos y á cada uno de ellos, pertenecientes según queda dicho, sobre todo lo cual si tuviereis por necesario y lo pidiereis, mandamos á nuestro canciller, notarios y á los demás oficiales de nuestros sellos, que os den, expidan y sellen nuestra carta de privilegio, la más firme, valedera y bastante que pidiereis y hubiereis menester, y ninguno sea osado contravenir á lo referido, pena de nuestra desgracia, de 30 ducados contra cualquiera que contraviniere á ello. Y asimismo mandamos á los que fueren requeridos con esta nuestra carta, que citen á los que contravinieren que comparezcan en nuestra corte donde á la sazón estuviéremos, dentro de 15 dias, primeros siguientes al de la citación, bajo la dicha pena, y también debajo de ella mandamos á cualquier notario público que fuere llamado para lo referido, que dé testimonio signado con su signo para que Nos sepamos cómo se cumple nuestro mandato. Dada en nuestra ciudad de Granada á 30 de Abril del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1492.—*Yo el Rey.*—*Yo la Reina.*—Yo. Juan de Coloma, secretario del Rey y de la Reina, Nuestros Señores, la hice escribir por su mandado: Notada en forma, Rodericus, doc-

tor; registrada, Sebastián de Olano, Francisco de Madrid, Canciller.»

«Y ahora porque ha sido Dios servido de que vos hayais hallado muchas de las dichas islas y por que esperamos con su favor y ayuda que hallareis, y descubrireis otras y la tierra firme en el dicho mar Occéano y en las partes de las referidas Indias, me suplicáisteis y pedisteis por merced, que os confirmásemos el dicho nuestro privilegio de suso inserto y la merced contenida en él para que vos y vuestros descendientes y sucesores, uno después de otro y después de vuestros días, podais tener y tengais los dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador del dicho mar Occéano é islas y tierra firme, así de lo que habeis descubierto y hallado, como de lo que descubrireis y hallareis en adelante, con todas las facultades, preeminencias y prerrogativas, que han gozado y gozan los Almirantes, virreyes y gobernadores que ha habido y hay en nuestros Reinos de Castilla y León, y que os acudan con todos los derechos y salarios anexos y pertenecientes á dichos oficios concedidos y conservados á nuestros Almirantes, virreyes y gobernadores, y que proveamos sobre lo referido conforme nuestra merced fuese. Y Nos, teniendo en consideración el riesgo y peligro en que por nuestro servicio os pusisteis en ir á buscar

y descubrir las referidas islas y el en que ahora os poneis en ir á buscar y descubrir otrasotras islas y tierra firme de que somos y esperamos ser bien servidos; y por haceros gracia y premiaros. Por la presente os confirmamos á vos y á vuestros hijos y descendientes, y sucesores, uno después de otro ahora y para siempre los dichos oficios de Almirante de dicho mar Occéano, virrey y gobernador de las dichas islas y tierra firme que habeis hallado y descubierto, ó que por vuestro ingenio se hallaren y descubrieren en adelante en las partes de las Indias, y es nuestra voluntad, que vos y despuès de vuestros días vuestros hijos y descendientes y sucesores, uno después de otro ahora y para siempre tengais los dichos oficios de nuestro Almirante del dicho mar Océano que es nuestro, el cual empieza desde la línea que hemos hecho tirar desde las islas de los Azores hasta las islas de Cabo verde, desde el Norte á Mediodía de polo á polo, de manera que todo lo que está desde la referida línea hácia Occidente es nuestro y nos pertenece, y así os hacemos y creamos Almirante y tambien á vuestros hijos y sucesores uno después de otro, de todo lo referido perpétuamente: y así mismo os hacemos nuestro virrey y gobernador y después de vuestros días, á vuestros hijos, descendientes

y sucesores, uno después de otro de las dichas islas, y tierra-firme descubiertas, y que se descubrieren en el dicho mar Occéano, en la parte de las Indias, como va dicho, y os damos la posesión de todos los dichos oficios, de Almirante, virrey y gobernador, para siempre jamás, con comisión y autoridad de que podais usar y ejercer el oficio referido de nuestro Almirante en el dicho mar, en todas aquellas cosas en la forma y manera, y con las prerrogativas y preeminencias, derechos y salarios que han usado y usan han gozado y gozan, los nuestros Almirantes de los mares de Castilla y de León, y así en las dichas islas y tierra firme ya descubiertas, como en las que adelante se descubrieren en dicho mar Océano, en las dichas partes de las Indias, para que los pobladores de todo ello sean mejor gobernados, y os damos la referida autoridad y facultad, para que podais, como nuestro virrey y gobernador, vos ó vuestros tenientes, jueces, capitanes y otros oficiales, que para lo expresado creareis, usar de la jurisdicción civil y criminal, alta, y baja, mero, ó mixto imperio, y que podais remover los dichos oficiales y poner otros en su lugar, siempre que sea vuestra voluntad y que os parezca conveniente á nuestro servicio, los cuales puedan oir sentenciar y determinar todos los pleitos y causas ci-

viles y criminales que ocurrieren y se movieren en dichas islas y tierra firme, y tengan y lleven los derechos y salarios acostumbrados en nuestros Reinos de Castilla y León, anexos, y pertenecientes á dichos oficios, y Vos nuestro virrey y gobernador, podeis oir y juzgar todas las dichas causas y cada una de ellas, siempre que sea vuestra voluntad, en primera instancia, por via de apelación, ó por simple querella, y conocerlas, determinarlas y definirlas; como nuestro virrey y gobernador; y podais hacer y hagais vos y los dichos vuestros hijos, todas las diligencias razonables, y las demás cosas pertenecientes á los dichos oficios de virrey, y gobernador y que vos y vuestro teniente y oficiales que nombráreis para esto, podais tener conocimiento de ellos y usar los términos que tuviéreis por convenientes á nuestro servicio y á la administración de justicia, todo lo cual podais y puedan hacer y ejecutar con justa ejecución, y con efecto, como podrian y deberian hacerlo si fuesen nombrados por Nos, á los dichos oficiales. Pero nuestra voluntad es, que las cédulas y patentes que concediéreis, se den y despachen en nuestro nombre diciendo: *Don Fernando y Doña Isabel Rey y Reina, de Castllla, León, etc.*, y que vayan selladas con nuestro sello, el cual os haremos dar para dichas islas y tierra firme; y

mandamos á todos los vecinos y habitantes y a las demás personas que se hallaren en dichas islas y tierra firme que os obedezcan como á nuestro virrey y gobernador de ellas, á los que anduvieren por los dichos mares, arriba declarados, que os obedezcan como á nuestro Almirante del dicho mar Occéano y ejecuten vuestras cartas, y mandamientos y se unan con vos y vuestros oficiales para ejecutar nuestra justicia y os den y os hagan dar todo el favor y ayuda que les pidiereis y que necesitareis, debajo de las penas que les impusiereis, las cuales Nos, por las presentes les imponemos y os damos facultad para ejecutarlas en sus personas y bienes y asimismo es nuestra voluntad que si viéreis que conviene á nuestro servicio y á la ejecución de nuestra justicia, que las personas que estuvieren en dichas Indias y tierra firme, salgan y no entren ni estén en ellas y que vengan y se presenten ante Nos, podáis mandárselo de nuestra parte y hacerlos salir de dichas islas, á los cuales Nos por la presente mandamos salgan prontamente de ellas y ejecuten y pongan por obra todo lo referido sin buscar excusa ó consultar sobre ello, ni esperar tener otra carta ó mandamiento nuestro; sin embargo, de cualquiera apelación ó súplica, que hagan ó interpongan de vuestro mandamiento, para todas

las cosas referidas y todas las demás debidas y pertenecientes á dichos oficios de nuestro Almirante, virrey y gobernador, os damos facultad bastante, con todas sus incidencias, dependencias y emergencias, anexo y conexo y mandamos á nuestro Chanciller y notarios y á los otros oficiales que están á la mesa de nuestros sellos, qne si quisiereis os den, expidan, pasen y sellen nuestra carta de privilegio sobre todas las cosas referidas, con las mayores fuerzas y firmezas y como vos la pidiereis y necesitáreis; y ninguno sea osado de hacer cosa alguna en contrario, so pena de nuestra desgracia y de 30 ducados para nuestra Cámara, á cada uno que lo contrario hiciere, y demás de esto mandamos, que á la persona que se le mostrare esta nuestra carta, los emplace para que comparezcan ante Nos, en nuestra corte, donde estuviéremos, dentro de 15 días primeros, siguientes con la misma pena y debajo de la misma mandamos á cualquier Notario que para este efecto fuere llamado, que dé testimonio, signado con su signo, para que Nos sepamos cómo se ejecuta nuestro mandato. Dado en la Ciudad de Barcelona, á 28 de Mayo del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1493 —*Yo el Rey.*—*Yo la Reina.*—Yo Fernando Alvarez de Toledo, secretario del Rey, y de la Reina, Nues-

tros Señores, la hice escribir por su mandado.—Pedro Gutierrez, Chanciller.—Derechos de Sello, y de registros, nada, acordado Rodericus, doctor, registrada. Alfonso Pérez.





CAPITULO XLIV.

Cómo el Almirante partió de Barcelona á Sevilla, y de Sevilla á la Española.

Proveido dc todo lo necesario, para la población de aquellas tierras, partió el Almirante de Barcelona á Sevilla, por Junio, y luego que llegó, dió tanta prisa á la expedición de la armada que los Reyes Católicos le habían encargado; que en breve tiempo se aprestaron 17 navíos, grandes y pequeños, proveídos de muchos bastimentos y de todas las cosas é ingenios que parecían necesarios para poblar aquellas tierras, como oficiales de todas artes, hombres de traba-

jo y labradores, y habían concurrido tantos caballeros, hidalgos y otra gente honrada, á la fama del oro y de las otras cosas nuevas de aquellas tierras, que fué necesario reformar el número y no dar licencia á que tanta gente se embarcára, por lo menos hasta que se viese, en alguna manera, como iban las cosas en aquellas partes y hasta que todo, en alguna manera, se acomodase bien que no pudo estrecharse tanto el numero de la gente, que estaba para entrar en la armada que no llegase á mil y quinientas personas entre grandes y chicos y algunos llevaban caballos, borricos; y otros animales que fueron de gran utilidad y ayuda para la población de aquella tierra.

Con este aparato se hizo á la vela el Almirante, en el canal de Cádiz, donde la armada se habia puesto en orden á 25 de Septiembre del año de 1493, estando yo, y mi hermano presentes, y tomó su viaje á Sudoeste por las islas de Canaria, con intención de tomar en ellas refresco de las cosas necesarias, y así, con buen tiempo, á 28 de Septiembre, á cien leguas de España, llegaron al navío del Almirante muchas aves de tierra y tórtolas y otros pajarillos pequeños que parecía iban de paso á invernar á Africa, y que venían de las islas de los Azores; siguiendo su viaje llegó á la Gran Canaria á 11 de Octu-

bre, donde surgió, y á media noche volvió á dar la vuelta para ir á la Gomera, donde llegó el sábado 5 de Octubre y ordenó con gran presteza, que se tomase todo cuanto necesitaba la armada.





CAPÍTULO XLV.

Cómo el Almirante partió de la Gomera, y atravesando el Occéano, halló las islas de los Caribes.

El lunes 7 de Octubre siguió el Almirante su camino á las Indias, dando antes á cada navío una comisión cerrada y sellada, en que mandaba que no la abriesen, sino es que se apartasen de él con tempestad, porque dándoles en aquella carta noticia del viaje que habían de hacer á la ciudad de la Navidad, en la Española no quería que sin gran necesidad fuese sabido de ninguno aquel viaje, y así navegando con próspero viento, el jueves á 24 de Octubre, estando como á cosa de 400 leguas, al Occidente de la Gome-

ra no halló la yerba que habían encontrado en el primer viaje á las 250 leguas; y no sin admiración de todos venía al navío aquel día y los dos siguientes una golondrina á visitar la armada, y el mismo sábado, en la noche, fué visto San Telmo con siete luces encendidas; en la gabia, mucha lluvia y grandes truenos; quiero decir que se veían las luces, las cuales afirmaban los marineros ser el cuerpo de San Telmo, por lo cual le cantan muchas letanías y oraciones, teniendo por cierto que en la tempestad que él aparece ninguno puede peligrar. Sea lo que fuere, yo me remito á ellos, porque si creemos á Plinio, algunas veces aparecían semejantes luces en las tempestades de mar á los marineros romanos, y decían que era Castor y Polux, de qüe hace también mención Séneca, al principio del primer libro de los *Naturales*; pero volviendo á nuestra historia, digo: Que viendo el Almirante gran mudanza en los cielos y en los vientos, el sábado 11 de Noviembre, y considerando también lo alborotado de las olas y las grandes lluvias, tuvo por cosa cierta hallarse vecino á tierra, y con esta opinión hizo quitar la mayor parte de las velas, y ordenó que toda la gente hiciese buena guardia aquella noche, no sin justa causa, pues al amanecer vieron tierra al Loeste, siete leguas distante de la armada, que era una isla

alta y montuosa, á quien puso por nombre Dominica, por haberla descubierto el domingo por la mañana, y de allí á poco vió otra isla al Lordeste de la Dominica; después vió otra, y otra al Norte, y por el favor que Dios los hacía, cantó la Salve toda la gente en las popas de los navíos y otras oraciones y versos, cantados con mucha devoción, y daban muchas gracias á Dios de que á los veinte días de haber partido de la Gomera hubiesen llegado á la dicha tierra, cuya distancia juzgaban sería de 750 á 800 leguas y porque en la costa de Levante de la Dominica no hallaron sitio conveniente donde dar fondo, atravesaron á otra isla, á la cual llamó *Marigalante*, el Almirante porque se llamaba así la Nao Capitana, donde habiendo desembarcado, confirmó solemnemente la posesión en nombre de los Reyes Católicos, de las islas y tierra firme que había tomado en el primer viaje.





CAPÍTULO XLVI.

Cómo el Almirante descubrió la isla de Guadalupe, y lo que vió en ella.

Lunes, á 4 de Noviembre, partió el Almirante de la referida isla de *Marigalante*, la vuelta del Norte á otra isla grande que llamó *Nuestra Señora de Guadalupe*, por devoción y ruegos de los monjes de aquella casa, á los cuales había prometido poner á alguna isla el nombre de su monasterio. Tres leguas antes de llegar á esta isla, vieron una roca altísima que remataba en punta, de la cual salía un golpe de agua, según les pareció, tan grande como una gran bota, la cual caía con tanto rumor y fuerza que se oía en los navíos, aunque algunos decían era veta blan-

ca en la roca, según la blancura del agua por su áspera caída y precipicios. Después de surtos fueron á tierra á reconocer un pueblo que se veía desde la orilla, en que no hallaron ningún indio, porque todos habían huido al monte, sino es algunas criaturas, en cuyos brazos ataron algunos cascabeles para asegurar á sus padres cuando volviesen; hallaron en las casas muchos gansos, semejantes á los nuestros, muchos Papagayos con plumas azules, verdes, blancas y rojas del tamaño de los gallos comunes, también hallaron calabazas. y cierta fruta que parecía piñas verdes como las nuestras, bien que mucho mayores y llenas por dentro de una carne que parecía melón, muy olorosa y suave, nacen en matas por los campos, como de lirios ó aloes, aunque son mejores las que se cultivan, como se supo después; vieron también muchas yerbas y frutas diferentes de las nuestras, camas de redes de algodón, arcos y flechas y otras cosas á que no tocaron los nuestros, para que los indios se asegurasen más de los cristianos; pero lo que más les maravilló fué haber hallado una Tartera de hierro, aunque yo imagino que por ser los cantos y piedras de aquella tierra cocidas de color de lucidísimo hierro, alguno que la vió de repente, creyó lijeramente, con poco juicio, que era de hierro no siéndolo, pues des-

de entonces hasta hoy jamás se ha hallado cosa de hierro entre aquella gente, ni yo se lo oí decir al Almirante, y tengo para mí, que notando lo que sucedía, y lo que le decían alguno lo escribió como se lo contaban los que habían ido á tierra; pero áun cuando fuese de hierro no habría de qué maravillarse, porque siendo los indios de aquella isla de Guadalupe Caribes, y corriendo robando hasta la Española, pudieron tener aquella Tartera de los cristianos ó de otros indios de la Española, y también pudo ser que se hubiesen llevado el cuerpo de la nave que perdió el Almirante, á sus mismas casas para valerse del hierro, ó el costado de ella ú otro navío roto, que los vientos y corrientes hubiesen llevado á aquellos lugares, desde nuestras costas; pero sea lo que fuere, aquel día no tocaron á la Tartera ni á otra cosa y se volvieron á los navíos.

El día siguiente, martes 5 de Noviembre, volvió á enviar el Almirante dos barcas á tierra á ver si podía tomar alguna persona que les diese nuevas del país y le informase de la distancia y hácia donde caía la Española; volvió cada barca con un indio mozo, y ambos dijeron que no eran de aquella isla, sino de otra llamada Borichen, hoy San Juan, y que los habitantes de aquella isla de Guadalupe eran Caribes, y los habían preso en su misma isla; y de allí á

poco que volvieron las barcas, á recoger algunos cristianos que habían dejado en tierra, hallaron con ellos seis mujeres que huyendo de los Caribes habían venido á su amparo, y voluntariamente se venían á los navíos, pero el Almirante, por asegurar la gente de la isla, no quiso retenerlas en los navíos, y dándolas algunas sartas de vidrio y cascabeles, las hizo volver á tierra; cuya acción no fné de poca prudencia, porque al instante que las echaron á tierra los Caribes las quitaron cuanto el Almirante las había dado, por lo cual, ó por odio ó miedo que tenían á aquellos Caribes, poco después que volvieron las barcas, á hacer aguas y leña, se entraron en ellas las indias, rogando á los marineros que las llevasen á los navíos, diciéndoles por señas que la gente de aquella isla comía hombres y las tenía esclavas y que no querían quedarse con ella; de modo que, movidos los marineros á sus ruegos, las volvieron á traer á los navíos con otras dos criaturas y un muchacho que se había escapado de los Caribes, eligiendo por más seguro entregarse á gente que jamás había visto y tan extraña de su nación, que quedar entre aquellos que manifiestamente eran terribles y crueles y los habían comido sus hijos y maridos; que á las indias no las matan ni las comen, sino las tie-

nen por esclavas; y de una de ellas se supo que á la parte de Mediodia había muchas islas, unas pobladas y otras no, las cuales se llamaban, como aquella india y las demás decían, Jaramachi, Cairoato, Huino, Buriari, Aruveira, Sixibei, pero la tierra firme decían que era muy grande y á la Española llamaban *Guania*, porque en otros tiempos solían venir á comerciar con los indios de ella, y también dijeron que el Rey de la isla de donde se habían huído había salido con diez grandes Canoas, y 300 indios á correr las islas vecinas y pillar gente para comer. También se supo de las mismas indias dónde estaba la isla Española, pues aunque el Almirante la había situado en la carta de marear, quiso, no obstante, por mayor información, saber lo que decían de aquel país y al punto hubiera ido allá si entonces no le hubieran dicho que un capitán llamado Marcos, había saltado tierra con ocho hombres antes de amanecer, sin licencia, y que no había vuelto á los navíos, por lo cual necesitó enviar gente á buscarle, aunque no pudo ser descubierto por los muchos árboles, y el Almirante por no dejarlos perdidos ni un navío á que los esperase y recogiese, y que después no pudiese ir á la Española, resolvió detenerse el día siguiente, y porque la tierra estaba llena de bosques, como hemos dicho, mandó volvie-

sen á buscarlos y cada uno llevase una trompeta y algunos arcabuces para que los oyesen; pero también estos se volvieron á los navíos, habiendo andado todo el día por la isla como perdidos, sin haberlos encontrado ni traer nueva alguna de ellos; viendo el Almirante que era jueves por la mañana, y que desde el martes hasta entonces no se había sabido nada de ellos, y que habían salido sin licencia, quiso seguir su viaje, ó por lo menos hizo señal de querer seguirle, para que con esto temiesen otros el castigo; pero por los ruegos de algunos amigos y parientes de los referidos, se detuvo, y entretanto mandó hacer agua y leña en los navíos y que la gente lavase su ropa, y envió al capitán Ojeda con cuarenta hombres, para que, además de buscar los descarriados, se informasen de los secretos del país, en el cual halló maíz, aloe, sándalo, gengibre, incienso y algunos árboles, que en el olor y el sabor parecían de canela, mucha abundancia de algodón y bastantes Alcones y vieron á dos de ellos cazar y perseguir á las otras aves; también vieron garzas reales, milanos, palomas, tórtolas, perdices, gansos, ruiseñores y cornejas), y afirmaron haber pasado veintiseis ríos en seis leguas que anduvieron, dándoles en muchos el agua á la cintura; aunque yo me persuado que por la aspe-

reza de la tierra pasasen muchas veces un mismo río En tanto que estos andaban maravillados de ver estas cosas y otras cuadrillas por la isla, buscando los perdidos, vinieron ellos á los navíos sin que ninguno los hubiera hallado, el viernes á 8 de Noviembre, diciendo que la espesura de los bosques era causa de haberse perdido. El Almirante entonces, por dar algún castigo á su temeridad, mandó poner al capitán en la cadena, y quitar á los demás parte de la ración que se les daba, y después salió á tierra y vió en algunas casas de todas las cosas referidas y sobre todo mucho algodón hilado y por hilar, telares para tejerlo, y muchas cabezas de hombres colgadas, y cestos de huesos de muerto. Dicen que estas casas eran las mejores y más abundantes de bastimentos y de las demás cosas necesarias al uso y servicio de los indios, y que en el primer viaje no habían visto en las demás islas, otras semejantes.





CAPITULO XLVII.

Cómo el Almirante partió de la isla de Guadalupe, y de algunas islas que encontró en el viaje.

Domingo á 5 de Noviembre, hizo levar las anclas el Almirante, y navegó á lo largo de la costa de Guadalupe, hácia Norueste, para ir á la Española; llegó á la isla de Monserrate, á la cual dió este nombre por su altura, y supo de los indios que llevaba consigo, que los Caribes la habían despoblado, comiéndose la gente. De allí pasó á *Santa María la Redonda*, llamada así porque era tan redonda y lisa que parecía que no podía salirse de ella sin escalera, á la cual llamaban los indios *Ocamaniro*; después

fué á la de Santa María de la Antigua, que los indios llamaban *Jamaica*, la cual es una isla de más de 27 leguas de costa, y siguiendo su viaje hácia el Norueste, se veian muchas islas situadas á la parte del Norte y corrientes al Norues, Sueste, todas muy altas y de grandísimas selvas de árboles; dieron fondo en una de ellas y la llamaron *San Martin*; y sacaban pedazos de coral pegados á las áncoras, con que tuvieron esperanzas de que habían de hallar cosas de utilidad en aquellas tierras; pero aunque el Almirante deseaba saberlo todo, quiso seguir su viaje á la Española, por socorrer á los que allí había dejado; mas por violencia del tiempo surgió el jueves 14 de Noviembre en una isla en la cual mandó coger algún indio para saber dónde se hallaba; y mientras el batel volvía á la Armada trayendo cuatro indias y tres niños que había preso, encontró una Canoa, en que iban cuatro indios y una india, los cuales viendo que no podían huir bogando, se previnieron para defenderse, é hirieron á dos cristianos con las flechas, tirándolas con tanta fuerza y destreza, que la india pasó de parte á parte un broquel; pero embistiéndola impetuosamente el batel, volcó la Canoa, y nadando los prendieron á todos, aunque uno tiraba tantas flechas como si estuviese en tierra; tenían cortado el miembro viril, por-

que cuando los cautivan los Caribes en otras islas, los capan para que engorden, como nosotros usamos de engordar los capones para que sean más sabrosos. De aquí partió el Almirante siguiendo su camino al Sues Norueste, donde halló más de 50 islas que dejó al Norte, y llamó á la mayor *Santa Úrsula*; á las otras, las *Once mil Vírgenes*; después aportó á la isla que llamó *San Juan Bautista*, que los indios llamaban *Boriquen*, y surgió con la armada en una canal de ella á Occidente, donde pescaron muchos peces, algunos como los nuestros, y vieron halcones y parras silvestres, y mas hácia Levante fueron unos cristianos á ciertas casas de indios que según su costumbre estaban bien fabricadas, las cuales tenían la plaza y la salida hasta el mar, y la calle muy larga, con torres de caña á ambas partes, y lo alto estaba tejido con bellísimas labores de plantas y yerbas como están en Valencia los jardines, y lo último hácia el mar era un tablado en que cabían diez ó doce personas, alto y bien labrado.



CAPITULO XLVIII.

Cómo el Almirante llegó á la Española y supo la muerte de los cristianos.

El viernes á 22 de Noviembre, llegó el Almirante, por la parte del Norte á la Española y al instante envió á la tierra de Samana uno de los indios natural de ella, que llevaba de Castilla convertido ya á nuestra fe, el cual se ofreció á reducir á todos los indios al servicio y paz de los cristianos, y siguió el Almirante su viaje hácia la villa de Navidad. Cuando llegó al cabo del Angel, vinieron algunos indios deseosos de rescatar con los cristianos y pasando á dar fondo al puerto de Monte-Cristo una barca que fué á tierra, encontró dos hombres muertos jnnto á

un rio, uno que parecía mozo y otro viejo que tenía al cuello una soga de esparto, que es cierta yerba, y los brazos estendidos, y atadas las manos á un palo, en forma de cruz; pero no pudieron los que iban en ella distinguir si eran indios ó cristianos, de que tomaron mal agüero. El día siguiente que fué á 26 de Noviembre, volvió el Almirante á enviar á muchas partes de tierra, y vinieron los indios á hablar con los cristianos muy amigable y atrevidamente, y tocando los jubones y las camisas de los nuestros, decían: *Camisa, jubón,* dando á entender que sabian los nombres, esto aseguró al Almirante de la sospecha que tenia de aquellos hombres muertos juzgando que si hubiesen hecho los indios alguna ofensa á los cristianos que habia dejado allí, no se atreverían á venir con tanto atrevimiento y sin miedo á los navios; pero el día siguiente, estando ya surto cerca de la boca del puerto, después de media noche, llegó una canoa y preguntó por el Almirante, y habiéndole avisado, mandó que entrasen los indios que allí estaban pero no quisieron entrar, diciendo que no entrarían sino le veían y conocian; de manera que se vió precisado el Almirante á salir á bordo á oirlos y luego entraron dos que llevaban dos máscaras en la cabeza y se las dieron al Almirante de parte del cacique Guacanagari, diciéndole que

se le encomendaba mucho; y preguntándoles el Almirante por los cristianos que había dejado allí, le respondieron que algunos habian muerto de enfermedad y otros se habían dividido de la compañía, y otros se habian ido á otras tierras y que tenían á cuatro ó cinco mujeres, pero aunque se coligiese del modo de hablar, que todos ó la mayor parte eran muertos, no obstante pareciéndole al Almirante que por entonces no debía hacer otra cosa, volvió á enviar á los indios con un presente para Guacanagari, y para ellos, y se fueron aquella noche.





CAPÍTULO XLIX.

Cómo el Almirante fué á la isla de Navidad y la halló quemada y despoblada, y cómo habló con el Rey Guacanagari.

El jueves 28 de Noviembre, á hora de vísperas, entró el Almirante con su armada, en el puerto que está delante de la villa de la Navidad y la halló toda quemada, sin que aquel día viesen por todo aquel contorno persona alguna, y al otro día desembarcó el Almirante con gran dolor de ver las casas y la fortaleza abrasadas y las casas de cristianos estaban derrotadas, como otras cosas y como si fuese pais saqueado, más no había ninguna persona á quien pregun-

tar: entró el Almirante con algunos bateles en un rio vecino, y en tanto que andaba por él, mandó limpiar el pozo de la fortaleza, creyendo que se hallase en él oro, porque al tiempo de su partida, temiendo lo que pudiese suceder, había mandado, á los que quedaban allí, que echasen en aquel pozo todo el oro que tuviesen, pero no se halló nada, ni el Almirante, en todo lo que corrió con los bateles, pudo coger indio alguno, porque todos huían de sus casas á los montes, y no habiendo hallado más que algunos andrajos, de los vestidos de los cristianos, se volvió á la Navidad. No lejos de la plaza hallaron después otros tres muertos y conocieron eran cristianos, en algunos vestidos y parecían cadáveres de un mes; andando los cristianos por allí buscando vestigios ó algunos papeles de los muertos, vino á hallar el Almirante á un hermano del cacique Guácanagari con algunos indios; los cuales ya sabían decir algunas palabras españolas y conocían y llamaban por sus nombres á los cristianos que habian quedado en aquel sitio; éstos dijeron que los cristianos empezaron á tener pendencias y discordias entre sí y á robar cada uno mujeres y todo lo que podían, por lo cual sucedió que Pedro Gutierrez y Escobedo, mataron á uno que se llamaba Jacobo, y después habían ido con otros y sus mujeres

á un cacique que llamaban Caonabo, que es señor de las minas, el cual les hizo dar muerte y después de muchos días, fué á la Navidad con mucha gente, donde no había más que Diego de Arana y diez personas que perseveraron con él para guardia de la fortaleza, porque los demás estaban esparcidos por diferentes partes de la isla y habiendo llegado Caonabo de noche á la Navidad atacó las casas con fuego, donde estaban los cristianos con las mujeres, de los cuales ocho huyeron temerosos al mar, donde se ahogaron y tres murieron en tierra, aunque no decían dónde, y que el mismo Guacanagari, peleando por defender, á los cristianos de Caonabo, fué herido y huyó: esta relación estaba conforme á la que traían otros cristianos y que el Almirante había enviado á saber las novedades de la tierra y habían llegado al pueblo principal, donde estaba malode unaherida Guacanagari y estemotivo dió deno haber podido irá visitar al Almirante y á darle cuenta de lo que sucedió á los cristianos, entre los cuales decía que luego que el Almirante partió á Castilla, empezaron á nacer discordias, porque cada uno quería rescatar el oro por sí y tomar las mujeres que le parecía, no contentos con lo que el mismo Guacánagari les daba, y ofrecia dar, antes se dividieron en muchas cuadrillas y varias partes y que habiéndose juntado

algunos vizcainos, llegaron á un lugar donde todos fueron muertos; que esta era la verdad de lo que había sucedido, y lo que podían contar al Almirante, y envió a rogarle por los mismos cristianos, que fuese á visitarle, pues se hallaba en tan mal estado, que no podía salir de casa; así lo hizo el Almirante y el día siguiente fué á verle y el cacique le contó con señales de gran sentimiento, lo que había sucedido, como se ha expresado, añadiendo que él y los suyos, habían sido heridos por defender á los cristianos y así parecia de las heridas, pues no eran hechas con armas de cristianos, sino con azagayas y flechas con espinas de peces, por puntas que ellos usan, después de haber hablado algún rato, dió el cacique al Almirante ocho ceñidores de cuentecillas de piedras blancas, verdes y coloradas, y otro ceñidor, trabajado de oro y una corona real tambien de oro y tres calabacillas llenas granos y pedacillos de oro, que todo podía pesar cuatro marcos y el Almirante en recompensa le dió muchas cosillas, que todas valían tres reales, y fueron tan estimadas del cacique, como si valiesen mil, y aunque se hallaba gravemente enfermo, quiso ir con el Almirante á ver la armada donde se le hizo mucha fiesta y le gustaron mucho los caballos de quien ya le habían dado noticia los españoles, y porque alguno de los

que habían muerto debía haber hablado mal de nuestra santa fe diciendo era vana, necesitó el Almirante de confirmarle en ella, y quiso después que trujese al cuello una imagen de Nuestra Señora, que no había querido recibir antes.



CAPITULO L.

Cómo el Almirante dejó el puerto y ciudad de la Navidad, y fué á poblar la que llamó Isabela

Considerando, pues, el Almirante la desgracia de los cristianos perdidos y la infelicidad que había tenido en la tierra y en el mar de aquel país, donde por una parte había perdido el navío, y por otra la gente y la fortaleza, y que no lejos de allí había otros lugares más convenientes y mejores para poblar, navegó con la armada, sábado 7 de Diciembre, á la banda de Levante, donde llegó por la tarde, no muy lejos de las islas de Monte-Cristo; á donde echó las áncoras, y el día siguiente, estando ya sobre Monte-Cristo, pasó entre aquellas siete islas bajas,

de que hemos hablado, que aunque tenían pocos árboles eran hermosos, pues en aquel tiempo que era invierno, se hallaron flores, nidos con huevos, y otros con pollos y todo cuanto hay en verano.

De aquí fué á dar fondo á un pueblo de indios, donde, con determinación de hacer casas, desembarcó con toda la gente, bastimentos é ingenios que traía en la armada, en una llanura cerca de una balsa, en la cual podía fabricarse segura y cómodamente, una fortaleza, y allí fabricó una villa, que llamó la Isabela, en memoría de la Reina doña Isabel. Tuvieron por muy bueno este sitio, porque el puerto era muy grande, aunque descubierto al Noroeste; tenía un bellísimo río á un tiro de ballesta, de que podían sacar canales de agua, que pasasen por medio de la ciudad, y demás de esto se extendía una grande y hermosa llanura, á la cual decían los indios que estaban muy cercanas las minas de Cibao.

Estas razones instaban al Almirante á poner en orden la población, y unida su prisa á lo que había padecido en el mar, no sólo no tuvo lugar de escribir diariamente, según su costumbre, lo que sucedía, sino que cayó enfermo é interrumpió lo que escribía, desde el día 11 de Diciembre hasta 12 de Marzo de 1494, en cuyo

tiempo, después de tener ordenadas las cosas de la población lo mejor que podía, envió en el mes de Enero á Alonso de Ojeda á buscar las minas de Cibao, y á 11 de Febrero se volvieron á Castilla doce navíos de la armada con el capitán Antonio de Torres, hermano del ama del príncipe D. Juan, hombre de gran honra y juicio, de quien se confiaban mucho los Reyes Católicos y el Almirante.

De allí á pocos días volvió Ojeda con relación de su viaje, diciendo que al segundo día de su partida durmió en un puerto dificultoso de pasar, y que después de legua en legua, hallaba un Cacique y todos le habían recibido con mucha cortesía, y al sexto día había llegado á las minas de Cibao, donde al punto los indios habían sacado oro de un riachuelo, como solían hacer en otros muchos de la provincia, en la cual afirmaban que había gran abundancia de oro.

El Almirante, que ya estaba bueno, se alegró mucho con estas noticias y determinó andar por la tierra y ver la disposición de la región para saber lo que era necesario hacer en ella así salió de la Isabela el miércoles á doce de Marzo á Cibao á ver las minas con toda la gente que se hallaba sana, así de á pié como de á caballo, dejando buena guardia en las dos na-

ves y tres carabelas que habían quedado de la armada y hecho meter en la capitana todas las municiones y armas de los otros navíos, para que ninguno pudiese alzarse con ellas, como habían intentado hacer algunos, mientras él estaba enfermo; porque muchos habían ido á aquel viaje, creyendo que al instante que saltasen en tierra habían de cargar de oro y volverse, (siendo así que aunque el oro se busca allá y se recoge, cuesta mucha fatiga, industria y tiempo) pero como no les había sucedido como pensaban, estaban muy descontentos y cansados por esto y por la fábrica de la nueva villa y las desazones y enfermedades que les ocasionaban el aire, la calidad del nuevo país y la mudanza del alimento, intentaron secretamente rebelarse y dejando la obediencia del Almirante, tomar por fuerza aquellos navíos y volverse con ellos á Castilla. Era cabeza de los revoltosos Bernardo de Pisa, capitán de justicia de la corte, que había ido al viaje por contador del Rey, por cuyo respeto, cuando el Almirante lo supo no quiso darle más castigo que ponerle en prisión en un navío con propósito de enviarle á Castilla con el proceso de su crimen, que no solo contenía el de la sublevación, sino el de haber escrito falsameute algunas cosas contra el Almi-

rante que había hallado escondidas en cierto lugar del navío.

Ordenadas todas estas cosas y dejando personas en tierra y mar, que con su hermano don Diego Colón atendiesen al gobierno y guardia de la armada, tomó su camino á Cibao, llevando consigo todas las herramientas y demás cosas necesarias para fabricar una fortaleza, y conservar pacífica aquella provincia, y para que estuviesen seguros de cualquier insulto é injuria que los indios intentasen, los cristianos que se quedasen para recoger el oro, y por meterlos más miedo y quitarlos la esperanza de poder, estando presente el Almirante, hacer lo que habían hecho contra Arana y los 38 cristianos que habían quedado con él, llevó consigo entonces toda la gente que podía, para que en sus mismos pueblos conociesen el poder de los cristianos y comprendiesen que cuando por aquella tierra hiciesen algún daño á los cristianos que caminaban solos, tenían los demás poder para castigarlos; y por mayor ostentación y muestra, llevaba por todos los lugares armada y puesta en orden la gente, como cuando se va á la guerra, con cajas y trompetas, y las banderas desplegadas. Caminando de este modo pasó aquel río, que estaba á tiro de escopeta de la Isabela, y una legua más adelante pasó otro más pequeño, y fué á dormir

aquella noche tres leguas distante de la Isabela en un lugar muy llano, con campos hermosísimos que llegaban hasta el pié de un puerto ó montaña áspera, que tendría de alto dos tiros de ballesta, á que puso por nombre el *Puerto de los Hidalgos*, porque fueron delante del ejército algunos á disponer se hiciese camino: y este fué el primer puerto que se hizo en las Indias, porque los indios hacen los caminos tan angostos, que solo puede pasar un hombre por ellos.

Atravesado este puerto, bajó á una gran llanura, por la cual caminó el día siguiente cinco leguas y fué á dormir cerca de un gran rio, que la gente pasó en balsas y Canoas; llamó á este río, que iba á desembocar á Monte-Cristo, *Rio de las Cañas*, pasó en este viaje por muchos pueblos, cuyas casas eran redondas, cubiertas de paja, con una puertecilla que era menester bajarse mucho para entrar en ellas, luego que entraban en aquellas casas algunos de los indios que el Almirante llevaba consigo, tomaban lo que querían de lo que había en ellas, de que no se disgustaban los dueños, como si fuesen cosas comunes, y del mismo modo los indios de aquella tierra, llegándose á los cristianos, les quitaban lo que les parecía, creyendo también había esta costumbre entre ellos; pero no duró mucho este engaño, porque presto hallaron lo contrario; pa-

saron en este camino, montes llenos de selvas muy hermosas que tenían parras silvestres, árboles de aloes y de canela selvática y otros que llevan la fruta como higos y el pié era muy gordo y tenían las hojas como manzano, de los cuales se dice que se hace la Escamonea.





CAPITULO LI.

Cómo el Almirante fué á la provincia de Cibao, donde halló las minas de oro y fabricó la fortaleza de Santo Tomás

Partió el Almirante del rio de las Cañas el viernes 14 de Marzo, y á legua y media halló el rio que llamó del Oro, porque al pasarle cogieron algunos granos de este metal; pasóle con alguna dificultad y llegó á uu pueblo grande, de cuya gente huyó alguna parte á los montes, y la otra se hizo fuerte en sus casas atravesando en las puertas cañas, como si fuese una gran defensa, para que no entrase alguno,pues según la costumbre que tenian, ningún indio se atrevía á entrar por la puerta donde había semejantes barras: de aquí pasó el Almirante á otro bellísimo rio

que llamó *Rio Verde,* cuyas riberas estaban cubiertas de guijarros redondos muy limpios, y allí pasó la noche; al día siguiente continuando su camino, pasó por otros grandes pueblos, en los cuales estaban atravesados á las puertas palos somo los otros que hemos dicho, y porque la gente y el Almirante iban cansados, pararon aquella noche al pié de una montaña que llamó *Puerto de Cibao,* porque en pasándole, empieza la provincia de Cibao, y desde ésta á la primera montaña que habían pasado, hay once leguas caminando al mediodía.

Al otro día caminó por una senda, en que con dificultad, necesitaron de pasar los caballos de diestro, y desde aquí envió algunos mulos á la Isabela, á traer pan y vino, porque empezaban á faltar los bastimentos, y se alargaba el viaje y tanto más padecían, porque no estaban acostumbrados á comer los alimentos de los indios como ahora los que viven entre ellos y andan por aquellas partes esperimentan ser las vituallas de la tierra de mejor digestión y más conformes al aire de aquel país, que las que se llevan de Castilla aunque no tengan tanta sustancia; vueltos ya los que habían ido por la vitualla, el Almirante pasada la montaña, el domingo 16 de Marzo, entró en la tierra de Cibao, que es áspera, y peñascosa llena de guijas, cubierta de mucha yer-

ba y bañada de arroyos en los cuales se halla oro, cuanto más adelante andaban por esta región, la iban hallando más áspera y más cargada de montañas altas, en cuyos arroyos se veian los granos de oro, porque como decía el Almirante, las grandes lluvias traian de lo más alto de las montañas, los granillos menudos á los arroyos.

Esta provincia es tan grande como Portugal y por toda ella hay muchas minas y bastante oro en los rios; pero generalmente tiene pocos árboles y los que hay están á las riberas de los rios, y por la mayor parte son pinos y palmas de varias especies. Pues como Ojeda había andado ya por aquella tierra, como se ha dicho, y los indios tenían ya noticia de los cristianos, salian los indios á los caminos y calles, á recibir al Almirante, con presentes de comida y alguna cantidad de oro en granillos que habian recogido. Después que supieron que venian por esta razón, viendo el Almirante que estaba diez y siete leguas distante de la Isabela y que la tierra que dejaba á las espaldas era muy áspera, mandó que se fabricase un castillo en un sitio muy alegre y fuerte que llamó *Santo Tomás*, el cual señorease la tierra de las minas y fuese como asilo de los cristianos que anduviesen en las minas. Puso en el nuevo Castillo por gobernador á

Pedro Margarit, hombre de mucha autoridad con cincuenta y seis hombres, entre los cuales había maestros de todo lo que se necesitaba para la fábrica de la fortaleza, que era de tierra y madera, lo cual bastaba á resistir cualquier cantidad de indios que fuesen contra él. Abriendo la tierra para echar los cimientos y cortando una peña para hacer los fosos, penetrada la piedra dos brazas, hallaron nidos de heno, y paja y en vez de huevos, tres ó cuatro piedrecillas redondas del tamaño de una naranja, que parecía estaban hechas con arte, para balas de artillería, lo cual caüsó á todos gran admiración, y en el el rio que corre á la falda del monte, donde está el castillo, hallaron piedras de diversos colores y algunos pedazos de gruesos de marmol finísimo y otros después, de puro Diaspio.





CAPITULO LII.

Cómo el Almirante se volvió á la Isabela y halló ser muy fértil aquel terreno.

Dada la orden para la fábrica y fortificación del castillo, el viernes á 21 de Marzo, partió el Almirante á la Isabela, y junto al rio Verde halló muchos que venian con vituallas á la fortaleza, después procurando hallar vado, por donde esguazar el rio, se estuvo algunos días por aquellos pueblos de indios, comiendo de su pan y de sus ajos, los cuales daban voluntariamente por poco, y el sábado á 29 de Marzo llegó á la Isabela, donde ya había melones que tenían muy

buen gusto, no haciendo dos meses que se habían sembrado, y cohombros, á los veinte días y una parra silvestre, cultivada, había llevado uvas que eran muy buenas y redondas, y el día siguiente 30 de Marzo, cogió un vecino espigas de trigo, que había sembrado á fin de Enero. Había tambien garbanzos más gordos que los que habian sembrado, y finalmente todas las semillas de las plantas, nacían al tercero día de sembradas, y al veinticinco se podían comer; los árboles de hueso, salieron á los siete días, y los sarmientos echaron en otros tantos, pámpanos, y veinte y cinco días después cogieron de ellos agraz tambien en siete días nacieron las cañas de azucar, lo cual procedía del temperamento de la tierra, que era conforme al de Castilla, más frio que caliente, y las aguas del pais son delgadas, sanas y frias.

Quedó el Almirante muy satisfecho de la calidad del aire, de la fertilidad, y de la gente de la región, á cuyo tiempo el martes 1.° de Abril, le llegó un propio de Santo Tomás, enviado por Margarit, con la nueva de que los indios de la tierra, se huían y que un cacique llamado Caonabo, se prevenía para quemarle la fortaleza; pero el Almírante que conocía la vileza de los indios, hizo poco caso del rumor que le avisaban, confiando especialmente en los caballos, de los cuales temían los indios ser comidos, y era tan

grande el miedo que les tenían, que no se atrevían á entrar en la casa donde había caballo; pero con todo resolvió el Almirante por buenos respetos, enviarle más gente y bastimentos, considerando que queriendo él ir á descubrir la tierra firme, era bien dejar allí quietas y seguras todas las cosas, y así el miércoles á 2 de Abril, envió setenta hombres con bastimentos y municiones al referido castillo, los veinticinco de escolta y los otros para que ayudasen á hacer otro camiuo, porque era muy dificultuso, pasar por el primero los vados de los rios.

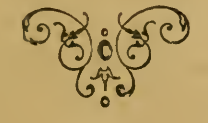
Despachados éstos en tanto que los navios se aderezaban para el nuevo descubrimiento, atendía á disponer las cosas necesarias á la población que hacía, dividiéndola en calles, con una plaza muy conveniente y procurando traer el rio por un ancho canal, para lo cual hizo hacer un estanque, para que el agua sirviese á los molinos, porque estando el pueblo distante del rio tanto como un tiro de artillería, dificultosamente podría la gente, proveerse de agua, de parte tan lejana, especialmente hallándose casi toda muy débil y trabajada por la sutileza del aire, que no podian sufrir, por lo cual caían enfermos, sin tener más alimentos de Castilla que bizcocho y vino, por el mal gobierno que habian tenido los capitanes de los navios y tambien

porque en aquella tierra no se conservan las cosas como en la nuestra; y aunque tenían bastimentos de la tierra en abundancia, como no estaban acostumbrados á ellos, conocían que les hacían mucho daño, y por este motivo estaba en ánimo el Almirante de dejar en la isla 300 hombres y enviar á los demás á Castilla, porque conocía que considerada la calidad de la isla y de las Indias era número de gente bastante para tener pacífica, y sujeta á la obediencia de los Reyes Católicos aquella región, y porque faltaba ya el vizcocho y la harina para hacerle, determinó hacer algunos molinos para moler el trigo que llevaba, aunque en más de legua y media de la villa, no había caída de agua, competente para ello, en lo cual, y en todo lo demás, que se ofrecia, para solicitar la maestranza era necesario que estuviese él sobre la gente, porque todos huían del trabajo.

También resolvió envíar á la campaña toda la gente sana, excepto los maestros y oficiales, para que andando por la tierra fuesen estimados, de los indios y poco á poco haciendose á los bastimentos de la tierra, porque cada dia hacían más falta los mantenimientos de Castilla, envió al capitan Ojeda, á Santo Tomás para suceder á Margarit, en el gobierno de la fortaleza, como quien había trabajado tanto el invierno pasado

en descubrir la provincia de Cibao, que en lengua de los indios quiere decir, Peñascosa, y diese gente al referido Margarit para que anduviese con ella por la isla; partió Ojeda de la Isabela á 29 de Abril con toda la gente referida, que eran más de 300 hombres, y después de haber pasado el rio del Oro, prendió al cacique que había allí, á su hermano, y á un sobrino, y los envió al Almirante con cadenas, y mandó cortar las orejas á un indio en la plaza de su pueblo, porque habiendo dado este cacique cinco indiós para que pasasen por el vado la ropa de los soldados de la otra parte del rio, se volvieron con ella al pueblo, desde en medio de él, y el cacique en lugar de castigarlos tomó para sí la ropa y no quiso restituirla; pero el otro cacique qne vivía en la otra parte del río, confiando en los servicios que había hecho á los cristianos, determinó ir con los presos á la Isabela para interceder con el Almirante por ellos, y fué bien recibido, aunque el Almirante mandó que los indios presos fuesen sacados con las manos atadas á la plaza, y publicar sentencia de muerte contra ellos, lo cual visto por el otro cacique, pidió al Almirante con muchas lágrimas sus vidas, ofreciendo por señales que nunca cometerían otro delito, con lo cual el Almirante los dió por libres á todos. A este tiempo llegó uno

de á caballo á la Isabela, con la nueva de que en el pueblo del cacique que habían traido preso, los indios tenían presos cinco cristianos, que se volvían á la Isabela, á los cuales había él libertado, espantándolos con el caballo, haciendo hüir á más de 400 indlos, y herido en el alcance á dos, y que habiendo pasado el rio, vió que los indios volvian sobre los cinco cristianos, por lo cual dió muestras de volver contra ellos; y hacerlos frente, y los indios, por miedo del caballo, huyeron temiendo que pasase el rio volando.





CAPÍTULO LIII.

Cómo dejando el Almirante bien dispuestas las cosas de la isla, fué á descubrir la de Cuba, creyendo era tierra firme.

Resuelto el Almirante á ir á descubrir la tierra firme, formó un consejo que quedase en su lugar para el gobierno de la isla, que se componía de D. Diego Colón, su hermano, con el título de presidente, de el P. Buil, y Pedro Fernandez Coronel, regentes; Alonso Sanchez Carvajal, rector de Baeza, y Juan de Luxan, caballero de Madrid, gentil hombre de los Reyes Católicos, y para que no faltase harina en el socorro de la gente, procuró con gran solicitud la fábrica de los Molinos, aunque las continuas

lluvias y las crecientes de los rios eran muy contrarias á este intento.

De estas lluvias dijo el Almirante procedía la humedad, y consiguientemente la fertilidad de aquella isla, que era tan grande y maravillosa que por Noviembre comían fruta de los árboles, que volvían á echar, de que infería daban fruto dos veces al año, y las yerbas y semillas dan fruto y florecen contínuamente; tambien en todo tiempo hay en los árboles nidos de pájaros, con huevos y con pollos, y siendo tan grande la fertilidad de todas las cosas, había nuevas todos los días de las grandes riquezas de la tierra, porque continuamente llegaban á la ciudad los que el Almirante había enviado á diferentes partes, y avisaban de las minas que se iban descubriendo; esto fuera de la relación que daban los indios de la gran cantidad de oro que se descubría en varias partes de la isla.

No contento el Almirante con todo lo referido, determinó volver á descubrir por la costa de Cuba sin saber si era isla ó tierra firme, y llevando consigo tres navíos, se hizo á la vela á 24 de Abril, y fué á dar fondo aquel día á Monte-Cristo, al Poniente de la Isabela, y el viernes fué al puerto de Guacanagari, creyendo hallarle allí; mas él, cuando vió los navíos huyó de miedo, aunque sus indios procuraban disimularlo,

diciendo que al instante venia; pero no queriéndose detener el Almirante sin gran motivo, partió el sábado 25 de Abril y fué á la isla de la Tortuga que está al Occidente, mas de seis leguas, cerca de ella, estuvo aquella noche con las velas tendidas, en gran calma y con marea que volvía de las corrientes; después al dia siguiente se vió precisado del Norueste y de las corrientes de Occidente, á volver al Leste y surgir en el rio Guadalquivir, que es en la misma isla, á esperar viento con que vencer las corrientes, las cuales entonces y el año antecedente, había hallado bastantemente recias, hácia Oriente en aquellas partes; de aquí llegó el martes á 29 con buen tiempo al puerto de San Nicolás y desde este lugar atravesó á la isla de Cuba, la cual empezó á costear por la parte del mediodía y habiendo navegado una legua más allá de cabo Fuerte, entró en el que llamó *Puerto Grande*, cuya entrada era profundísima y tenía de boca 150 pasos, aquí echó anclas y tomó refresco de peces asados, y Hutías, de que los indios tenían grande abundancia, y el día siguiente 1.º de Mayo, salió de allí navegando á lo largo de la costa, en la cual halló puertos muy cómodos, de bellísimos rios y montañas altísimas y desde que dejó la isla de la Tortuga, había hallado mucha yerba de la que vió en el golfo yendo y viniendo á España y

cuando andaba costeando, muchos indios de ella, iban á los navíos en Canoas, creyendo que los nuestros eran hombres bajados del cielo, trayendo de aquel pan, agua y pescados, dándolo todo con mucha alegría, sin pedir nada por ello; mas el Almirante por enviarlos contentos, mandó se les pagase todo, volviéndoles cuentas de vidrio, cascabeles, campanillas y otras cosas semejantes.





CAPITULO LIV.

Cómo el Almirante descubrió la isla de Jamaica.

El sábado 3 de Mayo resolvió el Almirante atravesar desde Cuba á Jamaica, por no dejarla atrás, para saber si era cierta la fama de tener mucho oro, que corria en las demás islas, y con buen tiempo, estando cerca de la mitad del camino, la descubrió, al domingo siguiente, dió fondo en ella el lunes, y le pareció la más hermosa de cuantas habia visto en las Indias; era tanta la multitud de Canoas, grandes y pequeñas, y de los indios que llegaban á los navíos que maravillaba á todos; el día siguiente queriendo reconocer los puertos, corrió la costa abajo y habiendo ido las barcas á sondar las entradas

de ellos, salieron tantas Canoas, y gente armada á defender la tierra, que las precisaron á volverse á los navios, no porque los temiesen, sino por no romper la amistad con ellos; pero considerando después que si se mostraba temor á los indios se harían más orgullosos y soberbios, volvieron á otro puerto de la isla, que llamó el Almirante *Puerto bueno* y salieron los indios á echarlos de allí; mas los de las barcas los trataron de modo con sus ballestas, que habiendo herido seis ó siete, se vieron forzados á retirarse.

Pasada la batalla, llegaron infinitas Canoas de los lugares cercanos á ver, y trocar varias cosas y vituallas que traían, las cuales daban por cual quier cosa en cambio. En este puerto que parecía una herradura de caballo, se compuso el navío en que iba el Almirante, porque hacía agua, y el viernes 9 de Mayo, siguió la costa abajo de Poniente, tan cerca de tierra que los indios le seseguían con las Canoas, con deseo de contratar y tener alguna de nuestras cosas, pero porque los tiempos eran algo contrarios, no podia el Almirante navegar lo que quería, y el martes 14 de Mayo, resolvió volverse á Cuba para seguir la costa abajo de ella, con intención de no volverse hasta haber navegado, quinientas ó seiscientas leguas y ser certificado de si era isla ó tierra firme; el mismo día que partió de Jamaica llegó un

indio á los navíos diciendo, quería venir á Castilla, y tras él muchos parientes suyos, y otras personas rogándole con grande instancia que se volviese á la isla, pero por más que hicieron nunca pudieron apartarle de su propósito y por no ver las lágrimas y gemidos de sus hermanas, se puso en parte donde ninguno podía verle, y el Almirante maravillado de su constancia, mandó se le tratase muy bien.





CAPITULO LV.

Cómo el Almirante volvió de Jamaica á seguir la costa de Cuba, creyendo todavía que fuese tierra firme.

Después que partió el Almirante de Jamaica, el día catorce de Mayo, llegó á un cabo de Cuba que llamó *Cabo de la Cruz* y siguiendo la costa abajo sobrevino una gran tempestad de truenos y relámpagos espantosos, por la cual, y los muchos bancos de arena, y canales que encontraba, tuvo mucho peligro y padeció gran trabajo. viéndose precisado á un tiempo, á defenderse de estos dos accidentes malignos, que causaban cosas contrarias, porque el remedio contra los truenos es amainar las velas, y para huir

de los bancos necesitaba de mantenerlas, y es constante, que si hubiera durado ocho ó diez días esta desgracia, no se hubiera podido tolerar; lo peor era que en todo aquel mar, así al Norte como al Nordeste, cuanto más navegaban hallaban más islas bajas y llanas, de una legua poco más ó menos, y aunque en algunas se veían árboles, otras eran arenosas y tan bajas que aún no se veían en la superficie del agua, es verdad que cuanto más se acercaban á Cuba tanto más altas y hermosas eran estas islas, por ser tantas, era dificultoso y vano ponerlas nombre particular; y así el Almirante las llamó en general *Jardín de la Reina*, aunque si aquel día vió muchas islas, más vió al día siguiente y las más mayores que las de los otros días, no sólo hacia el Noroeste, sino al Norueste y al Sudoeste, de manera que aquel día se contaron ciento y setenta islas, á las cuales dividían canales muy hondos, por los cuales pasaban los navíos. En algunas de ellas vieron muchas grullas del tamaño y figura de las de Castilla, pero encarnadas como escarlata; en otras hallaron gran abundancia de tortugas y muchos huevos de ellas que parecían de gallina; pónenlos las tortugas en un hoyo que hacen en la arena, y los cubren hasta que con el calor del sol, salen los hijuelos, que con el tiempo se hacen como rodelas y algunas como gran-

des adargas, así mismo se veían en estas islas cuervos y grullas como las de España, cuervos marinos é infinitos pajarillos que cantaban suavísimamente, y el ambiente era tan agradable y oloroso que parecia estar entre rosas y entre los más finos olores del mundo, aunque el peligro de la navegación era tan grande como se ha dicho, por los muchos, canales en que se tardaba mucho tiempo buscando salida, un dia vieron en una de estas canales, una Canoa de pescadores indios, los cuales con mucha seguridad y quietud, sin hacer movimiento alguno, esperaron la barca, que iba hácia ellos, y estando vecina, hicieron señal, de que se aguardase un poco hasta que acabasen de pescar, parecióles á los nuestros tan extraño y nuevo el modo; de su pesca, que pararon dándoles este gusto, y era de este modo: tenían atados á la cola algunos pececillos que llamamos reversos y estos los echaban al mar, é iban hasta pegarse á los peces grandes, y en sintiendo los indios que había pegado cierta aspereza que tienen en la cabeza y que llega hasta en medio del espinazo, tiraban del hilo, y sacaban á uno y otro, lo cual vieron en una tortuga que pescaban, que llevaba el pez pegado al pescuezo, que es donde suelen regularmente embestir, para que no los puedan morder y de este modo he visto yo pegarse á grandes tiburones.

Después que los indios de la Canoa recogieron la tortuga, acabando su pesca con otros dos peces que habían tomado antes, se llegaron á la barca prontamente para saber lo que querían los nuestros, y habiéndolos mandado los cristianos que fuesen con ellos á los navíos, lo ejecutaron, y el Almirante los recibíó con mucho agasajo y supo de ellos que por aquel mar había infinitas islas, y luego le dieron cuanto tenían; pero el Almirante no quiso que se tomase sino es el pescado, porque lo demás eran sus redes, anzuelos y calabazas que llevaban llenas de agua para beber, y dándoles algunas cosillas los dejó ir muy contentos, y prosiguió su viaje con determinación de que no durase mucho, porque le empezaban á faltar los bastimentos, que si hubiera tenido abundancia de ellos, no se hubiera vuelto á España, sino por el Oriente, aunque se hallaba muy trabajado, así porque comía mal, como porque desde que salió de España hasta 19 de Mayo no había dormido en cama, en cuyo tiempo escribía esto, excepto ocho noches, que por estar enfermo se acostó, y si otras veces tuvo las fatigas que van referidas, en estas se le doblaron, por la innumerable cantidad de islas, entre las cuales navegaba, que era tanta, que en veinte días de Mayo descubrió 71, fue-

ra de otras muchas que se divisan al ponerse el sol hácia al Oues-Sudoeste.

No solo da miedo la gran multitud de islas que se ven á todas partes, pero causa mayor espanto ver todas las tardes, que nace de ellas una niebla hácia el Leste, que parece quiere caer una gran lluvia, y mucho granizo, tantos son los truenos y los relámpagos; pero al salir la luna se desvanece todo, resolviéndose alguna parte en lluvia y viento, lo cual es tan ordinario y natural en aquel país, que no solo sucedía en las tardes que navegaba por él el Almirante, pues yo también ví lo mismo en aquellas islas el año 1503, viniendo al descubrimiento de Veragua. Aquí sopla el viento regularmente de noche, de la parte del Norte porque sale de la isla de Cuba, y después de salir el sol, se vuelve al Leste y va con el sol hasta que da vuelta al Occidente.



CAPÍTULO LVI.

Del gran trabajo y fatiga que tuvo el Almirante navegando entre infinitas islas.

Jueves, á 22 de Mayo, navegando el Almirante hácia Occidente entre innumerables islas, llegó á una algo mayor, á que puso por nombre *Santa Marta*, y tomando tierra para ir á un pueblo que había en ella, no quiso esperar ningún indio ni venir á hablar con los cristianos; en las casas no se encontró cosa alguna, sino pescado, que es el mantenimiento solo de aquellas gentes, y muchos perros como mastines, los cuales también se mantienen de pescado, por lo cual, sin hablar con nadie, ni ver cosa notable, se volvió al navío y pasó la vía del Nor-

deste, entre otras infinitas islas, en las cuales había grullas coloradas, como escarlata, papagayos y otras aves, perros semejantes á los referidos, y mucha yerba, de la que encontró cuando descubrió las Indias; esta navegación por entre tantos bancos é islas causaba gran trabajo al Almirante, porque algunas veces se veía precisado á volver á Oriente, otras al Norte, otras al Mediodía, según la disposición de las canales, porque, sin embargo de toda la diligencia y aviso que empleaba en hacer sondar el fondo y que se pusiesen hombres en la gavia para descubrir el mar, tocaba en tierra la nave muchas veces, porque por todas partes había innumerables bancos de arena, y navegando siempre de este modo volvió á tomar tierra en la isla de Cuba, para hacer agua de que tenían gran falta, y no hallando pueblo alguno por la espesura en que tomaron tierra, se adelantó un marinero con una ballesta para matar algún animal, ó ave, y halló treinta indios en un bosque, con las armas que usan, que son lanzas y maderos que traen en lugar de espada y llaman ellos *Macanas*, contó este marinero que entre ellos había visto uno, con una vestidura blanca que le llegaba hasta las rodillas, y dos que la traían hasta los piés, todos tres blancos como nosotros, pero que no habló con ellos porque, du-

doso al ver tanta gente, empezó á gritar llamando á los compañeros, y los indios echaron á huir y no volvieron más; y aunque al día siguiente, por saber la verdad, envió el Almirante á tierra alguna gente; no pudo caminar más de media legua, por la mucha maleza de yerbas y árboles y por ser toda aquella costa pantanosa, que por dos leguas no se veían sino collados y montañas, de modo que solo vieron pisadas de pescadores en la playa, y muchas grullas como las de España, aunque de más cuerpo.

Después, yendo con los navíos hácia Occidente, vieron casas en la marina, de las cuales salieron algunas Canoas con agua, y otras cosas, de que se mantienen aquellos paisanos, y lo llevaron á los cristianos, y habiéndoselo pagado muy bien, hizo el Almirante detener á uno de los indios, diciéndole, y á los otros, que en enseñándole el camino, é informándose de él, de algunas cosas de aquella tierra, le volvería á enviar libre á su casa, y el indio quedó muy contento y dijo al Almirante, de cierto, que Cuba era isla, y que el Rey ó cacique de la parte Occidental, no hablaba sino por señas, con sus vasallos, de los cuales era muy obedecido, en cuanto les mandaba, y que toda aquella costa era muy baja y llena de muchas islas, lo cual se halló verdad después; pues al día siguiente, á 11

de Junio, para ir con los navíos de un canal á otro más profundo, convino, al Almirante hacerlos remolcar con las Gumenas, por un banco de arena que no tenía una braza de hondo, y su anchura era como la de dos navíos; de este modo inclinándose á Cuba, vieron tortugas tan grandes como dos ó tres brazas, en tan gran número que cubrian el mar; después al salir el sol, vieron una nube de cuervos marinos, cuya multitud era tanta, que oscurecía la claridad del sol, y venían de alta mar, hácia la isla, donde calaron á tierra y fueron vistas muchas palomas y otras aves de diferentes géneros, y al día siguiente vinieron á los navíos tantas mariposas que cubrían el aire y duraron hasta la tarde, que una gran lluvia las deshizo.



CAPÍTULO LVII.

Cómo el Almirante dió vuelta á la Española.

Viendo el Almirante que la costa de Cuba se extendía mucho al Occidente y que su navegación era muy dificultosa, por la innumerable multitud de islas y bancos que había en todas partes, y que ya empezaban á faltar las vituallas, lo cual impedía proseguir su viaje, según el propósito que tenía, determinó volverse á la villa de la Española, que él había dejado empezada, el viernes á 13 de Junio, y para tomar agua y leña, llegó á la isla *Evangelista*, que tendrá 30 leguas de circuito y está distante setecientas de la Dominica. y bastecido de todo lo que necesitaba, enderezó su viaje, la vuelta de Mediodía, espe-

rando hallar mejor salida por aquel camino y navegando por el canal, que más limpio y menos impedido le pareció, á pocas leguas le halló cerrado, de que no tuvo la gente poco sentimiento y temor viéndose sitiada, casi de todas partes y sin bastimentos ni otro alivio; pero conociendo el Almirante (que era prudente y animoso) la fragilidad de ellos, con semblante alegre dijo, que daba muchas gracias á Dios que le precisaba á volver por donde había venido, pues si hubieran continuado el viaje hasta donde tenía intención de ir, pudiera ser que hubieran caido en parte donde sería muy dificultoso el remedio, y en tiempo que no tuvieran navíos ni vituallas para volverse, como ahora lo pudieran hacer fácilmente; de este modo volvió á la isla del Evangelista, con gran consuelo y satisfacción de todos, y el miércoles 25 de Junio partió de ella hácia el Noroeste, navegando hácia unas islas que estaban á cinco leguas de distancia, y pasando un poco adelante, entró en un mar que tenía el agua tan verde y blanca, que parecía banco de arena, y tendría dos brazas de fondo; caminó por él siete leguas y halló el mar blanco como una leche, lo cual causaba gran maravilla, y más siendo el agua, como era, muy espesa; este mar desvanecía la vista de los que lo miraban, y parecía también banco de arena

todo, sin más fondo para los navíos que tres brazas de agua; mas después de haber navegado por aquel mar cuatro leguas, llegó á otro tan negro como tinta, de cinco brazas de hondo, y navegó por él hasta que llegó á Cuba, desde donde siguiendo hacia Levante, con vientos muy escasos, y por entre canales y bancos de arena, y estando escribiendo la memoria de aquel viaje, dió en tierra su navío, tan fuertemente, que no pudiendo sacarle con las anclas y otros ingenios, fué Dios servido, que le echasen al mar por la proa, aunque con bastante daño por los golpes que había dado en la arena, pero al fin salió, y navegó según el viento y los bancos de arena, le permitian siempre por un mar muy blanco, con dos brazas de fondo, que ni crecía, ni menguaba, sino cuando se acercaba mucho alguno de aquellos bancos, donde se necesitaba de fondo, fuera de este impedimento, todos los días al ponerse el sol le molestaban varias lluvias, que se engendran en aquellas montañas de las lagunas que están junto al mar, que le causaban gran descomodidad y hastío, hasta que volvió á acercarse á la isla de Cuba, hácia Oriente, á donde había estado en su primer viaje. Allí percibió un olor como de flores muy suaves, según había experimentado antes.

A 7 de Julio bajó á tierra para oir misa, á la cual asistió con mucha atención un cacique viejo, señor de aquella tierra, que había venido á verle, y después de acabada, significó por señas y como mejor pudo, que era muy bien hecho dar gracias á Dios, pues el alma si era buena, iba al cielo, y el cuerpo quedaba en la tierra, y que las almas de los malos iban al infierno, y entre otras cosas dijo que había estado en la Española, y en Jamaica, donde conocía la gente más principal y que había andado mucho hácia el Occidente de Cuba, y que el cacique de aquella tierra, se vestía como sacerdote.





CAPÍTULO LVIII.

De la grande hambre y trabajos que padeció el Almirante con su gente y cómo volvió á Jamaica.

Partido de este sitio el Almirante, miércoles á 16 de Julio, con vientos y lluvias terribles, llegó cerca del cabo de la Cruz, en Cuba donde fué embestido de repente de una lluvia tan grande é importuna, y de tantos aguaceros, que le metieron el bordo debajo del agua, pero quiso Dios nuestro Señor que pudiesen amainar las velas prontamente y dar fondo, con todas las mejores áncoras, aunque el agua que entraba en el navío, por lo llano, era tanta, que la gente no podía sacarla con las bombas, especialmente hallán-

dose todos muy aflijidos y desmadejados con la falta de bastimentos, porque no comían otra cosa que una libra de bizcocho podrido, cada uno al dia, y un vaso de vino, con lo cual se mantenían, sino es que al acaso pescasen algun pez, que no podían guardar de un día para otro, por ser muy delicados y ligeros los bastimentos en aquellas partes, y el tiempo más caliente que en nuestros paises, y porque esta penuria de comida era común á todos, dice el Almirante, en su itinerario: «Y yo tambien estoy sujeto á la misma porción, »quiera Nuestro Señor que sea esto para su santo »servicio y el de vuestras altezas, pues por lo que »á mí me toca, no me expondría á tantos trabajos, »porque no pasa dia alguno, en que no vea que »llegamos todos al fin de nuestra vida,» con esta necesidad y peligro llegó al cabo de la Cruz á 18 de Julio, donde fué recibido de los indios amigablemente; trajeron mucho Cazabi, que es el nombre que dan á su pan, hecho de raíces raspadas, mucho pescado, y grande cantidad de los frutos que ellos comen, pero no pudiendo lograr próspero viento para ir á la Española, el día 22 de Julio, artravesó desde aquí á Jamaica, navegando por la costa abajo la vuelta del Occidente, cercano á tierra de bellísima vista, y de grande fertilidad, vió de legua en legua puertos excelentes, y toda la costa llena de pueblos, cu-

yos indios seguían á los navíos, en sus Canoas, llevando las vituallas que usaban, que eran más estimadas de los cristianos, que las que habían gustado en las demás islas; el cielo y la disposición de aíre, y el tiempo, eran en estos lugares el mismo que en los demás, porque en esta parte occidental de Jamaica, todas las tardes había lluvia, que duraba una hora, poco más ó menos, lo cual atribuía el Almirante á las grandes selvas y árboles de este país, y se veía por experiencia, que al principio sucedió lo mismo en las islas de Canaria, la Madera, y los Azores donde ahora, que han allanado mucha selvas y cortado muchos árboles que las hacían sombra, no hay tantos aguaceros cemo había antes.

De este modo iba navegando el Almirante, aunque siempre con viento contrario, que le precisaba á repararse todas las tardes en tierra, tan verde y amena, tan fructífera y llena de vituallas, y juntamente tan poblada, que se persuadió á que no había otra más aventajada, especialmente cerca de un canal, que llamó de las *Vacas,* porque hay ocho islas cerca de tierra, la cual dice estar tan alta, como otra cualquiera, de las que había visto, y creía que, delante del aire donde se engendran las impresiones, y no menos es muy poblada toda y de grande fertilidad y belleza juzgadaba que esta isla tendría

ochenta leguas de circuito, aunque descubierta no la tuvo por más que de veinte leguas de largo, y una de ancho; enamorado de su belleza, entró en deseo de quedarse en ella, para entender sus calidades particularmente, pero no lo pudo lograr por la penuria de vituallas que hemos dicho, y la mucha agua que hacían los navíos y así al punto que hubo un poco de buen tiempo caminó al Leste también, que el martes á 19 de Agosto, perdió de vista la isla, siguiendo el camino derecho á la Española, y llamó al cabo mas oriental de Jamaica, á la costa del mediodía, *cabo de Fano*.





CAPITULO LIX.

Cómo el Almirante descubrió la parte Meridional de la Española, hasta que volvió por Oriente á la villa de la Navidad.

Miércoles, á 20 de Agosto, vió el Almirante la punta occidental de la Española, á que puso por nombre *cabo de San Miguel*, que distaba 30 leguas del Cabo Oriental de Jamaica, que hoy por ignorancia llaman los marineros *cabo de Tiburon*; en este cabo llegó á los navíos el dia 23 de Agosto un Cacique que llamaba al Almirante por su nombre, y decía otras cosas; de que coligieron ser aquella tierra la misma qne la de la Española; y á fin de Agosto surgió en una

isla que llamó *Altovelo*, en la cual hizo desembarcar la gente, porque era muy alta, y desde ella se veia gran distancia, por si podía descubrir los dos navíos de su conserva, que había perdido de vista, pero no vieron ninguno, y al volverse á embarcar mataron ocho lobos marinos que estaban durmiendo en la arena, y cogieron muchas aves y palomas, porque estando despoblada aquella isla y los animales no acostumbrados á ver gente, se dejaban matar á palos.

Lo mismo hicieron los dos dias siguientes, por esperar los dos navíos que desde el viernes pasado andaban muy trabajosos, hasta que llegaron después, y todos tres juntos fueron á la isla de la Beata, que dista de la de Altovelo, al Leste, doce leguas, y desde aquí pasaron costeando la Española, á vista de una región bellísima, que formaba una amena llanura, distante un cuarto de legua del mar, tan poblada que parecía un pueblo de más de una legua de largo, en cuya llanura había una laguna de cinco leguas de Oriente á Occidente, y teniendo conocimiento los indios de los cristianos, llegaron con sus Canoas á las carabelas, diciendo estaban allí algunos cristianos de la Isabela, buenos, de que se alegró mucho el Almirante, y aunque lo sabía, estando ya más adelante envió nueve hom-

bres que atravesaron la isla y anduvieron por las fortalezas de *Santo Tomás* y la *Magdalena*, hasta la Isabela, y así con sus tres navíos prosiguió su viaje por la costa al Oriente, y envió las barcas á hacer agua á una playa, donde se veía un gran pueblo, contra las cuales salieron los indios armados con arcos, y flechas envenenadas y con cordeles en las manos, haciendo señas de que habian de atar con ellos á los cristianos que prendiesen pero luego que llegaron las barcas á á tierra, dejaron las armas y se ofrecieron á llevar agua y pan y lo demás que tenían, preguntando por el Almirante en su lengua.

Partidos de este paraje, siguiendo su camino vieron un pescado muy grande en el mar, como ballena, que tenía en el pescuezo una concha muy grande, como de tortuga, y llevaba fuera del agua la cabeza, tan grande como un tonel, y tenía la cola como atún, muy larga, y dos alas bastantemente grandes en las costillas, y conociendo el Almirante por este pez, y otras señales, que queria mudar el tiempo, buscó algún puerto en que recogerse, y á 15 de Septiembre le deparó Dios una isla á la parte Oriental de la Española, y cercana á ella á la cual llamaban los indios *Adamanai*, y con gran tempestad dió fondo en medio del Canal, que está entre ella y la

Española, cerca de una isleta, sita entre ambas.

Hubo aquella noche eclipse de luna, y observó el Almirante que la diferencia que había entre aquel sitio, y Cádiz era de cinco horas, y veinte y tres minutos; por este motivo creo que duró tanto el mal tiempo, porque á 20 del mismo mes se vió precisado á mantenerse en el mismo paraje, pero no sin temor del riesgo de los demás navíos que no habían podido entrar en el puerto; pero fué Dios servido de traerlos á salvamento.

Después que estuvieron juntos navegaron á 24 de Septiembre, hasta la parte más oriental de la Española, y pasaron á una isleta, que está entre la Española y *San Juan,* á la que llamaban los indios *Amona*; desde esta isleta no prosiguió el Almirante su *Diario de la navegación,* ni dice cómo volvió á la Española, sino que yendo desde la Amona, á San Juan le dió una grave enfermedad entre calentura pestilencial y frenesí, que le privó de repente de la vista, y demás sentidos, y de la memoria; por lo cual toda la gente de los navíos, determinó dejar la empresa de descubrir todas las islas de los caribes, y volverse á la Isabela, á donde llegaron en cinco días á 29 de Septiembre, en ella quiso Dios restituir la salud al Almirante, aunque le duró la enferme-

dad más de cinco meses, y atribuyen la causa á los trabajos que había padecido en el viaje y á la gran debilidad que tenía, pues solían pasarse ocho días sin dormir en ellos tres horas, cosa que parece imposible, si él mismo no lo afirmase en sus escritos.





CAPÍTULO LX.

Cómo el Almirante sojuzgó la Española y dió providencia para que fuese útil.

Cuando volvió el Almirante á la Española del descubrimiento de Cuba y Jamáica, halló en ella á Bartolomé Colón, su hermano; él que habia ido á ajustar el descubrimiento de las Indias con el Rey de Inglaterra (como hemos dicho) el cual volviéndose á Castilla con los capítulos concedidos, supo en Paris, del Rey Cárlos de Francia, que su hermano el Almirante había descubierto las Indias, y le socorrió para su viaje con cien escudos, y con esta nueva apresuró su viaje para llegar á España, á ver al Almirante; pero cuando entró en Sevilla halló que había

vuelto á Indias con los 17 navíos, y así partió luego el año de 1494, á ver á los Reyes Católicos, llevándonos á D. Diego Colón, mi hermano y á mí, para servir de pajes al Serenísimo Príncipe D. Juan, que esté en gloria, como se lo había mandado la Reina Católica doña Isabel, que estaba entonces en Valladolid. Luego que llegamos, llamaron los Reyes á D. Bartolomé, y le enviaron á la Española con tres navíos, donde sirvió algunos años, como resulta de una memoria que hallé entre sus papeles, y dice así: «Serví »de capitán desde 14 de Abril de 1494, hasta 12 »de Marzo de 1496, que partió el Almirante á »Castilla y entonces empecé á servir de goberna»dor hasta 28 de Agosto de 1498 que volvió el »Almirante del descubrimiento de Paria, y volví »á servir de capitán, hasta 11 de Diciembre del »año de 1500.»

Pero volviendo al Almirante, decíamos, que hallándole en la Española le hizo prefecto y gobernador de las Indias, aunque hubo sobre esto contienda después, porque los Reyes Católicos decían que no habían concedido al Almirante poder para dar tal oficio, y por quitar estas diferencias, se le concedieron Sus Altezas de nuevo, con la ayuda y consejo del hermano; descansó el Almirante. y vivió con mucha quietud, aunque por otra parte era bastantemente moles-

tado de su enfermedad, y por haber hallado casi todos los indios alborotados, por culpa de Pedro Margarit, (de quien ya hemos hecho mención.) Pues estando obligado á estimar y tener respeto al que al tiempo de su ausencia le había dejado por capitán con 360 hombres de á pié y 14 de á caballo, para que recorriese la isla reduciéndola al servicio de los Reyes Católicos y á la obediencia de los cristianos, y especialmente la provincia de Cibao, de que se esperaba la principal utilidad, hizo todo lo contrario porque luego que partió el Almirante se fué con toda aquella gente á la Vega Real, que está diez leguas distante de la Isabela, sin querer andar por la isla ni socorrerla; con esta ocasión nacieron discordias y parcialidades en la Isabela, intentando y solicitando que los del Consejo, fundado por el Almirante, le obedeciesen enviándoles cartas muy desvergonzadas, hasta que viendo que no podía salir con el empeño de ser superior á todos, por no esperar al Almirante, á quien había de dar cuenta de su cargo, se embarcó en los primeros navíos que llegaron de Castilla, y se volvió en ellos sin dar otra cuenta de sí, ni dejar orden alguna á la gente, que se le habia encomendado, de lo cual resultó que cada uno se fué con los indios que quiso, y los quitaban la hacienda, y las mujeres, dándolos tantas

pesadumbres, que los indios determinaron vengarse, en los que hallaban solos ó en cuadrillas, de modo que el cacique de la Magdalena, llamado Guatigana, mató diez y mandó poner fuego secretamente á una casa, donde había 40 enfermos; pero después de haber vuelto el Almirante fué castigado severamente, pues aunque el cacique no pudo venir á las manos, se prendieron algunos indios y fueron traidos á Castilla en los cuatro navíos que condujo Antonio de Torres á 24 de Febrero del año de 1495, y también fueron castigados otros seis ó siete que habían hecho daño á los cristianos en otras partes de la isla, y si el Almirante no hubiera llegado á tiempo de poner algún freno á los indios y á los castellanos, hubieran muerto muchos más.

En efecto halló la isla en tan mal estado, que la mayor parte de los cristianos cometían mil excesos, por lo cual los aborrecíanlos indios mortalmente, y reusaban venir á la obediencia y los Reyes ó caciques estaban todos en determinacion de no obedecer á los cristianos y era difícil reducirlos á que consintiesen en esto, por ser como se ha dicho, cuatro los principales, (debajo de cuya voluntad y dominio vivían los demás) nombrados *Caonabo*, *Guacanagari*, *Beechio* y *Guarionex*, que cada uno tenía setenta ú ochen-

ta señores súbditos, que aunque no tributaban nada, tenían obligación de ir á la guerra, cuando los llamaban, para ayudarlos, y sembrar los campos; pero como uno de ellos llamado Guacanagari, señor de aquella parte de la isla, en que se había fundado la villa de la Navidad, perseverase en la amistad de los cristianos, luego que supo la arribada del Almirante, fué á visitarle diciéndole que no había intervenido en el consejo ni ayuda de los otros, de lo cual era buen testigo el acogimiento que en su tierra habían recibido los cristianos, habiendo estado en ella siempre cien hombres muy bien servidos y proveídos de todo aquello en que podía darlos gusto, y que por èsto los otros Reyes, se habían hecho enemigos suyos y especialmente Beechio le había muerto una mujer suya, y Caonabo le había robado otra, por lo cual suplicaba que se la hiciese volver y le ayudase para vengar las injurias que le habían hecho.

Resolvió el Almirante hacerlo asi, siendo cierto lo que decía, y si le saltaban las lágrimas cuando se acordaba de los que habían sido muertos en la Navidad, como si fueran sus hijos y con tanta mayor voluntad tomó este empeño, considerando que por la discordia entre los caciques podía sojuzgarse aquella tierra y castigar la rebelión de los demás indios, y las muertes

de los cristianos; por esto, á 24 de Marzo del año de 1495, partió de la Isabela á punto de guerra y en su ayuda iba Guacanagari, muy deseoso de vencer á sus enemigos, aunque la parecía ser la empresa muy dificultosa teniendo juntos los enemigos cien mil indios, y no llevando el Almirante más que doscientos hombres de á pié, veinte caballos y veinte perros corsos. Conociendo la naturaleza y calidad de los indios, el Almirante, á dos jornadas de la Isabela, partió el ejército con su hermano el Prefecto, para embestir por diversas partes á aquella multitud esparcida por los campos, creyendo que el temor de oir el estruendo por diferentes partes los metería miedo para que huyesen, como sucedió con efecto, porque habiendo los dos escuadrones de infantes embestido por dos partes, abrieron la multitud de indios, descargando ballestas y arcabuzes, y para que no volviesen á juntarse, los asaltaron los caballos y los perros de improviso, y aquellos pusilánimes, echaron á huir por todas partes y los nuestros siguiéndolos y matando muchos. No hicieron gran estrago con la fuga; pero en breve con el favor de Dios, alcanzaron victoria quedando muchos muertos y otros prisioneros, entre los cuales estaba Caonabo, principal Cacique de todos ellos, y sus hijos y mujeres.

Después de esto confesó Caonabo, que ha-

bía muerto veinte de los cristianos que quedaron con Arana en la villa de la Navidad, en el primer viaje cuando se descubrieron las Indias, y que después, con color de amistad, se había apresurado á ver la villa de la Isabela, para considerar cómo podría combatirla y hacer lo mismo que había hecho en la Navidad; de todo lo que dijo, qué ya lo habían contado otros antes, recibió el Almirante información plena para castigar aquel delito, y el de esta segunda rebelión y llamamientos de gentes, que habian salido contra él, en que le hizo prisionero con su hermano y los envió á todos á España, presos; porque no quiso ajusticiar un tan gran personaje, sin que lo supiesen los Reyes Católicos, pues le bastaba haber castigado muchos de los culpados.

Con estas prisiones y la victoria alcanzada sucedieron las cosas de los cristianos tan prósperamente, que no habiendo entonces más que 630 hombres, y la mayor parte enfermos, y muchas de sus mujeres é hijos, anduvo el Almirante por la isla, y sin sacar más la espada, la puso tan obediente y quieta, que todos prometieron pagar a los Reyes Católicos cada tres meses tributo en esta forma: Que todos los indios que vivían en Cibao, donde estaban las minas de oro, pagase cada uno, que tuviese catorce años, un cascabel lleno de oro, en polvo, y la de-

más gente á 25 libras de algodón, y para saber los que debían pagar este tributo, se ordenó que se hiciese cierta medalla de cobre ó latón, la cual se diese por recibo, á cada uno que pagase el tributo, y este la trajese al cuello para que cualquiera que fuese hallado sin ella, se supiera que no había pagado, y que se le sacase alguna pena; no tiene duda que esta orden tuviera efecto si no hubieran sucedido después las turbaciones entre los cristianos que se dirán adelante; porque después de la prisión de Caonabo, quedó tan pacífica la región que un cristiano sólo andaba seguro por toda la isla, y los mismos indios le llevaban donde querían sobre los hombros como si fueran postas, todo lo cual atribuía el Almirante á Dios y á la buena fortuna de los Reyes Católicos, considerando que de otro modo sería imposible que doscientos hombres medio enfermos, y mal armados, bastasen á vencer tanta multitud, la cual no solo quiso la divina majestad poner debajo de su mano sino es que permitió tuviesen tan gran falta de vituallas, tan varias y graves enfermedades, que los redujo á una tercia parte de los que eran primero, para que se viese mejor que procedían de su alta mano y voluntad tan milagrosas victorias, y las sujeciones de los pueblos, y no de nuestras fuerzas, ni ingenio, ó de su cobar-

día, puesto que aun cuando los nuestros hubiesen sido superiores, era cierto que la multitud pudiera suplir cualquier ventaja que los llevasen los nuestros.





CAPITULO LXI.

De algunas cosas que se vieron en la isla, y de las costumbres, ceremonias y religión de los indios.

Habiendo encontrado á la gente de aquella isla mas doméstica, y conversando con los nuestros con mucha seguridad, se adquirió conocimientos de muchas cosas y secretos de aquella región, especialmente que había en ella minas de cobre, añil, ambar, ébano, incienso, cedro y muchas gomas finas y especería de diversas maneras, aunque silvestre, que si las cultivasen, podrian perfeccionarse, como la canela fina de color, aunque amarga el gengibre; muchas especies de moreras para hacer seda, que todo el

año tienen hoja y otros muchos árboles y yerbas de provecho, de que no tenemos conocimiento; supieron también los nuestros otras muchas cosas acerca de sus costumbres, que me parecen dignas de ser contadas en esta historia; y empezando por las divinas, diré las palabras mismas del Almirante, las cuales dejó escritas en esta forma: «No he podido comprender en ellos Idolatría, ni otra secta, aunque todos sus Reyes, que son muchos, así en la Española como en todas las demás islas, y en la tierra firme, tengan una casa, cada uno separada del pueblo, en la cual no hay cosa alguna, excepto algunas figuras de relieve, que ellos llaman *Cemis*, y aquella casa no sirve para otros efectos ó servicios que para estos Cemis, y para cierta ceremonia y oración que van á hacer los indios en ella, como nosotros en la iglesia. Tienen en esta casa una tabla bien labrada, redonda como un taller, en que hay algunos polvos que ponen sobre la cabeza de los dichos Cemis, haciendo cierta ceremonia; después se meten en las narices una caña de dos ramos, con la cual sorben aquel polvo. Las palabras que dicen no las entiende ninguno de los nuestros, con estos polvos pierden el juicio. quedando como borrachos: á la Estátua referida, la ponen un nombre, que creo sea el de su padre, ó su abuelo, ó de ambos porque no

tienen mas de una, y otros mas de diez, todas en memoria, como he dicho, de alguno de sus antecesores; he reconocido que alaban á una mas que a otra, y he visto tenerla más devoción y reverencia, como nosotros en las procesiones cuando son menester, y se alaban los Caciques y los pueblos jactándose de que tienen mejor Cemi, que lor otros; guardánse de los cristianos cuando van á estos Cemis y entran en la casa donde están, y no los dejan entrar en ella, por cuyo motivo, cuando sospechan que han de venir, esconden los Cemis, por miedo de que se los quiten; y lo que causa más risa, es que hay costumbre, entre ellos, de robarse los Cemis unos á otros. En una ocasión sucedió que, teniendo los indios sospecha de nosotros, entraron los criastianos en la dicha casa con ellos, y de repente, empezó á gritar el Cemis fuertemente y habló en su lengua, por lo cual se descubrió que era fabricada artificialmente, pues la estátua era hueca, y tenia acomodada por la parte de abajo una trompeta ó cerbatana, que iba á dar á un lado obscuro de la casa, el cual estaba cubierto de hojas y ramos, y escondido entre ellos un indio que decía lo que el Cacique quería que dijese, y advertidos los nuestros de lo que podia ser, dieron una patada al Cemi y descubrieron lo que he referido,

pero el cacique viendo descubierto por los nuestros el negocio, les rogó con grande instancia que no dijesen nada á sus indios, porque con aquella estratagema los tenia obedientes. Esto podiamos decir que tenía un color de idolatría, por lo menos en aquellos que no sabiendo el secreto ó engaño de los Caciques, creían que el que hablaba allí era el Cemi, y todos en general eran los engañados, excepto el Cacique, que era el que sabía y encubría su falsa credulidad por medio de cuya traza sacaba á aquellos pueblos todos los tributos que le parecía.

Igualmente la mayor parte de los Caciques tienen tres piedras, con las cuales tienen gran devoción ellos y sus vasallos; una dicen que es buena para que nazcan los frutos y legumbres. Otra para que paran las mujeres sin dolor. Otra para tener agua y sol cuando lo necesitaren; envié á Vuestras Altezas tres de estas piedras con Antonio de Torres, y llevaré otras tres. Asímismo cuando mueren indios, les hacen sus exequias de diversas maneras, y de la que se entierran los Caciques es el siguiente: Abren al Cacique y le secan al fuego, para que se conserve entero, de los demás, solamente la cabeza; á otros los entierran en cuevas, y los ponen junto á la cabeza una calabaza de agua y pan, y á otros que-

man en la casa donde mueren, y cuando ven que están en el estremo de la vida, no los dejan acabarla, que antes los ahogan, y esto se hace entre los Caciques; á otros los echan fuera de casa, á otros los echan en una hamaca, que es su cama de redes y los ponen agua y pan á la parte de la cabeza y los dejan solos, no volviendo á verlos más; también algunos que están gravemente enfermos son llevados al Cacique y él les dice si deben de ser ahogados ó no, y ejecutan lo que manda. Me he fatigado mucho en entender lo que creen, y donde van después de muertos, y especialmente procuré saberlo de Caonabo, que era el principal Rey de la Española, hombre de edad, de mucho saber, y de ingenio agudísimo, y respondía que van á cierto valle, donde cada cacique principal cree que está en su tierra, afirmando que hallaban allí á sus padres, y á todos sus antecesores, que comen, tienen mujeres, y muchos placeres y alegrías y lo mismo respondían otros, como más dilatadamente se contiene en la escritura siguiente que mandé hacer á Fr. Román para que recogiese todos sus ritos y antigüedad, porque sabía su lengua, bien que son tantas las fábulas, que no pudo sacarse otro fruto, sino que cada uno tiene un cierto natural, respecto á lo futuro y cree la inmortalidad de nuestras almas:»

ESCRITURA

DE FRAY ROMÁN (PANE) DEL ORDEN DE SAN GERÓNIMO.

De la antigüedad de los indios, la cual, como sujeto que sabe su lengua, recogió con diligencia, de orden del Almirante.

Yo, Fr. Román, pobre Heremita del Orden de San Gerónimo, escribo lo que he podido entender y saber de la creencia é idolatría de los indios, y cómo observaban sus Dioses, de orden del ilustre señor el Almirante, virey y gobernador de las islas, y tierra firme de las Indias, de lo cual tratarè en la presente escritura.

Cada uno de los Indios observa particular modo y superstición, en adorar los ídolos que tienen en casa, que llaman Cemis. Creen que haya, como en el cielo, ente inmortal, y que nadie puede verle y que tiene madre y no principio; a éste llaman *Jocabunagus maorocon* y á su madre *Atubei*, *Jemao*, *Guacar*, *Apito* é *Zuimaco*,

que son cinco nombres. Estos de que yo escribo, son de la isla Española, porque de las otras islas no sé cosa alguna, por no haberlas visto jamás. Saben asimismo de qué parte vinieron y de dónde tuvo origen el sol y la luna, y cómo se hizo el mar, y dónde van los difuntos. Creen que los muertos se les aparecen cuando va uno solò, pero no cuando muchos juntos; todo esto les han hecho creer sus pasados, porque ellos no saben leer ni contar, sino hasta diez.

I.

De qué parte vinieron los indios, y de qué modo.

La Española tiene una provincia llamada Caunan, en la cual hay una montaña que se llama Canta, donde hay dos cuevas llamada la una Cacibagiagua y Amaiauba la otra. De Cacibagiagua salió la mayor parte de la gente que pobló la isla. Cuando estaban en la cueva tenían guarda de noche, la cual estaba encomendada á uno que se llamaba *Marocael*; éste había dejado de venir un día á la puerta, y dicen que el sol se le

llevó; viendo que el sol se le había llevado á este, por su mala guardia, le cerraron la puerta y se transformó en piedra cerca de ella. Dicen más, que á otros habiendo ido á pescar los cogió el sol y se volvieron árboles, que ellos llaman *Jobos* y nosotros *Mirabalanos*.

El motivo porque Marocael velaba, y hacía la guardia á la puerta, era para mirar á qué parte quería enviar la gente ó repartirla, y por su tardanza se les causó mucho mal.

II.

Cómo se dividieron los hombres de las mujeres.

Sucedió que uno que tenía por nombre Guagugiona, dijo á otro que se llamaba Jadruvaba, que fuese á coger una yerba llamada *Dígo*, conque se limpian el cuerpo cuando van á lavarse; á este le cogió el sol en el camino y se volvió pájaro, que canta por la mañana como el ruiseñor y se llama *Giahuba Bagíael*. Viendo Guagugiona que no volvía el que había ido á coger la yerba Digo, determinó salir de la cueva Cacibagiagua.

III.

Resolvió partiese Guagugiona irritado, viendo que no volvían los que había enviado á coger el Digo para lavarse, y dijo á las mujeres: Dejad vuestros maridos y vámonos á otras tierras, y llevémonos muchas joyas; dejad á vuestros hijos y llevémonos solamente las yerbas con nosotros, y después volveremos por ellos.

IV.

Partió Guagugiona, con todas las mujeres y anduvo buscando otros países; llegó á Matinino donde dejó á las mujeres de repente, y se fué á otra región llamada *Guanin*. Las mujeres habían dejado los niños cerca de un arroyo, y cuando empezó á afligirlos el hambre, dicen que lloraban y llamaban á las madres, que se habían ido, que los padres no podían remediarlos, y hambrientos clamaban á las madres, diciendo *Mama*; pero verdaderamente pidiendo la teta, y así

llorando y pidiendo la teta decían *Too*, *Too*. como quien pide con gran deseo y por mucha necesidad. Entonces fueron trasformados en animalillos como enanos, que se llaman *Tona*, porque pedían teta, y que de este modo quedaron sin mujeres todos los hombres.

V.

Que llevaron después otra vez mujeres de la Española.

La isla llamada Española que antes se llamaba *Ahiti* y así se llamaban los habitadores de ella, y aquella y las demás islas los llamaban *Bouhi*, pero como los indiosno tienen escritura, ni letras, no pueden dar buena razón del modo que han sabido esto de sus pasados, y así no conforman en lo que cuentan, ni áun se puede escribir con orden lo que refieren. Cuando se iba Guagugiona, llevó el que llevaba las mujeres; las de su Cacique también que se llamaba *Anacacugia*, engañándole como engañó á los demás Y además un cuñado de Guagugiona *Anacacugia* que iba con él, entró en el mar, y dijo el dicho Guagugiona á su cuñado, estando en la Canoa: «Mira qué hermoso Cobo estáen el agua» (el Co-

bo es caracol marino) y mirando el agua por ver el Cobo, le agarró por los piés Guagugiona, su cuñado, y le arrojó al mar; y así tomó para sí todas las mujeres, y dejó las de Matinino donde se dice que hoy no hay más que mujeres, y él se fué á otra isla que se llama *Guanin*, y se llamó así por lo que llevó de ella, cuando fué allá.

VI.

Que Guagugiona volvió á Canta, de donde había sacado las mujeres.

Dicen que estando Guagugiona en la tierra donde había ido, vió una mujer que había dejado en el mar, de que tuvo gran placer, y al instante buscó muchos lavatorios para lavarse, por estar plagado del mal que llamamos francés; metióse después en una *Guanara*, que significa sitio apartado, donde sanó de sus llagas. Después ella le pidió licencia para irse, y él se la dió. Esta mujer se llamaba *Guabonito*, y Guagugiona se mudó el nombre llamándose después *Biberoci Guagugiona*, al cual dió Guabonito, mu-

chos guaninis, y sartas de piedrecillas, para que se las atase en los brazos, porque en aquella tierra son las gargantillas de piedra que se parece mucho al marmol y las traen atadas á los brazos y en la garganta, y los guaninis en las orejas, haciéndose los agujeros en ellas cuando niños, y son de metal de florín. Dicen que el principio de estos guaninis fueron Guabonito, Albeborael, Guagugiona y el padre de Albeborael. Quedóse en la tierra Guagugiona con el padre que se llamaba Hiauna. Su hijo de parte de padre, se llamaba *Hia Guaili Guanin*, que quiere decir hijo de Hiauna, y desde entonces se llamó y hasta hoy se llama Guanini. Mas como no tienen letras ni escrituras, no saben contar bien estas fábulas ni yo puedo escribirlas bien, por lo cual me persuado á que trabuco las cosas, y pongo primero lo que había de ser lo último y al fin lo primero, pero todo lo que confusamente escribo lo cüentan ellos así, y así lo extiendo de la misma forma que lo he sabido de los indios del país.

VII.

Cómo fueron mujeres otra vez á la isla de Ahiti, ó Española.

Dicen que un día fueron á lavarse los hombres y que estando en el agua llovia mucho y

tenían gran deseo de tener mujeres y muchas veces cuando llovia iban á buscar las huellas de las suyas, sin poder hallar nueva alguna de ellas, sino aquel día que lavándose, dicen que vieron caer de algunos árboles, por entre las ramas, cierta especie de personas, que no eran hombres ni mujeres, ni tenían naturas de unas ni otras, que fueron á cogerlas y huyeron, como aguilas, por lo cual llamaron de orden del Cacique dos ó tres hombres, viendo que no podían cogerlas, para que las aguardasen y buscasen para cada una, un indio Caracaracol, que tenía mny ásperas las manos, y que así las tendrían estrechamente, sin que se les escurriesen; dijeron al Cacique que había cuatro de estos Caracaracoles y los llevaron. Es el Caracaracol una enfermedad como tiña, que causa gran aspereza en cuerpo. En efecto, las cogieron, y habiendo tenido consejo sobre el modo de hacer estas personas, mujeres, por faltarles naturaleza de ellas y de hombre.

VIII

Cómo hallaron medio para que fuesen mujeres

Buscaron un pájaro que se llama *Inriri* llamado antigüamente *Inriri Cahuvial*, el cual agujerea los árboles y en nuestra lengua se llama

pico. Cogieron aquellas personas y las ataron de piés y manos, y el pájaro al cuerpo, en sitio tan proporcionado, que pensando que eran árboles, las personas, picando, formó la naturaleza de la mujer, que la faltaba. De este modo dicen los indios que tuvieron mujeres, según cuentan los más ancianos, pues yo escribo en resumen, por no haber tenido papel bastante, y así no podré poner en lugar donde debe estar, lo que apunté en lugar diverso; pero con todo esto, no he errado, porque creen los indios todo lo que va expresado, como va escrito. Volvamos ahora á aquello que debíamos haber puesto primero, esto es, á la opinión que los indios tienen en cuanto al orígen y principio del mar.

IX.

Cómo dicen fuese hecho el mar.

Hubo un hombre llamado *Jaya* de quien no saben el nombre propio, y su hijo se llamaba *Jayael*, que quiere decir hijo de Jaya. Queriendo Jayael matar á su padre, éste le mandó desterrado, y lo estuvo cuatro meses, al cabo de los cuales, le mató su padre, y metió sus huesos

en una calabaza, la cual colgó en el techo de su casa, y allí estuvo algún tiempo; sucedió que un día dijo Jaya á su mujer, con deseo de ver á su hijo: *Quiero ver á nuestro hijo Jayael*; en lo cual convino, y habiendo alcanzado la calabaza la abrió para ver los huesos de su hijo, y salieron de ella muchos peces grandes y chicos. Viendo los padres que los huesos se habían convertido en peces, determinaron comérselos. Dicen que un día, habiendo ido Jaya á sus Conichis, que quiere decir posesiones, que eran su patrimonio fueron cuatro hijos de una mujer que se llamaba *Itiva Tahuvava*, todos de un vientre y jemelos, pues habiendo muerto de parto, la abrieron y sacaron del vientre los cuatro hijos y el prime, ro fué Caracaracol, que quiere decir roñoso; el cual Caracaracol se llamaba *Dimiban*, los otros no tenían nombre.

X.

Estos cuatro hijos de Itiva Tahuvava, fueron juntos por la calabaza de Jaya, en la cual estaba su hijo Jayael, que se había trasformado en pez, pero ninguno se atrevió á llegar á ella sino Dimiban Caracaracol, que la alcanzó y todos se

hartaron de peces; pero cuando estaban comienda, sintieron que venía Jaya de sus heredades y queriendo en este aprieto, volver á colgar la calabaza, lo hicieron tan mal, que cayó en tierra, y se rompió; y dicen que fué tanta el agua que salió de aquella calabaza, que llenó toda la tierra y con ella salieron muchos peces y de aquí dicen, que tuvo origen el mar. Salieron estos de allí, y se encontraron con un hombre que se llamaba *Conel*, el cual era mudo.

XI.

De lo que pasó á los cuatro hermanos cuando huyeron de Jaya.

Estos, luego que llegaron á la puerta de Basamanaco, y sintieron que llevaba Cazabi, dijeron Ahiacavo Guarrocoel, que quiere decir conozcamos este abuelo nuestro; así mismo Dimivan Caracaracol viendo á sus hermanos delante de sí, entró dentro para ver si podía tomar algún Cazabi, el cual Cazabi es el pan que se come en aquella tierra. Habiendo entrado Caracaracol en la casa de Ayamavaco, le pidió

Cazabi, que es el pan referido, y él se echó la mano á la naríz, y le tiró una calabaza en las espaldas que estaba llena de Cogioba, que había hecho aquel día. Es la Cogioba cierto polvo que toman algunas veces para purgarse, y otros efectos, como se dirá adelante; tómanla con una caña larga como medio brazo, y meten un extremo en la naríz y otro en el polvo, y así la sorben por la naríz, lo cual los hace purgar grandemente, y le dió aquella calabaza por pan, y se fué muy irritado porque se lo pedian.

Volvióse Caracaracol á sus hermanos, y contó lo que le había sucedido con Baiamanicoel, y el golpe que le dió con la calabaza en las espaldas, y que le dolía mucho. Entonces los hermanos le miraron las espaldas y las vieron muy hinchadas, y creció tanto el hinchazón que estuvo para morir, por lo cual buscaron modo de abrirla y no pudieron, y tomando un hacha de pedernal, la abrieron y salió fuera una tortuga viva, y así fabricaron su casa y llevaron á ella la tortuga; de esto no he sabido más, y para entenderlo, ayuda poco lo que hemos escrito.

Mas dicen, que el sol y la luna salieron de una cueva que está en la tierra de un Cacique llamado *Maucia Tibuel*: á la cueva llaman *Jovovava*, y la tienen en mucha estimación y toda pin-

tada á su modo, de follajes, y cosas semejantes, sin figuras.

Había en esta cueva dos Cemis de piedra, del tamaño de medio brazo, y parecía que sudaban, á los cuales tenían en gran veneración, y cuando no llovía, dicen que iban á visitarlos y al punto llovía, el uno de ellos se llamaba *Boiniael*, y el otro *Maroyo*.

XII.

Cómo dicen que andan vagando los muertos y cómo son, y de lo que hacen

Creen que hay un lugar á donde van los muertos. que se llama *Coaibai*, y está en la misma isla, á la parte que llaman *Soraya*. El primero que estuvo en Coaibai dicen que fué uno que se llamaba *Machetaurie-Guanana*, que era señor de dicho Coaibai, casa y habitación de los difuntos.

XIII.

De la forma con que se tratan los muertos.

Dicen que por el día están encerrados, y por la noche salen á divertirse, y que comen un cierto fruto llamado *Guabaza*, el cual tiene el sabor de la manzana, y que por el dia están en piedra, y á la noche se convierten en fruta y hacen fiestas, y van en compañia de los vivos. Y para conocerlos observan este orden, que con las manos les tocan las tripas, y sino les hallan ombligo, dicen que está operito, que quiere decir muerto, porque dicen que los muertos no tienen ombligo, y asi algunas veces se hallan engañados, pues no mirando á esto cogen algunas mujeres de la compañía y cuando piensan tenerlas abrazadas, no hallan nada porque desaparecen de repente, y hasta hoy creen lo referido; llaman á la persona que está viva, *Goeiz*, y después de muerta la llaman *Opia*. Este Goeiz dicen que se les aparece muchas veces, así en forma de hombre. como de mujer, y afirman que si da con hombre que quiere reñir con él, que en empezando á luchar desaparece, y que el hombre echa los brazos en

otra parte, sobre algunos árboles, de los cuales quedaba colgado, lo cual creen todos, grandes y pequeños, y que se les aparece en forma de su padre, madre, hermano, pariente, y en otras formas; el fruto que dicen que comen los muertos es del tamaño del melocotón, y estos muertos no se aparecen de día, sino de noche, por lo cual, si se arriesga alguno á andar solo de noche, lleva gran miedo.

XIV.

De dónde procede lo referido, y por qué lo creen

Hay algunos hombres que viven y practican entre ellos, llamados *Bohutis*, los cuales hacen muchos engaños, como se dirá luego. Hácenlos creer que hablan con los muertos, y que saben cuanto sucede, y todos sus secretos, y que cuando están enfermos los curan y arrancan el mal, y así los engañan, porque yo he visto parte de estas cosas con mis propios ojos, como de las otras cosas que contaré. Diré solamente lo que he sabido de muchos, especialmente de los principales, á los cuales he tratado más que á otros, puesto que como los moros, tienen la ley redu-

cida á canciones antiguas, y cuando quieren cantarlas, tocan cierto instrumento que llaman *Baiohabao*, el cual es de palo, y cóncavo, fuerte, y muy sutil, de medio brazo de largo y otro medio de ancho, y la parte donde se toca está en forma de tenazas de herrador, y la otra parte es como una porra, de manera que parece una calabaza de cuello largo.

Este instrumento que tocan, tiene tanto sonido que se oye una legua, y cantan á él las canciones que saben de memoria, y le tocan los hombres principales, aprendiendo de los muchachos á tocarle, y cantar á él, dentro según su costumbre. Pasemos ahora á tratar muchas cosas acerca de las ceremonias y costumbres de los gentiles.

XV.

De las observaciones de estos indios Buhutibus, y cómo hacen profesión de medicina, y enseñan á la gente y la engañan en las curas.

Todos ó la mayor parte de los indios de la Española, tienen muchos Cemines, de diversas maneras. Unos tienen los huesos de su padre,

de su madre, parientes y pasados, los cuales son de piedra ó madera y tienen muchos de dos formas, algunos que hablan y otros que hacen nacer, lo que comen, otros que hacen llover, otros que haga aire, lo cual creen aquellos simples ignorantes que hagan aquellos ídolos, ó más propiamente demonios, porque no tienen conocimiento de nuestra santa fé. Cuando alguno está enfermo le llevan al *Buhitibu*, que es el médico referido, el cual tiene obligación á guardar la dieta que el enfermo, y á traer la cara como si lo estuviera, lo cual se hace en el modo que ahora sabréis: Es menester que él también se purgue como el enfermo, y para purgarse toman el polvo Cogioba, sorbiéndole por las narices, que los emborracha, de modo que no saben lo que se hacen, y dicen muchas cosas fuera de razón, afirmando que hablan con los Cemis, y que por ello les ha venido una enfermedad.

XVI.

De lo que hacen los Buhitibu.

Cuando van á visitar algún enfermo, antes de salir de su casa se ponen negra toda la cara con hollín ó carbón, para hacer creer al enfermo

lo que le pareciere, en cuanto á su enfermedad, toman después algunos huesecillos y un poco de carne, y envolviendo todo esto en alguna cosa para que no se caiga, se lo meten en la boca, cuando ya el enfermo está purgado con el polvo que hemos dicho.

Entrando el médico en la casa del enfermo, se sienta y callan todos, y si hay muchachos los echan fuera porque no metan ruido ni impidan hacer su oficio al Buhitibu, sin quedar en la casa más de uno ó dos principales: estando así solos, toman alguna yerba de la joya ancha, y otra yerba envuelta en una hoja de cebolla de media cuarta de ancho, la una de dichas joyas es la que comunmente traen todos, y la comen después de haberla traído, fregándola entre las manos y se la echan en la boca de noche, para vomitar lo que han comido, y que no les haga mal y entonces empiezan el canto, y encendiendo una luz sacan el jugo.

Hecho esto, y estando quieto un poco, se levanta el buhitibu, y va hácia el enfermo, que está sentado solo en medio de la casa, como se ha dicho, y le da dos vueltas alrededor, como quiere. Después se pone delante de él, y le coge de las piernas palpándole los muslos y las piernas hasta los piés. Después tira fuertemente, como que quiere desollar alguna cosa, y de allí se

va á la salida de la casa y cierra la puerta, y habla diciendo: «Vete al monte» ó al mar ó á donde quiere decir; y con un soplo, como quien sopla una paja, se vuelve otra vez, pone las manos juntas, cierra la boca y le tiemblan las manos, como cuando hace gran frío, sóplase las manos por encima y tira así, el aire, como cuando se chupa el meollo de un hueso, y va chupando hasta el enfermo por el cuello, estómago, espaldas, manos, barriga, ó por muchas partes del cuerpo.

Hecho esto, empieza á toser, y á hacer gestos, como si hubiera bebido una cosa amargá, y escupe en su mano lo que hemos dicho, que se echó en la boca, en su casa ó en el camino, y si es cosa de comer dice al enfermo: «Adviérte que tú has comido alguna cosa que te ha causado el mal que padeces; mira cómo te lo he sacado del cuerpo, que tu Cemis te lo habia metido en el cuerpo porque no le hiciste oración, ó no le fabricaste algún templo, ó no le diste alguna heredad»; y si es piedra le dice: «Guárdala muy bien,» y algunas veces tienen por cierto que aquellas piedras son buenas y ayudan mucho á que paran bien las mujeres, y las guardan con mucho cuidado envueltas en algodón en una cestilla, y las dan á comer de lo que comen, y lo mismo hacen con los Cemis, que

tienen en casa. Los días de función solemne llevan mucha comida de carne, pescado, pan y otras cosas, y lo ponen en casa del Cemis para que coma el ídolo de ello, y el día siguiente, después de haber comido el Cemis, vuelven todo lo que deja á sus casas, y así les ayuda Dios; como comen los Cemis de aquello y no de otra cosa, siendo los Cemis compuestos de piedra y palo.

XVII.

Cómo algunas veces se han engañado los dichos médicos.

Después que han hecho las referidas cosas, sin embargo de las cuales el enfermo se muere, si tiene muchos parientes el muerto ó es señor de vasallos y que pueden resistir contra el dicho *Buhitihu*, que quiere decir médico, porque los que pueden poco no se atreven á contender con estos médicos, el que le quiere hacer mal hace esto.

Queriendo saber si el enfermo murió por culpa del médico ó no guardó la dieta, como él le mandó, toman una yerba que se llama *Gueio*,

gruesa y ancha, que tiene las hojas semejantes al Basilicon, la cual por otro nombre se llama *Zachon*, sacan el zumo de la hoja, cortan las uñas al muerto y los cabellos de la frente, y entre dos piedras los hacen polvo, el cual mezclan con el zumo de la yerba referida, y se lo hacen beber al muerto por la boca ó las narices, preguntándole si el médico ocasionó su muerte, y si guardó la dieta, y esto se lo preguntan muchas veces hasta que el muerto habla tan claramente como si estüviera vivo; de suerte que responde á todo lo que le preguntan, diciendo que el Buhitihu no observó la dieta, y que entonces ocasionó su muerte, y dicen que el médico le pregunta si está vivo, y cómo habla tan claramente y él responde que está muerto. Después que han sabido lo que quieren le vuelven á la sepultura, de la cual le habían sacado antes para saber lo que querían.

También tienen otro modo de ejecutar lo referido, para saber lo que quieren. Toman el muerto y hacen un gran fuego, semejante al de los carboneros cuando hacen carbón, y cuando la leña está hecha brasas, echan al muerto en aquella gran hoguera y le tapan con tierra como el carbonero cubre el carbon, y le dejan estar allí el tiempo que les da la gana, y estando de este modo, le preguntan lo mismo que queda referido, y responde el muerto que no sabe nada,

preguntándole esto diez veces, y los respondo; después no habla más el muerto, pregúntanle si está muerto, pero él no vuelve á hablar palabra.

FIN DEL VOLUMEN PRIMERO

TOMOS PUBLICADOS

I. Xerez, *Conquista del Perú* (1534) 2 pesetas.

II. Acuña, *Nuevo descubrimiento del gran rio de las Amazonas,* 4 pesetas.

III y IV. Rocha, *Tratado del origen de los Indios occidentales del Perú, Méjico, Santa Fé y Chile,* 2 volúmenes, 6 pesetas.

V. *Historia del Almirante de las Indias don Cristóbal Colón,* escrita por D. Fernando Colón, su hijo; volumen I, 3 pesetas.

EN PRENSA

VI. *Historia del Almirante de las Indias don Cristobal Colón,* escrita por D. Fernando Colón, su hijo; volumen II.

VII. Ruiz Blanco, C*onversión del Piritú, de indios Cumanagotos y Palenques*.

VIII. *Arte gramatical de la lengua yunga que hablan los indios de los valles de Truxillo, en el Perú,* por D. Bernardo de la Carrera. (Lima 1644.)

IX. Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias.*



Se acabó de reimprimir este primer volumen
de la *Historia del Almirante de las Indias*
Don Cristobal Colón, en Madrid, en la
imprenta de Tomás Minuesa, calle
de Juanelo, número diez y nueve
á siete días del mes de Fe-
brero de mil ocho-
cientos noventa
y dos.






UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 04 04 12 001 4